ALINE PETTERSSON

Selva oscura

LETRAS MEXICANAS

SELVA OSCURA

ALINE PETTERSSON

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Fotografia: Javier Narváez

Aline Pettersson (ciudad de México, 1938) es narradora y poeta. Su obra narrativa busca abordar la discrepancia entre tiempo interior y exterior y su huella, las posibilidades amorosas y eróticas, los encuentros y desencuentros, la violencia, dichos temas encarnados en personajes diversos, en masculinos protagónicos como *La noche de las hormigas* y *Proyectos de muerte* y femeninos con mayor abundancia. Su poesìa nace tanto de la reflexión como de la búsqueda constante de la palabra que más se aproximealoquepretendedecir. Hasido becaria del Centro Mexicano de Escritores y reconocida con el Premio Latinoamericano y del Caribe Gabriela Mistral por el conjunto de su obra. Parte de su obra ha sido traducida al alemán, francés, inglés, japonés y sueco.

Primera edición, 2020
[Primera edición en libro electrónico, 2020]

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-6952-0 (ePub)
ISBN 978-607-16-6905-6 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

PALABRAS LIMINARES

La alfombra oriental que recibí en la infancia me llevó por los reinos fantásticos de los cuentos. Volamos en las alturas desplazándonos suavemente por los aires hasta depositarme en un castillo, en un bosque, en los hielos polares. Así viajé durante un tiempo larguísimo; porque así se movía éste en aquel entonces: con lentitud irritante.

Un poco más tarde, la alfombra me condujo a galeones en mares bravíos o en calma chicha. Mi insignia era una calavera sobre dos huesos cruzados y yo luchaba a brazo partido auxiliando a un príncipe de Borneo contra el Imperio Británico. Pero la alfombra también me permitió, en Londres, capital del Imperio, asomarme por las chimeneas de los orfanatos o de casas miserables donde vivían niños huérfanos muy maltratados.

Mientras tanto, mis piernas crecían, y supongo que también principiaba a hacerlo mi corazón. La alfombra voló llevándome hasta el caudaloso río Misisipi. Me dejó sobre una balsa y más tarde me prestó el nombre "Becky" al perderme en una oscura caverna acuática al lado de Tom.

Desde los primeros viajes en la alfombra mágica mi sangre hervía de pasión y me empujaba a no rechazar aquello que se asomara por cualquier esquina de la vida. El tiempo era algo menos largo e invitaba a no negarse el placer de la aventura, que podía ser tanto exterior como interior; tanto escribir como leer; tanto conversar como meditar; tanto cometer actos peligrosos, cuya recompensa era el premio de salir avante de lo que ponía en riesgo la vida, como observar el miedo en los rostros de quienes me habían lanzado el reto.

Las horas se desplazaban mientras la alfombra me conducía en la búsqueda perenne de extender el horizonte nunca resuelto de mi curiosidad. Fui transportada a visitar la guarida de algún lobo en la estepa, a asomar nariz y boca cubiertas en varias cirugías, a explorar el amor a través de la lectura y de la vida, y comparar similitudes y discrepancias; porque la palabra busca darle nombre a aquello que se revuelve por dentro, pero el corazón jamás queda satisfecho. Va más allá. Mucho más allá.

Así fui mecida por los vientos, a veces feliz, a veces desesperada. Cada suceso se inscribía en el grueso cuaderno de la memoria. Pero el

impulso aéreo se fue menguando al tiempo que el tiempo aceleraba su carrera.

Hoy, al detener la mirada en la geometría casi divina del tejido oriental, me percato que con angustiante frecuencia los hilos de la alfombra se liberan del entramado. Que lo crudo de la urdimbre se asoma cada vez más por entre los colores; que necesito detener aquí las hebras antes de que se desvanezca todo el dibujo.

Julio 12, 2016

MI ENTORNO

El tiempo se fija en el entorno que se va domesticando, y uno va apropiándoselo con los sentidos. Poco a poco se transformará en el microcosmos en donde, al menos yo, me siento arropada. Parte de lo que me cobija es el monte Ajusco con su cresta de águila frente a mi ventana. A veces está verde y resplandeciente y casi distingo un árbol del otro, un matorral del otro en la parte donde aún no ha llegado el caserío. Algún ya lejano y frío enero de aire transparente, no sólo el Ajusco sino toda la cordillera relució blanquísima frente a mis ojos. No voy a olvidarlo nunca; sin embargo, no formaba parte del entorno. Fue un milagro.

Las nubes del anochecer con su coloración tantas veces inefable son parte de aquello que me acoge. Entonces me es imposible concentrarme en algo que no sea mi acecho a la textura cambiante de los cielos, al sol enrojecido a punto de esconderse tras los montes, a los matices que, al final y por unos instantes, van a disolverse en un azul intenso y cada vez más oscuro. Las estrellas de mi infancia dejaron de pertenecerme derrotadas por las luces que, desde esta gran altura de mi casa, se transforman en cascada de astros de la urbe.

Hoy, igual que siempre por estas fechas, busco al pie de los cada vez más escasos colorines de mi barrio un frijolito rojo que me prometa mágicamente paz para este año y que guardo en una caja de laca rusa. Ahora me es muy difícil encontrarlos y no puedo hacerlos míos de forma vicaria. Sería hacerle trampa al destino, así que en mis diarios paseos miro al suelo y miro a lo alto los colmillos de fuego que proliferan por la copa blancuzca de las ramas deseando hallar en unos meses el colorín de este año.

Pronto vendrá otro espléndido regalo de la vida. La floración azul malva que corona largamente las calles como si el cielo porcelana del anochecer se dejara caer en oleadas. Las jacarandas imponen su presencia no sólo ante el alborozo de los ojos, sino que, tópico tan frecuente como las referencias a la lluvia londinense, aparecen en boca de la gente incapaz de refrenarse ante lo inaudito del espectáculo. Yo me asomo por las ventanas de mi casa en espera vigilante de su plenitud anual y luego con pena veo adelgazar su espesura para convertirse en fugaz alfombra de la calle.

En ciertas temporadas del año, con relativa frecuencia en febrero o marzo, y sorpresivamente en cualquier otro mes, los vientos se desatan con furia. Yo los escucho rugir en las alturas. ¡No!, sería mucho más exacto afirmar que aúllan. Aúllan de una manera terrible, sobrecogedora, que me vuelve a los relatos de espantos de la infancia. Los detesto, me aterrorizan y no puedo huir bajando hasta el nivel de la calle porque sería ridículo; sin embargo, con el estado de ánimo abatido, desciendo en mi interior a cercanías de ultratumba.

Paisaje y naturaleza se prodigan, a través de la ventana, despertando el nido de emociones que me habita. Pero la cifra de lo que me rodea no sólo ahí se forja.

El polvo del tiempo se detiene en los objetos, cuya vida suele sobrepasar la vida humana. Tal vez sea esa una de las razones para las ofrendas funerarias de la Antigüedad, además de la de extender en el Hades sus servicios al difunto. Cuando el cuerpo se deshace pervive el cacharro, el ornamento, aquello que le fue significativo al muerto. Aquello que puede hablar del muerto. Aquello que puede dar cuenta del tiempo del muerto. Aquello que conserva quizá un vestigio de los átomos del muerto. El collar que portó, el cuenco en que bebió, el peine que empleó, el arma que empuñó. Es acaso una forma de fijar y prolongar aquella presencia, de detener la fugacidad del tiempo y conservar los sucesos de la vida ahí sujetos. Es molde para la memoria.

Los objetos que me rodean suelen tener un aura que los eleva por encima de su calidad utilitaria o decorativa. Son mosaicos de la memoria, de mi memoria viva, como son mosaicos de seres ausentes ya. Pero nada más alejado de un mausoleo. No, los objetos me hablan de momentos alzados y vibrantes de mi tiempo, y si bien Proust menciona la memoria involuntaria como una epifanía no siempre advenida, y es claro que generalmente el milagro se resiste a aparecer, se reconstruyen (yo reconstruyo) trozos de mis pasos por el mundo, apoyados en aquello que me remite a mi propia trayectoria, como aquello otro que me evoca las historias que escuché de mis ancestros, a veces alrededor de la cosa misma, a veces porque mi vida se entrelaza en el recuerdo con lo que vi presidir o asomarse por un rincón en los hogares remotos de mi familia y que hoy se despliega orondo en mi casa.

Y de la misma manera, la memoria dialoga con objetos que uno ha adquirido y que se conservaron primero por su situación de uso o por lo atractivo de su aspecto; aunque, tras los muchos años, pesa más el polvo del recuerdo que su mera función. Pero hay otros que evocan un largo tránsito temporal y que abarcan ya el paso de tres siglos. No son tres centurias, pero sí son tres vueltas de calendario: XIX a XX a XXI.

Puedo hablar de la mesa de encino sobre la que se formaba el

periódico decimonónico de mi abuelo y que llegó a mí con sus cuatro cajones llenos de espesas hojas verdes de un metro de largo: era el papel secante. Sobre aquella mesa, en mi niñez, él desplegaba para mí sus escritos y las fotos con los personajes que lo rodearon en aquellos tiempos convulsos de la vuelta del siglo XIX al XX en los que él participó activamente. Al paso de los años, el mueble se hizo de un nuevo oficio: ahora es la hermosa mesa de comedor que en algunas contadas ocasiones adorno con los floreros *art nouveau* de mi abuela, y donde yo, a solas o en compañía, suelo alimentarme.

La mirada púber y muy azul del retrato al óleo de mi otro abuelo me observa impasible ahora como impasible me observó durante muchos, muchos años en casa de mi abuela. No lo conocí sino a través de las historias de mi padre y sus hermanas. Su joven rostro presidió las cenas navideñas que se convirtieron en un rito para mi padre y sus hermanas, para mis primos, para mí y mi hermano y luego para nuestros hijos y nietos. Así, rescato las dos raíces que me fraguan y me prolongo en aquello que me rodea.

Mis libros son ya viejos, acordes a mi edad, pero también hay otros muy anteriores. Al frente, atrás y más atrás y de lado y por casi toda la casa, los libreros muestran sus lomos de papel que palidece. Yo los miro, los cazo y, así cazándolos, se despliega la densidad de ciertos contenidos que logro rescatar en la memoria y, de esta manera, se despliegan el momento o momentos de mi vida cuando los tuve por primera vez entre las manos o cuando los retomé después. Pero no soy Funes, la memoriosa, así que la cacería se lleva a cabo en oscuros pantanos, cuyas entrañas sujetan tiempos que algunas veces logran escabullirse de sus ataduras para emerger con fuerza. Sin embargo, la espesura de la niebla suele empañar aquellos días lejanos que se asoman por entre las letras impresas y el pigmento desvaído. Pienso que los libreros brindan un número amplio de aristas. Es el autor, es el libro, es su impronta, es la lectora, es la vida personal de la lectora, es su recuerdo al ponerse a dialogar hoy con el perfil de los libros o con sus páginas abiertas.

Pero me rodean otros objetos que van fechando los pasos de mi vida, los amores, la amistad, el crecimiento de hijos y nietos a través de madera labrada con fuego, metal martillado, *papier maché*, algún óleo, además de otros objetos que perfilan viajes por la geografía o el tiempo, y que evocan a la gente que los elaboró: afamados ceramistas y escultores o anónimos artistas prehispánicos o el mar que no firma su obra.

Puedo mirar también aquello que adquirí feliz con mis primeras regalías: un hermoso collar cretense. Después fue la sencilla cómoda donde habitan los licores, un cuadro…

Observando de nuevo los libreros, llego a una figurita de porcelana

húngara que un novio remoto me obsequió en mi adolescencia: “Esta niña de gesto melancólico y cabeza siempre un poco ladeada se parece a ti”. Y ahora, tras el extenso recorrido de mi vida, entiendo que aquel joven supo verme.

La cosecha de mis años se perfila entre esta red de objetos que llevan en su materia misma el nombre de quien provienen o a quien remiten. El de quienes o me precedieron o me han seguido, y el de aquellos seres que la vida me obsequió, algunos por un largo tiempo, algunos con fugacidad de cometa, algunos cuyos nombres han brillado por el ancho mundo y otros cuyo brillo es uno que a mí me ha llenado de luz.

Enero 15, 2013

AUTORRETRATO

A Rodrigo Moya

¿Cuál sería la característica principal de un autorretrato? En mi caso, la bruma que ha permeado mi forma de mirar el mundo. Algo tiene de inquietante la miopía. Se ve más y, claro, se ve menos. Se ve más porque dispara las potencias de la imaginación. Y en ese espacio irreal que brinda el suavizarse de las formas todo puede ser posible. Todo es posible cuando el panorama se convierte en un trabajo seductor para el pensamiento. La luz, las sombras, las siluetas se perfilan al gusto del estado de ánimo de un instante. Porque esas líneas difusas invitan a soltar las cadenas que me sujetan.

Pienso que la vida se llena de ritos y rutinas que nos van singularizando. Y a mí el caminar por la mañana, cuando el aire aún es fresco, me ayuda a desgranar, al ritmo de mis pasos, aquello que me revolotea en la cabeza. Y mientras siento el trote de la sangre por las piernas, mientras observo el vestirse o desnudarse de los árboles, el esplendor milagroso de las jacarandas, por ejemplo, todo va encontrando un cauce razonable, el fragmento precario de alguna respuesta. Y si la vegetación urbana me estimula, ¿qué decir del caminar a orillas de los mares o de hacerlo en medio del verdor del follaje? Un sentimiento panteísta se apropia de mí y me estremezco alborozada.

Pero ésta es una charla silenciosa conmigo y con la naturaleza. Hay otro tipo de charla, la propiamente dicha, entre unos cuantos amigos. El ir y venir de las palabras de un lado al otro. Sí, entre unos cuantos amigos alrededor de una taza de café o de una copa de vino. Las multitudes me asustan, ya se trate de una reunión social extensa donde es preciso violentar la timidez o de alguna marcha tumultuaria. Me confieso incapaz de estar presente. El miedo se me impone sin remedio.

Mi autorretrato no podría prescindir del remate ovalado sobre el pecho. El vicio por los collares los hace estar presentes desde el primer momento del día. ¿Qué me proporcionan? Un placer muy grande. Son algo que se ha hecho inherente a mi vida. La plástica —ya no hablo de mis collares sino del arte pictórico— me conmueve por su fuerza.

Siempre iré de visita a galerías y museos en la ciudad donde me encuentre. Es potenciar el gozo y dejarme llevar por la mirada del artista, mientras el tiempo parece detenerse. Yo suplo la incapacidad de la mano convirtiendo mi torso en camafeo. Y cada mañana volverá a hacerse presente la misma ceremonia: organizar la elección de las cuentas, como el pintor organiza su paleta optando por la calidad de sus texturas, de sus brillos, de sus opacidades. Es elaborar mi efímero aspecto, como si tratase de sacar a la luz las posibilidades del arte combinatorio, que a mí me deja circundada por las piedras y al artista lo lleva a los furores de la creación.

Acaso otro punto sería la discrepancia entre mi talla verdadera y aquella imaginaria que me inviste. Qué lejanía enorme entre la diminuta mujer que ven los otros, a como yo me vivo desde la edad primera, en aquel tiempo lejano cuando fui considerada una niña "alta". ¡Vaya proceso interior que nunca me ha permitido asumirme con la estatura que los demás contemplan! Me tomo como persona de tamaño grande: herencia, quizá, de algún antepasado nórdico que no me fue transmitida. Pero debo decir que si es preciso declarar mi corta altura, lo hago un acto de mera retórica donde no consigo hallarme. Se trata de una cuestión que para mí jamás ha tenido realidad.

Así pues, marcho por las mentiras verdaderas a las que conduce la escritura. ¡Qué distancia entre los hechos y su ser vertidos en el papel! Y no hablo, desde luego, de esas particularidades que me ciñen con su engaño. Escribir es una actividad deliciosa que permite transformarlo todo. Y puesto que lo he hecho desde que aprendí a leer, llevo ya un tramo muy largo recorrido. Mintiendo, acaso, o mejor sería decir que dejándome llevar por esa necesidad que me sitia. ¿Cómo entender el mundo si no es a través de teclear alrededor del deseo imperioso de su reconstrucción? Quizá sería de mayor tono literario hablar de la pluma, pero mi caligrafía es tan pobre que situarme empuñando una pluma iba a ser una mentira más. La máquina de escribir y el procesador me rescataron del tormento insuperable de arruinar cuadernos con mis trazos.

Ignoro si sea producto de un temblor inadvertido del pulso, de un pulso de alguien que un día perdido en el pasado quiso ser cirujana. Tal vez, en ese caso, estaría yo aún purgando una sentencia carcelaria por el error fatal de mi mano. ¿Cómo saberlo? No ingresé a la carrera de medicina y no vivo tras las rejas gracias a ello. Pero tal temblor inexistente dotó a mi letra de su gran fealdad.

Con el tiempo he llegado a pensar que el médico y el escritor se dedican a hurgar en los tejidos humanos: los tejidos del cuerpo, pero, asimismo, los tejidos del alma. Ambos toman el escalpelo —y aquí debería yo volver a la pluma para no alejar tanto la comparación de un instrumento con el otro—. Se trata del deseo de llegar a las

honduras que nos forjan. El intento de hacer a un lado aquello que las vela y entonces mirar hacia adentro, hacia las grutas interiores siempre a la sombra. ¡Saber! ¡Desear saber más para entender! Finalmente, estamos rodeados de preguntas que nos obseden y que nunca van a ser resueltas, pero en este camino transcurre el tiempo de quien escribe. Tomar la pluma y probar de nuevo a sabiendas de que no habrá éxito, que el misterio seguirá ahí, pero que también seguirá vivo el impulso para ensayar otra vez. Aunque bueno es admitir que los médicos corren con mejor suerte, al menos en un buen número de ocasiones.

Quizá todo se deba a la ambición de visitar los universos a que invitan los libros. Al menos eso a mí me llevó a escribir durante la infancia. Era negarme a abandonar las regiones que se me abrían con la lectura. Y ya que fui una niña afortunada —al amparo de la presencia amplia de los libros—, yo prolongaba en un cuaderno, con total torpeza, aventuras de aquellos entrañables personajes de ficción. El asunto era continuar dentro de las fronteras que tan generosamente me acogían. Y así leí y tomé el lápiz durante los años de la niñez y de la adolescencia. Y así pasé de la extensión de las aventuras de niños como Huck a piratas como Sandokan.

Un buen día dejé de reconocerme al sentir que algo violento, un huracán, se había apoderado de mí. La sensación de no caber dentro de las paredes de mi cuerpo. Y es que me empezaba a habitar una sustancia oscura, inquietante y deliciosa que reflejaba lo que yo había leído o visto en el cine. Hasta entonces sólo se trataba de un sentimiento lejano, ajeno: el amor aún sin nombre. Sin nombre, sí, pero que empezaba a urgirme explorarlo en la escritura. Y con los poemas de sor Juana a la vista, yo quise emularla, quise escribir de Fabio y de Silvio, y quise, también, ingresar en un convento para, así, dedicarme a viajar por las grietas abiertas de la percepción exacerbada a través de la lectura, la escritura y la reflexión.

Me bastaba con recorrer los caminos de tinta y solazarme en el ensueño abierto a cualquier posibilidad jamás limitada por la pequeña vida diaria. Aquello crecía y crecía en las páginas de mi libreta (entonces mi letra era aún legible bajo la amenaza de mis maestros). Pero crecía también dentro de mí y excitaba mis sentidos. A esos papeles no se los llevó el viento sino el camión de la basura. Además, el amor humano se impuso al divino. Y fui visitada por Fabios y Silvios de carne y hueso.

Y así pasaron los años sin nunca abandonar el placer inefable de los libros y su incitación para recrearlo yo misma en algún cuaderno que no buscaba más ojos que los míos.

Sin embargo, en ese proceso interior del que no existe manera de saber cómo o cuándo se inicia, de pronto se me hizo imperioso hacerlo

público. Era la urgencia de compartir con un alguien sin rostro mis cavilaciones. Publiqué *Círculos*, mi primera novela, que trabajé de varios modos hasta darle su forma definitiva. Eran tiempos en que las mujeres aún no se solían probar como autoras de éxito. Había un rechazo grande al punto de vista femenino, que era descalificado como de poco interés para los lectores. La mirada estaba puesta en los grandes temas masculinos y mi libro hablaba de los asuntos nimios de una joven encarcelada en el matrimonio.

A partir de ese momento continué escribiendo con la convicción de que buscaría seguir publicando. Y me ha ido bien, pese a que nunca he sido alguien con grandes ventas. Tampoco lo pretendo. Mi deseo es hablar de aquello que me altera, y hacerlo de la mejor manera posible. Y en eso ha transcurrido mi vida. Tengo novelas, libros de cuentos, poesía y textos dirigidos a los niños. Aquella fascinación infantil mía por los libros está más que presente y me lleva a intentar seducir a lectores párvulos. El placer de recrear mundos me hace emprender esa conquista. Y la respuesta franca de los niños, que no se detienen ante consideraciones sesgadas, me retribuye.

Pero el tiempo sigue su paso inalterable y se me agosta. Ahora disfruto cada vez más de la lectura de libros que se adentren en la reflexión sobre la condición humana, sobre las circunstancias que, pese a la época concreta del autor, llevan a concluir que “no hay nada nuevo bajo el sol”. Y que los clásicos hablaron de esto más allá de su momento histórico. Al adentrarse en sus textos, se advierte que nada cambia, por desgracia y por fortuna. Esas lecturas se reflejan en mis escritos que buscan los meandros interiores a partir de mi propia pequeñez inquieta. Mis libros de esto tratan, pero lo que suelo publicar en el periódico se aboca a esa otra parte nuestra: el ser político. No me jacto de conocer a fondo las teorías, pero no puedo permanecer silenciosa ante la desmesura de las injusticias que vivimos.

Acaso no exista más alternativa que seguir dándole vueltas a la noria del eterno retorno. Se cambian los nombres, pero las pasiones humanas prevalecen. Y yo soy alguien que ha sido regida siempre por la pasión. No concibo otra forma para el breve tránsito terrestre. No concibo inscribirme en la indolencia que adormece el alma. El aspecto puede variar, el tiempo de la fotografía es una medida insoslayable. Sin embargo, el tiempo interior no transcurre, está fresco como el primer recuerdo, aunque el espejo desmienta el sentir profundo.

¡No importa!, si me puedo deletrear como mujer alta, también lo hago como alguien que está siempre curioseando sorprendida. Y más no pido. Tampoco me hace falta. El papel se amarillea, mi piel se quiebra, pero mientras tenga la capacidad para asomarme por las rendijas de lo humano, me doy por bien servida.

Apoyada en mi visión nublada, el panorama se me ofrece amplio, inconquistable, nuevo. Y yo sigo buscando en el gozoso esfuerzo por sitiar un objetivo. Apunto y disparo como dispara el cazador o dispara el fotógrafo. Algo me quedará para recomenzar el acecho, igual que a los galgos con la liebre. La distancia será la misma, el ímpetu será nuevo siempre.

Mayo 28, 2005

SOMBRA DE SUECIA EN MI OBRA[1]

A Estela Ruiz Milán

EL OTRO

I

Me parece que una de las constantes de la vida —de mi vida— es encarar al Otro. En ello ha transcurrido mi tiempo a partir de un viaje lejano de la infancia, cuando descubrí que los bordes del mundo eran más amplios que mi ciudad, que mi país, que mi lengua, que mis hábitos. Y así tomé un barco para viajar a Suecia que, además, me enfrentó por primera vez con la escritura, al verme urgida por mi maestra a llevar un diario. El hecho de escribir (tenía yo nueve años) me hizo fijarme quizá con más cuidado en lo que me rodeaba, incluso en los misterios del tiempo.

> *El aire salino se le cuela entre las trenzas y está a punto de arrebatarle la boina azul marino que su mamá le detuvo con pasadores de metal, pasadores que le restiran el pelo y pican la cabeza. Su falda escocesa tableada y tobilleras blancas dejan ver las flacas piernas infantiles un poco abiertas, como le enseñó su papá, para guardar el equilibrio. De su mano cuelga un muñeco de hule.*

La niña quisiera llenarse de ese aire picoso, guardarlo muy adentro para que no se le vaya nunca. Porque todo es tan nuevo que sigue sin estar segura de que mañana no acabe descubriendo que se trataba de un sueño, de un juego más. Y es que a ella siempre le han gustado mucho los barcos, verlos deslizarse suavemente por el agua; deslizarse ella por los mosaicos del suelo imaginando ser uno, ir en uno…

Ve luego a su papá conversando con un señor, ve a éste ofrecerle un puro, y ve también que ella no entiende las palabras que se dicen ambos. Muy pronto, en ese olor del aire tan nuevo, al lado de la brea se acomoda el aroma del tabaco. Un golpe de viento le cierra los ojos; la niña sonríe dichosa. Aún siente el picor de la sal arañándole nariz y

garganta.

Al cabo de un rato su papá vuelve y la toma de la mano, y el señor llama a un niño bastante mayor que ella. Tal vez puedan jugar durante la travesía, aunque ella lo duda. Cuestión de edad y género, pero, por otra parte, habrá que sacarle partido a lo que se le presente.

La niña poco a poco se ha acostumbrado a esos sonidos nuevos, a esas palabras que su papá y los otros pasajeros y los marinos pronuncian. No que pueda comprenderlas, sin embargo su música se le va instalando gratamente en los oídos. Esa manera de hablar le parece cantarina y dulce, acaso porque cuando los marinos detienen sus labores un instante, y le sonríen y le dicen cualquier cosa, bajan el tono de la voz, la suavizan, para después, unos hasta pronunciar graciosamente alguna palabra en la lengua de la niña.

El tiempo aquí camina, junto con el barco, todo el tiempo, todo el tiempo, así que cada mañana deben moverse las manecillas de los relojes para alcanzarlo.

Y así desembarcamos en Gotemburgo.

Es como si siguiera en el barco, piensa la niña caminando por el muelle entre sus padres. Alza los ojos a lo azul de las banderas con su cruz, cuyo color evoca los campos florecidos de canola que conocerá después, y que ondean en el puerto contrastando con lo nublado del cielo. Hace frío. Su padre se encasqueta bien el sombrero; su madre le sujeta bien la boina y le arregla las trenzas y luego se acomoda el velillo del propio sombrero. Delante van sus enormes maletas. De pronto, una mano con un pañuelo, una sonrisa y una mujer alta, delgada, de cabellos grises, que se apresura a abrazarlos. Es su tía.

La niña deberá acostumbrarse a los tonos del cielo, al peso del aire, a sus olores. Deberá acostumbrarse, también, a la arquitectura de la ciudad, tan distinta de la suya, a la presencia cotidiana del mar. Los ojos se le abren con desmesura para apropiarse de lo que mira. Sin embargo, nada, pero nada, se puede comparar al asombro de ver por todas las calles extensos sembradíos de bicicletas. En el arroyo están alineadas casi como hileras de claveles; las hay rojas, azules, negras, verdes. Es algo que aunque lo tiene frente a los ojos le parece irreal. Y luego observa a hombres, mujeres, niños, niñas que surcan el espacio pedaleando o —si son muy pequeños— dentro de una canastilla prendida al manubrio. Incluso hay bicicletas largas como ferrocarril que llevan a toda la familia: el papá, adelante, la mamá, atrás, y en medio de ellos, delante de ellos, detrás de ellos, en la misma bicicleta, los niños. Y así se desplazan por la ciudad donde los escasos coches,

ciudadanos de segunda, deben ir muy precavidos en este reino de dos ruedas. Porque también sabe que sí, que es un reino de a de veras y que el príncipe heredero tiene tres años y que una de las princesas es de su misma edad.

II

La ahora inescapable globalización aún no se asomaba al horizonte, lo que sí se asomó fue la eternidad del sol del verano escandinavo. La segunda Guerra Mundial había terminado apenas dos años antes. Y Suecia en ese tiempo vivía muy dentro de sí misma. Y si para mí, su paisaje marino, lacustre, boscoso, su luz, me llevaban de asombro en asombro, mi aspecto y mi idioma hacían a la gente en la calle reparar en mí. Así fue como el Otro, lo Otro, me marcaron para siempre. En mi casa había escuchado hablar de aquella guerra, pero fue en Suecia donde el concepto se me hizo más claro. Cobró realidad.

> *Y de nuevo surge esa palabra que ha rondado —desde que tiene memoria— las conversaciones, y que justifica sin explicar: la guerra. Ahora se trata de ir a una oficina para que les entreguen ciertos papeles, de los que ella no tenía conocimiento. Claro que la niña no tiene conocimiento de muchas cosas, así son los niños; poco a poco irán aprendiendo. Y ella quisiera saber tantas cosas… Su papá le dice que son cupones de racionamiento para los alimentos. ¿Cómo?, quiere saber. Falta comida por la guerra que terminó hace poco. Pero tú dijiste que aquí no hubo guerra. Pues así es, pero no hay suficiente de comer. Un boleto para una ración de mantequilla, un boleto para una ración de pan, un boleto para el helado… Pero los tres de arenque —día a día— desea que sean para ella. Ve la mirada cariñosa de sus padres, su sonrisa; se siente bien.*

Poco a poco fue llegando el verano lluvioso. Acaso por eso, los días nublados me regalan un ímpetu infantil que me exalta y que le devuelve a mi memoria aquel tiempo de descubrimientos, y entonces la escritura se echa a volar.

> *Un día se internan a pie por un bosque a pesar de la llovizna. La niña se calza las botas, se pone su capa azul marino de filos rojos. Caminan un buen trecho, la espesura es grande. Rodeada, rodeada, rodeada de árboles, bajo la bóveda estremecida de la fronda. A sus pies brotan los hongos rojos de sus cuentos de gnomos. Y así como brotan los hongos, brotan en su memoria otros personajes que cobran vida, igual que las historias que suceden en sitios similares a éste, o en donde, en lo intrincado de los abetos, los*

niños pierden el camino de vuelta a casa. Es casi como meterse dentro de un libro. "Caperucita Azul", le dice su madre, "cuidado con el lobo", y la niña piensa que aquí eso tal vez sí pueda pasar, aunque no lo cree. Y es que el placer de los cuentos es vivir otras historias, ser otras personas, sólo imaginar…

Tienen que llegar a tiempo para la fiesta. La niña ignoraba que hay un día que es el más más largo de todo el año, aunque ya sabe que, en este país, todos se ponen alegres de que el sol quiera quedarse con ellos por algún tiempo. Y para alegrarlo, le cantan y bailan ataviados con sus trajes de campesinos: con sus faldas azules con rayas de colores y sus blusas blancas y sus corpiños verdes y sus gorras rematadas en pico y sus pantalones amarillos y sus camisas blancas y sus casacas azules y sus chalecos y gorros negros con filos rojos. A la niña le compran uno de esos vestidos.

Ve llegar a la gente en largas barcas, de largos remos. Vienen de muchos sitios para la fiesta. Una barca tras otra sin parar, adornadas con ramas de hojas muy verdes y floreadas. Van a reunirse alrededor de un alto poste de madera adornado también con coronas de flores. Y cantarán y bailarán toda la noche tomados de la mano para decirle al sol que se quede con ellos, que las flores son muy hermosas, y las frutas, dulces como la miel, y que ellos quieren ser felices, quieren cantar y bailar para siempre. Quieren olvidarse del frío, y amarse en los pajares, bajo las sábanas de lino bordado, entre los árboles del bosque, a orillas del agua de los lagos o de los ríos.

La niña conoce algunas de las canciones y, muy quedito, las canta también. De pronto piensa en su casa, en todos los que están tan lejos, y la tristeza se le deja caer encima. Pero por sobre la música brota, vigoroso, el recuerdo de una canción de su tierra lejana, y ella la tararea a contracorriente. Sueña que cuando el sol por fin se oculte y salga del otro lado del mar, va a llevarse entre sus rayos esa melodía. Sabe que allá el sol los visita siempre siempre, que no los abandona como aquí. Y ella quisiera al menos asomarse por una ventanita, saludar a sus abuelos, a sus primos, a sus amigas. ¿Volver?

III

Me parece que lo desconocido tiene dos etapas: la del asombro, pero también la del temor que lleva a rechazar al Otro, a guerrear contra el Otro, a buscar imponer lo propio, que se toma como una verdad absoluta. Mi encuentro con costumbres diferentes a las de mi país me hizo estar alerta desde ese entonces. Entendí que hay formas diversas para ir por la vida.

Llevarán a la niña a conocer a sus primos; y sucede que ella aún no se atreve a viajar cómoda en la otra lengua. Le da temor encontrarse perdida en ese oscuro bosque de palabras. No es fácil, no es nada fácil; sus padres parecen no darse cuenta de nada, mientras continúan con los preparativos; y el corazón de la niña salta y ella siente que la ahoga, que quiere salírsele y huir de su pecho como ella quiere huir de la cita.

El césped del jardín, la suave cascada de flores, treparse al árbol de cerezas, el primo grande, el primo de su edad y las pequeñas gemelas. ¡Primas gemelas! La niña tiene unas primas gemelas que son iguales, como si estuvieran de un lado y del otro del espejo, y son sus primas. La risa y el juego, la tibieza de la tarde y el sol, ese eterno sol. Las palabras que olvidan su torpeza.

Llenan de agua una enorme carretilla, los dos primos ya están desnudos ahí dentro gritándole, haciéndole señas para que se arranque la ropa y los alcance. La niña titubea, allá donde ella vive, nadie se pone a jugar así: desnudos, hombres y mujeres desnudos. No, nunca lo había visto antes. Y aquí hasta caminando por los parques se encuentra a la gente grande y pequeña sin ropa y sin que a nadie le parezca extraño. Deben tomar el sol, porque vendrán muchos meses de nieve y oscuridad, le han dicho, no obstante, a ella le parece extraño. Y ahora está a punto de desvestirse también. Es sólo que le da vergüenza.

Una de las formas diversas de tomar la vida es la presencia del paisaje, que en la Suecia de mi infancia me cautivó y que yo he incorporado a lo largo de mi obra, sea ésta para niños o para adultos, sin realmente ser consciente de ello. Y, de hecho, ahora pienso que los libros infantiles suecos con sus muy bellas ilustraciones han sido un referente para los míos.

IV

No olvido la llegada a Estocolmo y el reencuentro con el niño mexicano como yo, que conocí y que era hijo de un sueco muy amigo de mi padre.

Y, viajando y viajando, llegan a la ciudad más grande del reino, ahí viven el abuelo rey y esos niños príncipes que ella quisiera tanto conocer. ¿A qué juegan los príncipes? Cuánta agua. Está construida en medio del agua, construida sobre islas como si fuera sobre zancos. Vivirán en una pensión, cerca de la ciudad vieja donde se halla el palacio real. Tal vez… tal vez algún día se los encuentre en la calle. ¿Saldrán los príncipes a jugar a la calle como suele salir

ella, en su ciudad, con sus amigas?

Por lo pronto, a esa misma pensión van a llegar el niño del barco y sus padres. Al fin alguien con quien jugar todos los días, aunque sea bastante mayor, aunque sea hombre. Las palabras volverán a encontrar otros derroteros mucho más próximos, y es que los adultos y los niños al utilizarlas las modifican, no dicen ni quieren decir exactamente lo mismo.

Entre mis recuerdos están dos campanitas que compramos en Skansen, un parque de diversiones, con las que los niños nos llamábamos de un piso al otro en la pensión donde vivíamos. Así, una larga tarde —puestos de acuerdo por ese tilín de bronce— salimos a pasear, y Bertil —mi amigo— tiró el papel de su helado en la calle. Súbitamente, un policía vino a reprendernos por el desacato. Ambos pensamos que daríamos con nuestros huesos en la cárcel. En aquel momento se me hicieron presentes reglas de civilidad que no se ejercían en mi ciudad y que aún distan mucho de ser realidad aquí; aunque las cosas, en el mundo entero, han cambiado desde aquel entonces.

> *En este país las tiendas han quitado las vidrieras de sus escaparates; es fácil tomar alguna mercancía con sólo estirar la mano, pero nadie lo hace, y ellos, por supuesto, tampoco. Lo que sí hacen es recorrer sin sus padres las calles. Son libres como nunca antes lo fueron. Es muy divertido. Así, van de un lado al otro, y la gente los mira y los escucha con sorpresa. Varias manos se han posado sobre las gruesas trenzas castañas de la niña. Parece que no creen que el cabello pueda ser tan abundante, tan distinto. Y a ambos les preguntan sobre su lengua, que la sienten ajena. ¿De dónde son?, ¿de dónde son? Qué orgullo pronunciar el nombre de su país. Y luego ver el gesto de incredulidad, ¿de tan lejos?*

La convivencia con dos lenguas tan distintas sirvió de espejo donde se reflejaba el Otro otorgando a la conciencia el placer de las palabras. Su reconocimiento tranquilizador.

> *Se han acercado varias veces a la residencia real, y la niña ha sufrido una decepción, porque ella se imaginaba un castillo de altas almenas como los de sus libros de cuentos. Y así no es. Además, tampoco ha visto salir a los príncipes. Sin embargo, le gustan mucho las grandes casas de techos verdes a la orilla del agua, le gusta la torre verde de las iglesias, le gusta caminar por las tardes de la mano de su amigo y cargando, en la otra, su muñeco de hule con todo y biberón, hasta un pequeño café para pedir refresco y pastel. Y claro que lo que más le gusta es el instante mismo de pedirlo.*

Cada tarde le resulta igual de gozoso. Cuestión de palabras —kaka —. Se dice kaka, pero aquí se come, es pastel y sabe rico.

Y en el pequeño café han aumentado los comensales porque llegan a observar al par de niños que se turnan con el biberón de la muñeca y que hablan esa extraña lengua que los de aquí no han escuchado antes. Una tarde se les acerca un señor que se sienta a conversar con ellos, un señor que sí habla la lengua de los niños, aunque a ellos les suene ésta un poco rara. El señor tiene lágrimas en los ojos cuando les dice que su esposa está del otro lado del mar en un país que no es el de los niños, y que los separó la guerra, y que él aún no ha podido regresar con ella, y que está tan feliz de escucharlos que quiere comprarles un juguete para agradecerles el regalo de esa lengua. Lo que quieran, lo que quieran. La niña escoge un pequeño cencerro —a más no se atreve— y piensa que se lo pondrá a Micifuz.

V

A partir de la reflexión a la que me llevó mi diario infantil, y antes aun, el misterio que se oculta y que a veces se deja entrever, el misterio de lo sagrado previo a ser reglamentado por una religión, me estremeció y me ha estremecido siempre cuando se asoma de pronto.

En aquel tiempo lejano, para ir en “paz de Dios”, hice mi primera comunión un mes antes del viaje. Fue un tiempo intenso en el que yo, sin saber bien a bien qué, deseaba acceder a un estado casi místico. Y, puesto que yo no asistía a una escuela religiosa, una monja exclaustrada, supongo que por la guerra cristera, o algo así, me preparó para ese día celebratorio. Tal vez de ahí parten mis primeros recuerdos frente al Otro. La monja me informó que sólo había salvación para los católicos, que los protestantes eran hijos del demonio; entonces le pregunté que qué iría a suceder con mi familia de Suecia. “Pobres, si son buenos, tal vez no se condenen porque ahí no conocen la verdadera religión.”

Así las cosas, llegué a la catedral que yo pensaba era un sitio casi diabólico.

Un día la llevan sus padres a visitar la iglesia grande de torre alta y verde y techo muy verde también. Mas la niña no estaba preparada para el temblor maravillado de su corazón. No, no estaba preparada para adentrarse, desde la primitiva sencillez de la fachada por la penumbra del recinto, para admirar los muros en su desnudez casi ardiendo bajo el color radiante de los vitrales, para sentir que la luz llega del cielo y que es lo más cerca de Dios que puede estarse, para saber que nunca ha visto algo más hermoso,

para prometerse buscar lo hermoso siempre. No, no estaba preparada para la intensidad del momento que vive.

Muchos años después, en los Estados Unidos conocí al poeta sueco Rolf Åggestam, más o menos de mi edad, quien me contó que a él en su infancia el pastor luterano le había asegurado lo mismo que me había dicho aquella monja sobre los protestantes, sólo que al revés. Y que su reto era tocar a la puerta de la iglesia católica temiendo que el diablo se le apareciera. Cuando por fin lo hizo, y vio a un pacífico cura francés, entendió —como entendí yo— que el Otro merece al menos el beneficio de la duda.

Y por fin una tarde en que va con su madre a unos grandes almacenes, una señora y una niña más o menos de su edad están también comprando ropa cerca de donde lo hacen ella y su madre. La niña es rubia, parecida a muchas otras, la señora tampoco se ve diferente de las otras señoras. Es sólo que… es sólo que es una de las princesas niñas con su mamá. Entonces descubre —con cierto desencanto— que se visten igual que ella, que son como ella, que la gente es igual, y eso no va a olvidarlo nunca, que en este país a la gente le gusta que todos sean iguales, que eso los pone muy contentos, y que las princesas que ella conoce sólo viven en sus libros. Y que a ella le gustan mucho los libros.

VI

Esa manera tan poco formal para atender a la familia real me llamó enormemente la atención y me dio mucho en qué pensar. Vi que no había gran diferencia entre la gente. Y soñé eso mismo para mi país. Una vida de paz y justicia, aunque el tiempo me ha desmentido con los hechos sangrientos y abusivos a lo largo del mundo. Desde entonces he estado involucrada en la preocupación y lucha contra la injusta situación que se vive en México. En realidad, es en artículos periodísticos donde la abordo. Pienso que la literatura comprometida suele comprometer el oficio del escritor limándole las alas. No me mantengo al margen, no puedo permanecer en silencio, sólo que lo enfatizo a través de otro medio: la prensa.

En este breve recuento seleccioné algunos fragmentos anecdóticos y no del todo exactos con los hechos de mi vida, y dejé de lado la otra parte del discurso, la reflexión general que abandona a la niña para dar cuenta de las palabras de la mujer adulta.

VII

Hace ya muchos años publiqué un cuento: “Fiebre de Navidad”. En el relato, será un sueco, Hans Lindgren, quien viaja también, ahora en diciembre, a una región selvática de México, en donde es picado mortalmente por una víbora. El hombre, en su delirio, cree ver a su hija Anna caminando hacia él con la corona de velas del día de Santa Lucía que acaba de pasar. Su cuerpo no puede entender que está a 45º de calor, cuando él acaba de llegar desde los hielos, desde la nieve de su país, a muchos grados bajo cero. El paisaje, el clima, el tono le ofrecen un contraste muy grande que la fiebre distorsiona aún más.

La sombra de Suecia permanece en mí como el fantasma que me hizo encarar al Otro.

Upsala, 2007

VIEJAS OBSESIONES

A lo largo de los años he reiterado —quizá cuando esto me quedó más claro—, la proximidad que encuentro entre el amor a la medicina y el amor a las letras. Y he reiterado asimismo una metáfora en la que creo, pero que acaso no cubre todo el prisma oculto: la que asocia la observación y disección de las hebras sangrantes de los tejidos del cuerpo, con el hilar y deshilar las hebras del lenguaje, de la idea, del relato. Hay en ambos casos un cuidado meticuloso que busca llegar al secreto, a lo que requiere de pericia para ofrecer su luz. Así también, puesto que yo he incursionado en labores de bordado de tapiz, estoy cierta de que la emoción de tramar los colores en la urdimbre, para destacar las formas, puede servir de símil y metáfora de lo anterior. En torno a los tres tejidos mencionados, será la entrega misma la que despliegue, en cualquier caso, su propia intensidad.

En la historia reciente, letras y medicina habían estado vinculadas a menudo entre sus practicantes. Tiempo de exámenes clínicos en que todos los sentidos afilados del médico reconocían al paciente. El apoyo que hoy ofrece la sofisticación de las máquinas de laboratorio ha ampliado las posibilidades del diagnóstico y achatado aquella antigua y fina exploración de quien observaba, percutía, escuchaba, olía y hasta probaba. Y me parece que este cuidado se emparentaba con los muchos sentidos que el escritor ejerce para aprehender las coordenadas del mundo y luego dar cuenta de él. Con frecuencia una misma persona conjugaba ambas actividades, Chéjov, por ejemplo.

Muy temprano en la vida empecé a percibir un hondo estremecimiento en la contemplación de tejidos y oquedades —recinto de las vísceras— que, al cabo de los años, se tradujo en mi asistencia a las diversas cirugías a las que fui invitada por amigos médicos. Pero este placer ciertamente perverso empezó mucho antes, en la infancia temprana.

Cuando mi madre iba al mercado a comprar los víveres solía llevarme con ella. Después de la inmersión gozosa en colores, olores, texturas vegetales, nos dirigíamos a los puestos de carne. Ver las manos hábiles del vendedor de pollo me provocaba algo profundo, muy oscuro, pero también muy excitante. La seguridad y rapidez del hombre, el giro siempre igual de su mano al adentrarse en la cavidad

del ave para extraer los órganos, el color rojo oscuro de éstos me hacían estremecer. Mezcla de horror y fascinación. A los cinco o seis años no se tiene edad para reflexiones; yo ignoraba qué me sucedía, pero mi vista quedaba atrapada por la mano que se introducía en aquellas entrañas estremeciéndome. Y esas sensaciones peculiares eran —lo constaté mucho después— similares al sacudimiento con un orgasmo.

Sería en la clase de biología de la secundaria, durante las sesiones de experimentos que desagradaban al grueso de mis compañeros, pero que a mí me atraían notablemente, en que de pronto entendí que los misterios palpitantes de la vida no sólo me conmovían, sino que me impulsaban a descifrarlos; quería saber, entender, entenderme. El relato "La buena suerte" en mi libro *Deseo* rememora esa época escolar. Entonces, lo mismo soñaba con estudiar medicina como, en otros momentos de entrega a la lectura y escritura, pensaba en sor Juana entre sus libros e investigaciones y me veía, con mi hábito negro, caminar por el patio de algún convento disecando los tejidos de la mente. Volando, volando siempre.

Sería por ese tiempo en que, como ya lo he relatado, asistí a una serie de conferencias para médicos residentes de un muy prestigiado hospital con la certeza de que yo, tras el tiempo adecuado, estaría ahí entre ellos por derecho propio. No fue así y mi compensación se redujo al haber presenciado un buen número de cirugías y ofrecer diagnósticos cuasiclínicos (y algunas veces hasta acertados) a mis alrededores.

La cirugía que me produjo un impacto mayor fue la extracción de la vesícula biliar con el método de aquel entonces, es decir, una incisión grande en el vientre. Las manos rápidas del cirujano, de sus ayudantes, los colores y texturas diversos de los tejidos bajo el epitelio, la sangre que brotaba de los vasos y era cohibida por compresas y pinzas. El vientre se ofrecía como una enorme rosa circundada por gruesas espinas metálicas que, a mis ojos, se transformaron en un despliegue defensivo, mientras el bisturí proseguía su camino en la caverna y dejaba al descubierto algunos órganos violáceos y palpitantes. Yo era testigo de la vida pulsando, pulsando. Cuando el cirujano extrajo la vesícula, fue tiempo de volver sobre el camino dejando su huella con hilo negro. Y sí, también ahí sentí algo entre fascinación y horror.

De las impresiones infantiles —y posteriores— al atisbar en las profundidades del cuerpo surgió el primer cuento que publiqué en serio, basado en aquellas lejanas experiencias; lo llamé "Dualidades". Se trataba de dos monólogos interiores: uno correspondía a un niño estremecido que observa cómo el pollero saca hígado, corazón, molleja; el otro es el de un joven médico, estremecido también, que va

a realizar su primera cirugía de vesícula biliar. Los comentarios alrededor del texto fueron buenos, pero tuve opiniones muy adversas de médicos que me increparon diciendo que no era comparable la mística de su profesión con las actividades de un vendedor de pollos.

Hoy aún sostengo que explorar en las entretelas o entrehilos que conforman los cuerpos puede llevar a una alteración fuerte de las sensaciones, que quizá se irá atenuando paulatinamente hasta convertirse en mera rutina. Pero antes es el encuentro con las raíces vitales. Pienso que ese temblor interno no es lejano del que se experimenta con los hallazgos en el trazo de la escritura. Hay un sentimiento de no caber en el cuerpo al sentirse poseído por las imágenes verbales, por las palabras que convocan mundos inconmensurables aparecidos de forma misteriosa. No se trata sólo del placer de narrar o de poner en claro algún pensamiento. El hecho de desarrollar una idea, confesar una obsesión, relatar un suceso que logra tocar al otro, por medio de la palabra más exacta, conducen inevitablemente al temblor de las dos almas que ahí concurren.

Mientras me interno por estas recapitulaciones, pienso en lo que afirmó Nabokov acerca de que los recuerdos vívidos, al pasar a la escritura, desvanecen su intensidad, pero que acaso no tenga importancia, puesto que se adquieren otros nuevos. Cuando escribí "Dualidades", relato que resumí líneas arriba, dejé de conmoverme yendo al mercado. Esa etapa infantil se prodigó en la escritura.

Mi recuerdo de las cirugías que presencié, con el paso del tiempo, pero aún más con su tratamiento escrito, también ha perdido casi toda su fuerza. Sin embargo, tanto el cuerpo enfermo, como quien pretende sanarlo, han seguido siendo parte de mis obsesiones. La vida me colocó como ávida curiosa de la mirada del médico y de sus actividades y como paciente con dolencias graves. Y de ello he escrito.

Una difícil cirugía y su larga convalecencia me hicieron experimentar el trato a menudo poco respetuoso para con el yaciente: la desagradable condescendencia del personal hospitalario que se niega a admitir que no se le esfumaron todas las neuronas al enfermo porque se encuentre postrado en cama. Y, buscando en qué tipo de dolencia podría apoyarme, convertí un personaje, arquitecto de profesión, sin más nombre que "yo", en un cirrótico dueño entero de su destreza mental. Deseaba explorar, asimismo, el desprendimiento del exterior en el que se cae a medida que el mal aumenta y, por otra parte, el universo que acaba siendo la sala común: tres vecinos que llegan, permanecen un tiempo, se van o se mueren. No existe más mundo que las cuatro paredes. Sólo un tiempo largo, muy largo; las coordenadas de atención cambian y la importancia de las cosas también. La novela se llamó *Proyectos de muerte.*

En una ocasión temporalmente lejana de aquel libro, decidí

abordar salud y enfermedad desde el ángulo médico. Me asesoré con varios especialistas para darle verosimilitud a la novela. Mi deseo era internarme por los vericuetos detrás de un diagnóstico, por la forma de sentir de un doctor que sabe, que duda, que intuye y que acierta o yerra, pero que ha hecho a un lado, quizá, el interés por otras actividades del saber humano. Quise confrontar la mirada de la ciencia con la del arte, sus matices, sus encuentros y desencuentros. Y yuxtapuse un discurso paralelo en torno a un tapiz, inspirado en un personaje de la mitología griega, que una mujer está elaborando dentro del relato. También decidí abordar el tema de la violencia que empezaba a manifestarse con fuerza en los años noventa del siglo pasado. No tenía más arma que la palabra y mediante ésta quise protestar, oponerme, ajena al futuro, que es ahora el presente tristísimo del país. Su título: *La noche de las hormigas.*

Es claro que me han rondado con asiduidad otras obsesiones que también he tocado en la escritura, pero me parece que buscaré otro momento para hablar de ellas. Sin embargo, me gustaría agregar que la medicina en sus diversas ramas suele asustar al paciente. En mis primeros años el infierno o la inminencia de ir al dentista daban el mismo terror. Y en la sala de espera, con una tarea de literatura para el día siguiente y la adrenalina que anunciaba el futuro dolor del taladro, mis catorce años me llevaron en 1952 a descubrir y explorar el Mediterráneo:

ROSA

Rosa, la más hermosa,
la primorosa de mi jardín,
deja que yo te quiera
aunque me muera lejos de ti.

Eres todo mi encanto,
seca mi llanto, ven hacia mí,
deja que yo te quiera
aunque me muera lejos de ti.

La vida es triste
y no resiste fuera de aquí,
deja que yo te quiera
aunque me muera lejos de ti.

Eres toda mi vida,
rosa querida, ven hasta mí,

deja que yo te quiera
aunque me muera lejos de ti.

Abril 18, 2012

DOCE AÑOS: LOS DESCUBRIMIENTOS

En la vida hay edades especialmente significativas y eso fueron para mí los doce años. Mi tiempo se dividía entre la escuela y los juegos con la palomilla del rumbo. En esa época mi barrio y la mayoría de los de la ciudad eran seguros. Los niños salían a jugar a la calle con sus vecinos en tranquilidad, por la ausencia casi total de automóviles, y la placidez sin sobresaltos en las calles sembradas, entonces, de mimosas. Empezaban a aparecer las jacarandas; frente a la puerta de mi casa había una. Mi noviecito de la infancia grabó con su navaja un corazón con nuestras iniciales J y A. Sé que él no lo ha olvidado como tampoco yo. Mis diversiones, de entonces, eran montar mi bicicleta roja, deslizarme velozmente en patines, o jugar con los ahora inexistentes baleros, trompos, canicas. También nos dividíamos en equipos para disputarnos una "cascarita" de futbol.

En vacaciones, salir a todas horas a la calle me estaba prohibido, pero se compensaba con la delicia de la lectura, que me hacía prolongar las historias en mi cuaderno. Y, como ya lo he mencionado, seguramente los libros me llevaron a la reflexión, a mirar con cuidado mi entorno, a dolerme de la injusticia. Pero los mismos libros y la edad me llevaron también a sentir algo raro y delicioso que se me instalaba en la piel. Por aquel entonces cayeron en mis manos una serie de novelitas con temas medievales que me atraparon. La fantasía me llevaba a considerar el colmo del gozo imaginarme raptada por un apuesto guerrero moro que iba a llevarme por la fuerza a su territorio, donde le pertenecería sin remedio. Había algo muy intenso en sentir que, fuerte como pensaba que yo era, sería doblegada por ese conquistador imbatible.

En aquellos tiempos de mi niñez la información alrededor de ciertos temas considerados escabrosos era muy escueta. Ni una coma más allá de lo indispensable. Así, las lagunas solían ser grandes, pero no lo era menos la imaginación. Ese cuerpo, esa mente que se abrían a otros horizontes suplían los huecos de varias formas; por ejemplo, una se enamoraba de un actor de cine; yo, de Gregory Peck, que ocupaba una casilla en el palomar de mi deseo. Otro espacio se llenaría con "J", el noviecito de la calle que me aceleraba el pulso al mero roce de su mano. Y desde la fiebre nueva que me iba invadiendo, esas

incitaciones eran sumamente gratas. Los dos héroes, el niño de la esquina que procuraba tomarme la mano en el juego de patines, mientras a mí, además de los golpes del corazón, me golpeteaban las trenzas en la espalda con el movimiento; y el artista cinematográfico que se desplegaba seductor pero lejano desde la pantalla o las revistas de cine. Aunque ambos salían disminuidos por un otro. La tercera casilla del palomar la ocupaba el guerrero que sólo podía forjarse de la lectura y la charla compartida. Era un poderosísimo combatiente elaborado por la palabra. Y ello le daba una densidad mayor. Entonces, mi amiga, la niña polaca (de quien me ocuparé en otro momento), y yo organizábamos en las mazmorras, debajo de la cubierta de nuestros pupitres, la historia de batallas y rapto. La imaginación perfilaba la imagen del hombre que acabaría siendo el dueño de nuestros cuerpos y destinos. Y vaya que gocé el juego con la cabeza inclinada hacia libros y cuadernos y gomas de borrar y lápices, elementos para la construcción de fosos y murallas, en la tabla bajo el escritorio, a escondidas de la maestra. Hace muchos años se lo conté a Hernán Lara Zavala y él me sugirió escribirlo. Lo hice, "Una historia a cuatro manos", para luego recorrer la extensión total de la vida de "Leonora", el personaje visto a través del deseo, y así se llamó la novela: *Deseo.*

Mis doce años me fueron afilando la mirada frente al mundo que me rodeaba. Fui consciente de la injusticia (era tan obvia) en las mismas calles por donde yo vivía y más, por supuesto, si iba con mi madre, digamos, de compras al Centro. Era muy curioso porque por las avenidas principales Juárez y Madero las damas iban vestidas de cierta forma, de guante blanco y sombrero, y es probable que hayan coincidido en la manera clasista de ver su entorno. Pero si uno se adentraba hacia las profundidades del rumbo, el aspecto de la gente iba cambiando. La ropa era cada vez menos ostentosa hasta volverse astrosa, muchas mujeres se cubrían la cabeza con un rebozo y brotaban limosneros de todas edades con la mano tendida. Recuerdo mi sensación culpable ante aquellas personas.

Quizá así nació en mí una ingenua mirada protopolítica que soñaba con corregir el destino de la gente y que me hizo desplegar la vista más allá de las fronteras del país. A mi vuelta del prolongado viaje por Suecia, tres años atrás, me hallé aquí, el 13 de septiembre, con el centenario de los niños héroes y de la invasión norteamericana que nos cercenó la mitad del territorio. Dolerme de aquella época pasada, tener muy cerca aún la Guerra Mundial, así como mi encuentro con otras realidades, me pusieron en estado de alerta. No lo sé bien, pero a mis doce años tomé partido por quienes buscaban la igualdad social. Así, en aquella edad mía, no sólo me emocionaba imaginándome como la cautiva del guerrero moro, sino que añoraba

una forma de vida que equilibrara las cosas de mi país y del mundo.

Pero hubo otra parte de mí muy detestable: un juicio descalificador del que todavía me avergüenzo. En mi escuela las conversaciones sobre la guerra seguían estando presentes en nuestros labios infantiles. Confieso que yo me expresaba muy mal de Italia y de su cambio de alianzas en las dos conflagraciones mundiales. Y me dirigía a una realmente muy querida amiga cuyo padre vino de Turín. Ella era torpe para defender el país paterno y yo gozaba pérfidamente encarnizándome en su contra. No entiendo cómo pude ser tan cruel.

Sin embargo, ésta no era la única discusión sobre la guerra en la escuela. Varios niños y niñas repetían lo tal vez escuchado en casa y tal vez procesado mal. Y, como en toda discusión política, aun la infantil, los ánimos se caldeaban. La directora de la primaria hizo una asamblea escolar prohibiendo los comentarios sobre la recién terminada guerra. En aquel entonces, al menos así fue para mí, surgían temas políticos graves, desarrollados a partir de prejuicios e ignorancia, como era mi caso, que se asomaban en las charlas, los miedos y los juegos de algunos niños a mi alrededor.

En casa de mi amiga, cuya patria paterna yo agraviaba, descubrí dos asuntos importantes durante esos mismos doce años míos. Ahí oí hablar por primera vez del feminismo. Su madre estaba afiliada a una organización UFIA (Unión Femenina Iberoamericana), cuya cabeza era Adela Formoso de Obregón Santacilia. Esto la solía mantener fuera del hogar, lo que no era habitual en el resto de las familias que yo frecuentaba. No sé bien si aquella señora asistía a juntas, mítines, marchas o a qué, pero estaba por lo regular ausente mucho tiempo y sería el padre, ingeniero civil, quien entrenaba a la cocinera para elaborar las pastas italianas a partir de la harina misma. Todo esto me causaba perplejidad. Era una familia cuyos modos se adelantaron mucho a su época en este país. Y, más allá de las diferencias conyugales que puedan haber tenido, y que yo ignoro, su arreglo doméstico hoy me parece admirable.

Pero, claro, ante la falta de supervisión materna, las cosas no suelen marchar del todo bien. Y así era en la casa de mi amiga. Se respiraba una cierta sensación de descuido general que para mí tenía atractivo, ya que en mi casa todo andaba como el impecable trayecto del reloj, todo se movía con mucho orden pero, también, con mucha amabilidad. Los gritos verdianamente operísticos del padre italiano no se compaginaban con las voces sosegadas de los míos. Pero volviendo a mi amiga, nunca olvidaré el nombre de la cocinera de su casa: Rufina. Con ella o por ella compartí un tercer descubrimiento.

Una tarde, mi amiga y yo nos aburrimos de bajar las escaleras vestidas con trajes de baile cuyo escote rellenábamos con toallitas. Los vestidos pertenecían a su hermana de mucho mayor edad que

nosotras. Y nos soñábamos descendiendo, al son de un vals que salía de un disco de vinilo de 78 revoluciones, por las escalinatas de un castillo. Más tarde, ya fastidiadas, decidimos rondar por la casa en busca de algo mejor que hacer y así llegamos a la habitación de Rufina.

Tampoco he de olvidar su cara de espanto. La sorprendimos bebiendo a pico de botella un aguardiente llamado "Habanero Nochebuena". Al no saber qué hacer para no ser delatada y queriendo volvernos cómplices, nos retó a beber. Y yo, que como antes mencioné, me sentía fuerte y era intrépida, acepté el reto al que se negó mi amiga. Entre Rufina y yo vaciamos a pico la botella, para yo quedar tirada sobre su cama con la cabeza dándome vueltas y, además, llena de la terquedad característica de los borrachos. Mi madre estaba a punto de llegar a recogerme; además, en esa casa iba a haber una cena para la que habían comprado, en una pastelería de renombre, un delicado pastel de hojaldre relleno de fresas con crema que yo quise probar. No hubo manera de disuadirme, ni yo podía incorporarme de la cama, así que el postre, que esperaba solemne en el refrigerador, hubo de ser no sólo cortado sino que se convirtió en una ruina por su extrema fragilidad. Ignoro cómo resultó aquella cena, pero supe que Rufina fue despedida al día siguiente. Y que yo me había embriagado bárbaramente por primera vez.

El otro suceso fundamental en mi iniciación a la vida, al que me referiré en extenso después, fue el macabro hallazgo del cadáver de mi tío. Y tanto por el enorme cariño que yo le profesaba como por el espectáculo de su cuerpo inerte y desfigurado, el encuentro me dejó una herida grande que nunca he conseguido cerrar.

Mis doce años, pues, se convirtieron en la puerta de entrada a las pulsiones de la vida. Yo fui cambiando paulatinamente, abandonando una niñez que en mi recuerdo tuvo más momentos de dicha que de pena. Pero, al sentarme a reflexionar, veo cómo los muros de protección infantil se resquebrajaron y así entré por sus grietas al mundo adulto. Y ese mismo año me corté las trenzas.

Febrero 6, 2012

MI BARRIO DE LA INFANCIA

A José Emilio Pacheco

Resulta un innegable lugar común recordar, al paso del tiempo, la vida de barrio de la niñez de cada quien. Recuerdo a mi madre contándome de cómo ella iba a patinar al Parque Orizaba en su infancia, tal como lo hice yo en mi rumbo. Sin embargo, esa posibilidad se fue deteriorando desde aquella época lejana de mi madre hasta la vida de mis hijos, para fenecer en la de mis nietos, que hace poco solían decirme con asombro: "¿Cómo?, ¿salías sola a jugar en la calle sin que nadie te cuidara y sin que te robaran, abuela?" Y no podían ocultar un gesto de incredulidad. De ese tiempo al día de hoy, en que escribo estas líneas, mis nietos ya son adolescentes y la inseguridad ha crecido de manera devastadora. Claro que matizo: en mi niñez hubo un robo de infante muy famoso: el del niño Bohigas, episodio que casi se hizo, entonces, tan legendario como el de "La Llorona", aunque para su buena suerte, el niño fue recuperado de sus captores.

Mis padres compraron casa en una urbanización que por aquel tiempo tenía poco de haber surgido, como deben haber comprado los padres de José Emilio Pacheco. A una calle de distancia de mí vivieron Octavio Paz y Elena Garro con su hija. Y en otra, Francisco Tario y su familia, cuyo apellido real era Peláez Farrell y, curiosamente, el de mi madre, Ferrel Peláez. En ese rumbo, muchos de los papás tenían una edad semejante; era un barrio que se abría, por lo general, a las parejas jóvenes. Así pues, también la edad de los niños vecinos era más o menos parecida a la de mi hermano y la mía.

Pero también por aquellos alrededores vivía Amadita, la primogénita del general Porfirio Díaz: mujer mayor vestida de negro, con el aspecto de las monjas exclaustradas que deambulaban por aquel entonces. Esta señora caminaba muy puntualmente cada domingo a la misa de doce o de una en Santa Rosa de Lima. Mis padres me la señalaban; pero en aquel tiempo infantil, el nombre de su padre (a causa de quien mi abuelo Ferrel tuvo graves conflictos) era sólo un presidente muy anterior a mi tiempo y la señora, otra viejita más.

El rumbo ofrecía vida cómoda sin ser pretenciosa; tanto así que, en mi pequeña calle Sultepec, una familia de escasos recursos vivía cerca de una de las esquinas en unas "accesorias". Tenía dos niños, integrantes de nuestra palomilla, el mayor llamado Ramón y el pequeño Rafa. Y muchos, muchos años después, al escribir mi novela *Sombra ella misma*, de repente brotó Ramón con extrema claridad desde las catacumbas de la memoria, y así bauticé a un personaje infantil incidental, apoyada en el recuerdo de aquel niño lejano. En otra de las esquinas vivía un general con su familia en una casa bastante más grande que el resto, al que supongo "la Revolución le había hecho justicia", como se solía decir. Y, mero enfrente del general, vivía mi noviecito pero, antes de que su familia habitara la casa, me contaron mis padres que nosotros la ocupamos el tiempo que tomó pintar la nuestra de arriba abajo, y de lo cual no guardo memoria. Esto fue posible porque había sido un burdel con todo y su foco rojo. Un día desalojaron a las pupilas, pero nadie quería habitar lo que había sido casa de mala nota y ser confundido como cliente o como administrador, así que nosotros nos beneficiamos de no inhalar solventes de pintura y, por otro lado, hicimos solvente la casa en cuestión.

En diciembre se organizaba una fiesta de "posada" en nuestra calle, adornada de una acera a la otra con farolitos de papel y heno. Había piñata, colación, luces de bengala y bastante frío. Se debe haber pedido una cooperación por casa, supongo. Yo tenía permiso para salir un rato no muy largo y después escuchar con impotencia y envidia el alboroto del que ya no participaba.

Quizá, señaladamente en los meses de invierno, mi madre me mostraría con vehemencia la vista de los volcanes. La altura de las construcciones era tan baja que permitía ver en lontananza. Me recuerdo pensando con fastidio que mi mamá me llamaba la atención sobre un panorama cotidiano y bien sabido de memoria. Ahora, cuando el aire es cada vez más denso y los volcanes han perdido sus crestas siempre nevadas y su visibilidad misma, pienso que ella debe haberse sentido conmovida ante el espectáculo de un día especialmente claro y luminoso. Y yo, tan hecha a verlos siempre, no fui capaz de gozarlos ni menos imaginar siquiera el futuro espeso que aguardaba a la región más transparente.

Si pienso en esos años en Sultepec, de inmediato vienen a mi memoria varias clases de aves. Pero me parece que siempre hay una nota triste que las acompaña. Los gorriones de los árboles perseguidos por los niños con sus hondas y buen tino, y yo llenándome de pena al verlos desplomarse sin decir pío.

Hay otra imagen que tengo muy presente: la del pajarero con la espalda cargada con una torre de jaulas de aves diversas, y quizá

algunas más grandes sobre el hombro o brazo del vendedor, pero imposibilitadas para el vuelo porque o les habían cortado las alas o hecho tragar municiones que las lastraban. Se les veía aletear triste e inútilmente.

Arriba en las azoteas de muchas de las casas había un pequeño gallinero, como en la mía. Tres o cuatro gallinas ponedoras y un gallo. Ahora, por alguna razón anacrónica que me es muy grata, en una casa cercana a donde vivo, y donde hace muchos años vivió un tiempo Gabriela Mistral, suele haber un gallo cuyos quiquiriquíes en la madrugada me conducen de vuelta a la infancia. A ese tiempo, esa gente, esa vida ya tan dejados atrás.

A la hora de la comida solíamos hacer bolitas con la miga de los bolillos para subírselas a las gallinas. Y cuando estaban culecas con las plumas esponjadas, me llenaba de alborozo sabiendo que se echarían a empollar los veintiún días de rigor. Al cabo del tiempo, qué emoción sorprender el picoteo que rajaba el cascarón, ver asomarse primero el piquito y después el plumón tambaleante dando los primeros pasos, e imaginar que éramos granjeros. Pero, claro, los pollos crecían y la cocinera acababa retorciéndoles el pescuezo. Quizá el gallinero fue el primer atisbo al que me enfrenté del ciclo perenne de la vida.

De unas aves de corral a otras: el mes de octubre llegaba un hombre descalzo con una vara pastoreando al ejército de pípilas que serían puestas en engorda para las fiestas decembrinas. En mi casa nunca compraron uno de esos guajolotes cuya presencia misma ya era anuncio de su próxima muerte.

Y en cuanto a otros personajes del reino animal, venían hombres con uno o dos caballos para pasear a los niños dando vueltas a la manzana. También venían perritos bailarines muy emperifollados. Alguien me dijo que los entrenaban en planchas de metal ardiente, así que el espectáculo, aunque me divertía por un lado, por el otro me apretaba el corazón. Me tocó la visita de un famoso oso bailarín, cuyo dueño debe haber recorrido la ciudad entera, ya que su presencia forma parte del recuerdo de los niños de varios rincones citadinos de aquella época. No quiero pensar cómo fue educado éste.

Año con año llegaba un circo pobretón cuya carpa se instalaba en un solar vacío donde el resto del tiempo íbamos a agarrar chapulines entre los girasoles; los metíamos en un frasco para luego contarlos y ver quién había pescado más. En cuanto al circo, mi mamá me dejaba ir a regañadientes, aunque nunca iba ella, y sus razones eran sutiles de apreciar para mí. El circo le parecía no sólo mediocre, sino muy vulgar en el desempeño de los payasos. Aunque mucho me cuidé de decírselo, desde entonces pensé que tenía razón.

El campo se interpenetraba con la ciudad, las fronteras no eran tan categóricas. Los niños seguramente habían visto alguna ordeña de

vacas, cortado algún elote de una milpita y, desde luego, se enfrentaban a la cantidad de perros que deambulaban por las calles y que podía ser muy grande. Ahora vuelve a haberlos, pero en traílla y sustituyendo los hijos que no se tendrán.

Solían visitarnos también algunas gitanas con sus largas faldas y grandes arracadas ofreciendo leer la suerte en las líneas de la mano. Sin embargo, su antigua mala fama de robachicos les debe haber mermado ingresos. Y en este momento, por más que intento recordar, no logro estar segura de si alguna vez, muy vigilada yo, se me haya permitido atisbar mi futuro.

Y en el ir y venir de la gente están presentes en mi recuerdo el afilador con su silbato, el ropavejero y el de los fierros viejos, el de los colchones, con carretas de madera jaladas por una mula vieja, algún ocasional globero y el panadero con su gran cesto en la cabeza. Eso era durante el día, más el rugido del carro de camotes al anochecer. Algunos de estos vendedores subsisten con el apoyo de la tecnología, ya no se desgañitan gritando.

Un personaje habitual de mi calle era un borrachito de ojos muy azules que solía pasar la noche en el quicio de alguna puerta. Carrillo procedía de una familia acomodada de Sonora. Ignoro cómo llegó a su lamentable estado. Era un hombre pacífico, hasta donde pude percatarme, siempre a la caza de colillas de cigarro que recogía de la calle. Solía conversar con los niños varones que le ayudaban a encontrarlas. A las niñas nos daba miedo.

Otra actividad, que era cosa femenina y que provenía de un tiempo antes, era la de buscar tréboles de cuatro hojas que se secaban entre las páginas del algún libro. Ante mis ojos está uno de estos libros, francés, que había pertenecido a la infancia de mi madre y que fue publicado a finales del siglo XIX: *La poule à poils*. La historia versaba sobre una gallina que, a medio camino de ser desplumada, despierta del desmayo y huye de la cocinera salvando la vida; después le crecen pelos donde estuvo el plumaje y se convierte en la heroína del relato. En ese libro, cuyas ilustraciones me daban algo de horror, guardé los tréboles, y hoy aún permanecen en el mismo sitio.

Mis primeras amigas en la vida fueron dos niñas alemanas que vivían en la casa de enfrente. Y en un paseo con ellas y sus padres descubrí en un poste de luz una puertecita abierta tras de la cual se asomaban varios cables. Ahí, entre éstos, fulguraba un trébol de cuatro hojas. Mi mano se abalanzó para cortarlo. Debo haber rozado algún cable y experimenté algo muy extraño. Así que aún sin el botín, lo ceñí para entender qué me había pasado. Aquella primera sensación de cosquilleo se convirtió en una gran sacudida y, para mi fortuna, la descarga me arrojó lejos. Claro está que en ese instante el susto de todos y mi llanto terminaron con el paseo. Y, a partir de entonces, la

amenaza de una electrocución accidental me sigue produciendo miedo. Benjamín Franklin me representa una heroicidad que disto de compartir, aunque sí le agradezco mucho su arrojo cuando enciendo las luces de mi casa.

Debo agregar a los juegos infantiles, ya mencionados en otro sitio, el de *Stop*. Me parece que éste fue el primero con nombre extranjero que recuerdo y que jugué paralelamente a mis discusiones escolares en torno a la segunda Guerra Mundial. Se iniciaba diciendo: "Declaro la guerra a…" Cada quien elegía un país y, al ser retado, corría para llegar primero a su base y así ganar la guerra. No cabe duda que los hechos históricos pueden alcanzar el juego mismo de los niños y, al menos ahí, convertirse en una bobada. Menciono otro cuyo nombre se fue modificando, yo lo aprendí como "Alguaciles y ladrones" en la época en que había gendarmes que llevaban a los rateros a la comisaría. Los términos han cambiado pero las circunstancias han cambiado mucho más.

La visita frecuente a la papelería era como entrar en una especie de cueva virtual de Alí Babá; virtual en un sentido muy lejano del que ahora llega a la mente. Pero el olor de los papeles, las cartulinas, las tintas, las gomas de borrar, los lápices, abría frondosos caminos a la imaginación. Todo el universo estaba presente en la multiplicidad de las estampas. Los tres reinos de la naturaleza y los personajes que han ido dejando su huella en el tiempo aparecían arrancados del interior de unos grandes y poco profundos cajones que, en mi recuerdo, los supongo de encino. Yo iba a La Barata que también vendía dulces (ahí gastaba los veinte centavos de domingo comprando pirulíes y algo más); la tienda, desde luego, no hacía honor a su nombre. Pero vendían, además, una serie de artículos misceláneos, entre éstos, pañuelitos bordados suizos que las niñas odiaban recibir como regalo de cumpleaños, pero que tristemente recibían en abundancia. Hoy las papelerías de barrio aún no han desaparecido del todo, pero ése es su destino ineluctable. Como soplar y dispersar la pelusa de los dientes de león, que cortábamos entonces del pasto en las aceras, así, el huracán de la globalización deshace ahora aquella cueva mágica que se desplegaba ante quien traspasara su umbral.

Otro de los recuerdos que marcaron mi infancia fue la tortillería. Alrededor de una gran lámina circular, sobre el fogón de carbón, se colocaban tal vez cuatro o cinco mujeres con un montón de masa a sus pies dentro de una cubeta de metal. Se mojaban las manos y torteaban hasta obtener mágicamente un disco redondo y dorado como el sol, de grosor perfecto, que deslizarían sobre el metal hirviente. La vista, el olfato, el tacto y el gusto se desplegaban al recibir una tortilla enrollada con sal; incluso el oído, que ya había entrado en acción escuchando tanto el palmeo como el chasquido de las gotas del agua

que se les escurrían de las manos sobre el comal gigantesco. Nunca el reclamo del hambre fue saciado de manera más deleitosa.

Teníamos dos parques en los alrededores: el España, con su puentecito, y el mucho más grande: México, al que iban niños de muy variada procedencia y que tenía bancas imitando troncos, un lago con patos y una fuente con una mujer desnuda cargando dos cántaros de los que manaba el agua; su aspecto hierático y enorme para nuestra talla nos producía horror. Es el sitio donde transcurre mi novela *La noche de las hormigas.* Curiosamente ahí, en el parque, se congregaban los niños judíos que escaparon de la guerra y los niños alemanes que compartían con todos nosotros la sombra de los árboles y la paz que en ese tiempo el mundo había extraviado.

Como el ruido de los coches o el campanilleo del tranvía eran discretos, recuerdo todas las mañanas muy temprano, y las de los domingos hasta el mediodía, el repiquetear, cada cuarto de hora, de las campanas de varias iglesias cercanas, que danzaba al son del tiempo. Y así, marcadas por el tañido, se fueron yendo las semanas de esa época de mi vida.

Noviembre 12, 2011

PADRE

Las comidas familiares se desarrollaban con una misma rutina hogareña: al llegar mi hermano y yo de la escuela, y mi padre de la oficina. Entonces, en ese lejanísimo entonces, sería mi padre quien iba a provocar una conversación que acababa enardeciéndome. Claro, las formas se mantenían siempre, mi voz conservaba un volumen moderado que apenas subiría medio decibel en los momentos más álgidos de la disputa. Pero mis ojos deben haber echado chispas. Y así cada día.

Papá era un hombre serio, cortés, algo solemne quizá, y de carácter apacible. No recuerdo haberlo oído gritar, aunque seguramente lo debe haber hecho más de una vez. No fue un padre joven y, de cualquier manera, en mi niñez las generaciones guardaban una considerable distancia en el trato. Por eso era peculiar que él provocara esas discusiones diarias conmigo. Tal vez sería porque llevaba muchos años trayéndome cuanto libro pensaba que podría gustarme, antes de yo misma elegirlos semana a semana en la librería, como ya sucedía al iniciarse estas disputas. “Los libros ensanchan no sólo la imaginación, sino los pensamientos”, decía él. El caso es que las peleas verbales deben haber empezado a mis doce años y prosiguieron en mi adolescencia. Yo siempre he sido vehemente y supongo que entonces debo haberlo sido mucho más, supliendo el conocimiento con la pasión. Al principio mis respuestas fueron tímidas; uno nunca se le enfrentaba al padre. Sin embargo, poco a poco, fui tomando más confianza porque sólo ahí se dio una especie de licencia paterna que matizaba las fronteras entre él y yo.

Se me ocurre que quizá *El conde de Montecristo* haya tenido que ver con el inicio de estas discusiones. La lucha contra la injusticia, la injusticia contra Dantès; pero a mí se me perfilaba la injusticia que yo veía por todas partes. También pudo haber sido la leyenda de la reina de Hungría, que mandó detener su carruaje para amamantar a un niño pequeño que lloraba de hambre. No lo sé, pero, lo que sí sé con certeza es que me afectaba mucho advertir la pobreza a mi alrededor. La gente que pedía limosna, y no sólo ésta, caminaba descalza por las calles de la Ciudad de México. A unas niñas que apodaban las Pelonas (habían sido rapadas para librarlas de los piojos), que venían a diario

con una lata vacía para recibir comida de las casas, les pregunté si no les dolían los pies. “No”, me dijeron, y me mostraron sus plantas callosas tan distintas de las mías y recuerdo cierta admiración de mi parte, pero también recuerdo horror. Debo añadir que el único perro que tuve en la niñez fue uno blancuzco, flaco, callejero: “Sultán”, que traían esas niñas y que en un acto de camaradería compartieron conmigo. Era mío en el lapso en que recorrían la calle de una esquina a la otra y el tiempo que les tomaba sentarse en la orilla de la acera para comer. Ser la dueña del perro duraba muy poco.

Muchos de los compañeros de trabajo de mi padre eran extranjeros, muchos de mis parientes también, y en la escuela tenía condiscípulos provenientes —ellos o sus familias— de diversos países europeos, por lo que la Guerra Mundial aún estaba presente en nuestras conversaciones. Se iniciaban los tiempos álgidos de la Guerra Fría y las dos superpotencias extendían su sombra fuerte y ominosa. Yo escuchaba acerca de la constante amenaza de una conflagración atómica que iba a destruir el mundo. Pero en esa época supe también que en Rusia luchaban para que todos tuvieran lo mismo, para que todos fueran iguales, para que ya no hubiera “Pelonas” con latas llenas de un revoltijo de comida o vestidas con harapos. Eso quería yo para el mundo entero. Entonces clavé en la pared de mi cuarto el retrato de un Stalin de bigote blanco y me propuse, tan pronto me fuera posible, irme a vivir al país donde ya no habría pobres. En aquellos tiempos yo ignoraba el resto de esa trágica historia que, de cualquier forma, fue saliendo a la luz muy poco a poco. A mis doce años tampoco me era claro el porqué Rusia se llamaba URSS y se me ocurrió que era una especie de anagrama fallido.

Como vivía cerca de la embajada, muchas veces me acerqué a su puerta imaginando una amable sonrisa de bienvenida. Sin embargo, debo confesar que siempre fui recibida por un guardia malencarado que me urgía a quitarme del portón. Ello me desconcertaba, pero como el hombre era mi paisano y no alguien de aquel soñado país, suponía yo que quizá no contaba él con todos los pormenores del milagro soviético.

Otra cosa confusa era que las gentes sintieran como enemigo a un país que luchaba por la justicia y la igualdad. “Los comunistas son enemigos de Dios”, oía yo decir a los niños de mi calle, pero en mi casa, no es que se hablara mal de Dios, era, más bien, que no se hablaba mucho de Él. Con otros argumentos iniciaba mi padre el combate. Recuerdo su voz sosegada, un tanto irónica, lanzando la primera provocación. Tal vez iba a decirme que tendríamos que dividir nuestra casa con otras familias o que allá no me podría comprar ni juguetes ni libros ni casi nada porque en su trabajo le pagarían muy poco, si le pagaban. “Pero todos tendrían trabajo”,

reviraba yo, incluso lo tendría el papá de las niñas del bote para la comida. Entonces debe haberme sugerido que el país opuesto ofrecía de todo, que tal objeto que yo preciaba provenía de los Estados Unidos y que ahí no obligaban a la gente a hacer lo que no les gustaba. Que eran libres, no como en Rusia, y que si se hacían ricos era porque eran muy trabajadores. Porque ahí todos podrían hacerse ricos, sólo era cuestión de trabajar. Que, además, tenían permiso para viajar adonde quisieran, y que si llegaba el comunismo a México, a la gente le iban a prohibir salir del país como en Rusia. Debo haber tenido yo, para entonces, algunos años más, al responderle que se necesitaba dinero para eso y que así acababa siendo lo mismo: no tener permiso para salir o no tener cómo hacerlo. Que cuando todos fuéramos iguales, las cosas cambiarían. El tiempo, tristemente, no me dio la razón.

Pero vuelvo al inicio de estas discusiones. Recuerdo que se exhibió en el cine Arcadia una muy famosa película rusa: *Flores de piedra*, que fuimos a ver, pese a que se rumoraba que los espías norteamericanos fotografiaban a quienes apoyaran de cualquier manera, por insignificante que ésta fuera, a los rusos. Tal vez ficharan a mi padre… O tuvo muy buena suerte o los del FBI eran muy torpes o se ocupaban de algo más interesante que la entrada de un cine. Quién sabe…

Recuerdo también que mi desmesurada admiración por aquel país llevó a la madre polaca de una compañera mía de la escuela primaria a invitarme a probar un platillo que me acercaría a la atmósfera añorada. Nos sentamos a la mesa mi amiga, sus padres y yo. La mamá me sirvió dos cucharones de una sopa fría de color rojo amoratado que tenía en el centro media papa tibia. Se trataba de un *borscht* a la polaca, es decir, una sopa dulzona de betabel. Los tres pares de ojos pendientes de mí; mi mano llevándose a la boca el manjar; mi desagradable impresión; mi garganta que se negaba a recibir el alimento; mi necesidad de seguir adelante con las miradas encima; mi éxito final al haber dado cuenta del *borscht*. Y luego, y luego, la mano de la señora, cucharón en alto y, muy complacida, sirviéndome más.

Pasarían muchos años hasta que fui invitada a la embajada de la Unión Soviética con motivo de la presencia de un poeta, cuyo nombre se me escapa. De una parte, mi viejo anhelo se hizo realidad al pisar finalmente aquel sitio; de la otra, se ofreció *borscht* y yo recordé con angustia mi lejana experiencia infantil. Pero éste me supo distinto y lo paladée con placer mientras ponía orden en sueños ya tan obsoletos. A lo más que llegué a los dieciocho años fue intentar el estudio del ruso, junto con un amigo —hoy en día, el historiador del período prehispánico más famoso del país—, en unos libros que aún permanecen ahora en mi librero.

Debo añadir que en mi adolescencia, por razones que aquí no vienen al caso, asistí a los diecisiete durante un año a un *college* de

monjas en California. Estaban en pleno macartismo, la gente delataba a sus amigos y colegas y se criticaba todo lo que se hacía en la URSS. En fin, yo seguía imaginando que las cosas en el mundo podrían ser mejores. Y, con mi ignorancia sobre el pensamiento bolivariano a cuestas, le comenté a una compañera yanqui, en el sótano donde se encontraba la lavandería, mientras esperábamos que las máquinas hicieran su labor de limpieza, que América Latina iba a unirse para formar un país único, sólido y poderoso que vencería a los Estados Unidos. Mi amiga lo aceptó como inevitable. Y justo en ese momento, de entre las sábanas tendidas, apareció una monja ya vieja para amenazarme. Me dijo que mientras el presidente Calles perseguía a los católicos en mi país, ella, del otro lado de la frontera en una escuela religiosa, educaba a sus hijas, y que si llegaba a sus oídos algún otro comentario mío de esa índole, iba a denunciarme con su gobierno para que me deportaran.

El rostro de mi padre se me hizo presente, el miedo a las represalias que le iban a traer a él graves problemas y las que él iba a ejercer conmigo, pese a su carácter suave. Tuve miedo, mucho miedo… Pero transcurrió el año escolar sin que la monja cumpliera su amenaza. Y volví a casa.

Muchos años después, en circunstancias de reflexión, me pareció entender que esas discusiones con mi padre eran la forma un tanto extraña que él encontró para entablar una comunicación vivaz conmigo. Que quizá le agradaba estimularme para que defendiera yo mis ideas con vehemencia. Que quizá le gustaba verme luchar como los personajes de los libros que me traía. Que quizá, tras las cuatro paredes de su casa, teatralizaba él con ingenuidad las disputas que tenían peligrosamente enfrentado al mundo de ese tiempo.

Para tratar de comprender los hechos de la historia deben éstos hacerse Historia, la cercanía temporal nunca es buen juez. Y la opinión de los políticos es siempre tendenciosa, sus intereses de grupo, de país… Por otra parte, eso de que la historia la escribe el vencedor lo podrían firmar, con sangre enemiga humana o de mamut, quienes hayan salido victoriosos, y eso, desde los cazadores y recolectores. Qué poco se habla, por ejemplo, de las dos bombas atómicas que lanzaron los Estados Unidos contra Japón y que por fortuna o sensatez ningún otro país ha repetido.

Seguramente mi padre no tenía un conocimiento muy profundo de las circunstancias que desencadenaron la segunda Guerra Mundial. Alguna correspondencia con familiares en Suecia, conversaciones de todo tipo, en el trabajo, en la familia —mi madre tenía varios parientes alemanes y uno austriaco—, noticias en periódicos, radio de onda corta, en fin, donde se informaba un ciudadano común y corriente. Y sé —me lo contó su hermana— que en el caos económico

que se vivió en gran parte del mundo occidental a finales de los años veinte e inicios de los treinta, mi padre admiró el resurgimiento de una Alemania donde antes una hogaza de pan había llegado a costar millones de marcos. La humanidad se enfrentaba al desastre monetario y desde el tiempo de Lenin (Rusia, en ese sentido era más estable) a una lucha en contra del fascismo. Pero la otra historia, al triunfo aliado, entre las horrendas purgas de Stalin y el miedo al surgimiento del predominio ruso, era que los Estados Unidos y sus socios europeos fueron proscribiendo partidos políticos adversos a la sociedad capitalista.

Mi padre era un hombre de ideas conservadoras moderadas; durante el desarrollo de la guerra decidió cambiar de bando, dejó de admirar el repunte alemán, ya para entonces muy cuestionado, y quizá admiró el poderío creciente estadunidense. Para cuando él y yo discutíamos de la sopa al postre, la propaganda anticomunista norteamericana y la Guerra Fría lo presidían todo. Goebbels demostró la eficacia enorme de la propaganda y quizá, en ese sentido, los Estados Unidos han sido su mejor alumno.

Recuerdo algo esencial de mi padre: tenía muy buen oído para interpretar al piano, la armónica, la guitarra, el acordeón, cualquier melodía; tenía gran amor por la música clásica y sus ejecutantes. Durante su larga soltería y aun después, armó radios y les devolvió la mayor exactitud posible, con los bulbos a su alcance. Tuvo fama alguna vez, entre los melómanos, de ser dueño de los aparatos de sonido más sensibles. Mis amigas alemanas de la cuadra y yo, bajo su tutela, grabábamos muchas tonterías escatológicas que nos hacían reír a carcajadas con la ceja levantada de mi madre y la sonrisa cómplice de mi padre. Hace mucho tiempo que se perdieron aquellos discos de vinilo.

Enero 10, 2012

MADRE

A Elena Poniatowska

Mi madre era una mujer que manejaba un grato tono irónico que la hacía no tomarse muy en serio y no quejarse nunca. Era de ideas firmes y claras y de un carácter que, bajo su recio control, la llevaba a no ostentar emociones. Nuestra forma de relación tuvo etapas diversas y contradictorias.

Niña yo, que apenas empezaba a leer y escribir, bajaba al jardín, cuando mis padres salían de noche, para cortar flores y ponerlas en un florerito de su cuarto escribiéndole a mi madre cuánto la quería. Al mirar ahora hacia tan atrás, descubro que en esa temprana edad empecé a sentir ya un hondo estado de melancolía que me devastaba y del que deseaba librarme depositando mi angustia en el conjuro de flores y letras. Eso lo atenuaba un poco.

Cada noche mi madre iría a mi cuarto para arroparme bien en la cama y darme un beso cuyo bienestar debía perdurar hasta la mañana siguiente. Era algo que yo echaba de menos si ella se iba antes de mi hora de dormir. Muchos años después, cuando llegué a la tan citada y conmovedora escena de Proust, entendí las razones del escritor para elegir dicho momento. Aquellos niños privilegiados que lo disfrutan son también los más sufrientes al ser privados de éste. Y la felicidad que el beso materno derrama en la primera infancia me parece próxima a la visión de la bienaventuranza celeste. Yo sabía que nada malo podría sucederme si quedaba protegida por esa señal.

Con frecuencia, antes del beso, mi madre se sentaría en una mecedora cerca de mi cama para contar o leerme un cuento. Yo miraba su rostro sanguíneo y pecoso, su pelo caoba y sus ojos verde-azul que se posaban en los míos; porque ella, más que leer, recreaba en sus propias palabras la historia, y yo lo disfrutaba enormemente. En otras ocasiones, sería mi padre el que tomara sitio en la mecedora; él leería textualmente del libro. Era y no era el mismo relato al modificarse algunas palabras. Yo sentía más lejano el de mi padre y más entrañable el de mi madre. Sus palabras eran las que usábamos en casa. En la versión de mi padre serían las de España o Argentina, según dónde había sido traducido el volumen. Yo las comprendía o las

descifraba por contexto, pero me creaba una sensación de distancia. Y, al final de la lectura, aunque él me daba también un beso de buenas noches, el que convocaba la placidez del sueño iba a ser siempre el de mi madre, del que yo no quería privarme nunca.

Ella fue cuidadosa en extremo conmigo. Acaso lo fue por su carácter ordenado pero, más bien, porque había sufrido en su niñez el abuso de un pariente y no quería que algo así me sucediera. En realidad, aquellos tiempos viejos y el mismo tono hermético de mi familia hicieron que de eso no se hablara nunca, la única señal sería su atención amorosa para conmigo. Y no iba a ser sino hasta sus más de noventa años —cuando se baja la mira del guardián interior— que ella repitió muchas veces que ese asunto fue el horror más grande de su vida.

Tal vez por ello, la información que me dio en torno a cualquier pregunta, incluyendo la de cómo vienen los niños al mundo, fue siempre veraz. Y aunque ahora pueda parecer increíble, en esos tiempos había quienes estaban seguros de la cigüeña o del Niño Dios. Más tarde, entre los once y doce años, empecé a oír, entre cuchicheos, rumores de que el beso en la boca, además de ser pecado mortal, podría embarazar. Mi madre lo desmintió de inmediato.

Durante su niñez y juventud las cosas en su familia fueron muy difíciles. Su padre, José Ferrel, había sido un connotado periodista, literato y político de oposición a finales del siglo XIX y la primera década del XX. Pero un caso muy severo de epilepsia lo fue lisiando. Así que la situación de vida cómoda que llevaban se fue transformando hasta extremos muy graves. Sería el padre quien enseñara a leer a la hija, además de ponerla en contacto con los libros, porque mi madre no fue a la escuela sino hasta los trece años. Y por una razón no muy clara, ya que la religión no formaba parte cercana de la familia, recibió una beca con unas monjas de origen extranjero que en 1926 huyeron despavoridas en el ferrocarril cuando la guerra cristera. Los pocos recursos para la educación se empeñaron en la de su hermano Pepe, del que ya me ocuparé más adelante.

Mi madre me contaba, por ejemplo, de cómo debía cubrir por dentro con periódico las suelas agujereadas de sus zapatos. El trabajo de mi abuela apenas lograba sostener la casa y, a los dieciocho años, mi madre la siguió para ingresar ella en la entonces compañía telefónica sueca Ericsson donde más tarde iba a conocer a mi padre.

En mi casa primaban modos amables entre todos (aunque hubo regaños, castigos y una que otra nalgada), las reglas que disciplinaban las costumbres de cada día eran claras. Así, los años infantiles de mi hermano y míos fueron apacibles; uno sabía qué esperar.

Como ya lo he referido, los niños salíamos a jugar a la calle, especialmente los dos meses de vacaciones que en ese entonces eran

diciembre y enero. Había juegos y juguetes que se ponían de moda. Y todos aguardábamos los regalos de Navidad y Reyes. Entonces, la turba salía a gozar, por ejemplo, de sus patines Torrington nuevos, con la llave que ceñía las uñas del patín al zapato colgando de una cinta al cuello. Y aquí me encontré con el primer escollo materno. Mientras todos salían tan pronto se terminaba el desayuno, yo no podía hacerlo sino hasta la tarde. Mi madre se oponía a dejarme estar afuera a toda hora. Me era preciso resolver la obligación de zurcir mis calcetines o ropa interior o bajarle el dobladillo a los vestidos. Era un infierno escuchar los gritos festivos de la calle y sentirme yo encarcelada por una red de hilos. Me confortaba con las canciones en voz de María Luisa Landín o Pedro Infante o las letras de José Alfredo Jiménez por la radio, que mi madre, poco afecta a la música de cualquier tipo, apenas toleraba. En ese entonces la educación apoyada en melodías populares era más o menos igual para todos.

El ominoso andar del tiempo medido por la aguja de coser era menos feo si yo me imaginaba estar casada con mi novio, el niño de la esquina, atendiendo su ropa y acompañada por *Amorcito corazón*. Así, ese niño que correteaba en la calle adquiría la voz y facciones de Pedro Infante. Cuando después de la comida al fin podía salir, me trenzaba de nuevo el pelo y me hacía con éste los entonces llamados "buscanovios" en las mejillas (dos patillas en círculo), pero a escondidas de mi madre que le parecían muy vulgares. Y mi noviecito, con la voz de Pedro Infante, me cantaría: "Me cansé de rogarle…", porque sí me rogaba para que me apareciera desde la mañana. Los mandatos de mi madre eran inflexibles. Casi cincuenta años después, volví a verlo, él recordaba aún mi pelo largo domado con el cepillo, que él atisbaba desde la acera de enfrente de mi casa sabiendo que estaba yo a punto de salir a jugar.

Algo bastante inexplicable sucedió por aquel tiempo. El caso es que una prima de mi padre nos envió por correo de Suecia, a mi hermano y a mí, unos calendarios infantiles de adviento que acostumbran los niños en Alemania y Escandinavia. Supongo que los habrán enviado por barco y después… Un buen día llegó el cartero con un sobre medio carbonizado donde se alcanzaba a leer parte de nuestra dirección. Provenía del avión que se estrelló en las faldas del Popocatépetl llevando a la muerte a Blanca Estela Pavón, la bella actriz que había protagonizado junto con Pedro Infante *Nosotros los pobres*, donde éste inmortalizó *Amorcito corazón*. El avión del accidente empezó su vuelo desde Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Y lo sé porque el sobre venía acompañado por una nota de la oficina de correos explicando la causa del retraso y del mal estado de la correspondencia. Cómo llegaron los calendarios a ese avión es un asunto bastante extraño.

Mi curiosidad me hizo ser buena estudiante en la secundaria. Me dejaba ir gozosamente (de ser agradable la clase) en las materias humanísticas. Si, por ejemplo, en literatura nos pedían hacer una versificación propia que recreara la de "Los Infantes de Lara", yo era feliz. Sin embargo, la clase de biología se convirtió en la favorita. Y me soñaba siendo médica más adelante. La exploración de los interiores del cuerpo, su mecánica, sus misterios me cautivaban, y los experimentos que se hacían en la escuela, y que a muchos repugnaban, a mí me eran extraordinariamente atractivos. Mis padres escuchaban mi entusiasmo y sonreían con agrado.

Tuve en ese entonces una amiga tan soñadora como yo —Karin— y ambas, caminando de ida y vuelta a la escuela, nos compartíamos nuestros sueños del futuro. Ella quería ser historiadora. Ahora, a una vida de distancia, sé que ha sido la amistad más importante y profunda de mi vida y que se difuminó porque pronto se fue ella con su familia fuera del país. El porvenir nos guiñaba a ambas el ojo desde las nubes, tanto en la elaboración verbal de nuestro sendo y aún no entrevisto amado, como en nuestros futuros logros profesionales. Las pisadas en el ir y venir por las calles apuntalaban las palabras. Y aquí debo agregar que hubo un desencuentro con mi madre. Ella se mostró recelosa de aquella amistad, y estoy segura de que no porque pensara a mi amiga como una mala influencia en cuanto a los peligros de la adolescencia. No lo era y eso era evidente. Pero sí entrañaba un grave peligro: las puertas del quehacer humano, que se nos expandían en la charla, pecaban en contra de la estructura convencional de mi madre. Fue difícil. Ella no podía objetarle nada a mi amiga, pero su rechazo, tan cortés como claro, me hizo las cosas muy incómodas.

No obstante, en lo demás, mi madre seguía siendo amorosa y solícita. Y la vida transcurría sin sobresaltos y sin yo percatarme de que el género me iba a marcar limitaciones que aún no se evidenciaban. En las costumbres familiares, el trato de mis padres entre sí y para con mi hermano y conmigo era muy parejo. Sin embargo, mi padre delegó nuestra educación en su esposa aprobando las decisiones de ella que, en general, en cuanto al manejo cotidiano de los hijos, era correcta. Lo malo es que él mantuvo una distancia grande, como si no confiara en su capacidad pedagógica. Y ello no fue bueno para los hijos. La referencia, por ejemplo, a su sombra amenazante era una medida de contención en boca de mi madre; lo cierto es que el fantasma del poder del padre nunca se encarnó. Aunque la amenaza surtía efecto. Me daba miedo ser reprendida y castigada por él, cosa, creo, que rara vez nos sucedió a mi hermano y a mí.

Llegó el momento de elegir el área del bachillerato, de hablar en serio con mi familia sobre mi deseo de estudiar medicina. Una tía que

trabajaba en la parte administrativa de un hospital muy importante, me había invitado, durante mi año final de secundaria, a una serie de conferencias para médicos residentes. Ahí, sentada entre aquella gente, yo me sentía parte suya. Como estaban dirigidas para consumo interno, no olvido cómo las bocas de los ilustres conferenciantes hablaron de los descuidos y faltas de previsión que, de no haber existido, habrían podido salvar la vida al paciente. De las razones mentirosas que se les ofrecía a los deudos: "Se hizo todo lo posible…", a sabiendas del engaño. Eso me asustó, pero sentirme parte del grupo de jóvenes doctores que escuchaban a los maestros me llevaba a apuntalar mi sueño.

Mi madre fue clara: "La medicina no es carrera para una joven, es muy larga, y cuando te recibas, si es que te recibes, no tendrás ningún paciente. Nadie va a consultar a una doctora *mujer*. Además, perderás tu mayor encanto: tu mirada, que cambiará cuando veas tantos cadáveres de hombres desnudos, y así ya no le gustarás a nadie". Me enfrenté a su negativa y al silencio algo culpable de mi padre. Insistí mucho y fui débil y cobarde —así lo reconozco— al dejarme vencer. Después dirigí mi atención a la carrera de letras. Tampoco ahí hubo apoyo: "Serás una profesora mal pagada". Mi futuro era ser secretaria bilingüe o trilingüe. Y ahí fui yo quien se negó.

Durante mucho tiempo se opinaba que lo único seguro para el sustento en manos de una mujer era una carrera comercial. Hoy en día son difíciles de entender las razones o disculpar el criterio tan limitado de mis padres; sin embargo, en aquel tiempo, este modo de pensar era frecuente y se apoyaba en opiniones similares de otras familias a su alrededor. Fue el caso, por ejemplo, de Elena Poniatowska, que también quiso ser médica y estudió una carrera comercial, o de Josefina Vicens, que empezó a trabajar en una oficina a los catorce años. Al cabo del tiempo, conocí a mujeres de mi edad y mayores con una exitosa carrera universitaria. Pero fueron la excepción de lo que ahora puede ser la regla. Estoy cierta de que no toda la gente es para buscar su futuro en los estudios universitarios, pero no debe ser el género el que decida. Y mi madre, arrepentida quizá de su postura, mostró, tiempo después, incomodidad por esa prohibición suya, cada vez que se trataba de mis frustrados estudios o proyectos de vida juveniles.

Al ser derrotada en el enfrentamiento generacional de la adolescencia, decidí cortar el inútil bachillerato e irme tras un novio estadunidense que, por azares de la vida, vivía en una ciudad muy cercana al *college* en California, al que ya me he referido, y al que podía yo acceder debido a ciertos contactos familiares que lo hacían el único sitio para mí. Mi madre apoyó el proyecto; supongo que se dijo que eran mejores los asuntos del corazón que los peligros del estudio.

Bueno, el noviazgo se terminó al fin del año escolar y yo quedé domesticada. Había claudicado.

A mi vuelta enseñé, durante dos años, las primeras letras en una escuela, y guardo aún el recuerdo de varios niños, ahora personas destacadas, que desde aquel entonces mostraban su brillo. Y después de una vida de encuentros amorosos diversos, alentada por mi madre, contraje matrimonio. En realidad, debo decir que fue mi marido el único varón que alcanzó su aprobación. Y eso que varios hombres de clara inteligencia y de posteriores reconocimientos me frecuentaron. Siempre había algo en ellos que no le gustaba, pero también hubo en todos ellos una constante (incluyendo a mi esposo): eran bastantes años mayores que yo. En esas personas encontré amor a las artes y a las letras que han sido tan importantes para mí a lo largo de la vida.

Aunque no abandoné la escritura, que me había acompañado desde niña, en mis primeros años de matrimonio sí me dediqué en cuerpo y alma a mi familia. Mi madre, en ese entonces, resplandecía de orgullo. Pero, al cabo de un tiempo, mis cosas empezaron a deteriorarse de forma cada vez más grande y caí en una depresión muy profunda que casi me cuesta la vida, tanto porque perdí la salud gravemente como porque la idea del suicidio me visitaba con frecuencia apuntalada en el de mi tío Pepe, hermano de mi madre. El mundo perfecto que ella creía vislumbrar y que la llenaba de orgullo se hizo añicos; no fue capaz de comprensión para con mi angustia. Antes de los treinta años me sentí atrapada en la cárcel del matrimonio, en la tristeza de no haber luchado más para estudiar medicina, en la sensación de que todo era ya tarde para mí y de que el divorcio era inalcanzable. Era otra época, la gente permanecía atada con frecuencia y, en mi caso, no había razones fuertes externas que lo justificaran, más allá de una desavenencia de intereses muy grande. Los caminos de mi esposo y los míos jamás se tocaban.

Empecé, entonces, a asistir como oyente a la carrera de letras de la UNAM. Empecé a tomar más en serio la escritura en el sentido de buscar editor. La desaprobación de mi madre creció y en esos años hubo una gran distancia entre nosotras. De ésta, no me considero inocente, ya que mi actitud para con mis padres fue agresiva, cobrándoles amargamente el veto a mis estudios. Más tarde, mucho más tarde, las aguas volvieron a un cauce más amable, pero hasta muy entrada su vejez, mi madre reafirmó su perenne rechazo a mis actividades literarias. Bueno, tal vez estuvo detrás, en esa región de la mente oculta y sinuosa, la reflexión sobre su padre y hermano, ambos caídos al abismo, ambos dedicados a la escritura. Y de ahí sus ansias de salvarme a mí de esa fatalidad. Y, en cuanto a la medicina, tuvo la convicción de lo inapropiado para una muchacha que sería vejada durante los estudios y a quien, al graduarse, nadie iba a consultar por

ser mujer.

Quiero añadir, no obstante todo esto, mi admiración por su reciedumbre, por su no dejarse vencer nunca por la enfermedad o los problemas, por su solidaridad con quienes recurrían a ella, por su amor a la vida hasta sus casi cien años. El hecho de que nuestras miradas no hayan coincidido fue algo muy triste seguramente para las dos. Pero guardo en el corazón su amorosa entrega en mis primeros años, su eficacia para cuidar enfermos en los que, desde luego, me incluyo, y su perenne apoyo a mis hijos a lo largo de su crecimiento, que tuvo muchos momentos de dicha pero también otros muy angustiantes y dolorosos.

EL TÍO PEPE FERREL

Bien sabido —gran lugar común— es que las familias tienen muchos esqueletos en sus armarios. Y desde luego la mía no resulta ser la excepción. Les era necesario oscurecer siempre los elementos de probable escándalo en cualquier sentido. Por ejemplo, una inofensiva cirugía "de mujeres" a mi abuela que ella no aceptaba aludir más allá de "mi operación". Y como, de alguna manera, fue un tema entre intrigante y prohibido que se acarreó por muchos años, un buen día yo le pregunté de qué había sido la famosa intervención quirúrgica. Lo recuerdo bien, ella estaba viviendo temporalmente con mi hermano y conmigo mientras nuestros padres se encontraban en Suecia. El hermoso rostro de mi abuela se demudó de indignación por mi atrevimiento, descalificando la impertinencia; no respondió a la pregunta más allá de alzar una ceja reprobatoria y quizá apretar los labios.

Entre otros temas familiares prohibidos estaba el anterior suicidio de Francisco, hermano de mi abuelo, así como la lepra que contrajo Álvar, hermano de mi abuela. Recuerdo algunos otros más enredados como el encarcelamiento en Nueva York de una pariente que firmó, a instancias de su jefe, lo que resultó un desfalco al gobierno estadunidense para el cual trabajaban ambos en dicha ciudad.

Hay más situaciones ocultas en el armario pero quiero hablar de mi tío Pepe Ferrel Peláez, hermano de mi madre, que de varias formas alteró e influyó en mi vida. Murió cuando yo acababa de cumplir doce años, así que mi recuerdo de su persona es algo vago, aunque sí preciso en lo que él y yo compartimos. Desde la trágica mañana, un domingo 4 de junio, el olor a cigarro se me encajó en la memoria y, acaso, cuando mucho más tarde empecé a fumar, lo hice como una manera de recuperar al tío.

Era un hombre de voz grave, ademanes adustos, pocas palabras, que conmigo solía extender. Siempre he pensado que entre nosotros hubo una comunicación profunda hasta donde era posible dada mi corta edad. Tengo presentes las llamadas telefónicas que le hice para que me ensanchara los temas de historia que debía yo investigar precariamente en los libros para la tarea escolar. Me encantaba escucharlo dándome datos que, además de sorprender a la maestra, yo

incorporaba, y que me abrieron el deseo de curiosear, explorar y hurgar que hasta la fecha me habita. Ahora, mientras escribo, miro en el librero un pequeño esqueleto de *papier maché* vestido de levita negra y con un sombrero de copa morado, así como unas figuritas arqueológicas, y sobre mi mesa de trabajo descansa una caja de poco tamaño de cuero negro repujado donde Pepe guardaba sus monedas. Y es que en mi poder se encuentra todo lo que era suyo o que tenía que ver con él. Pero el lote es magro hasta la desesperación; a su muerte, papeles, fotos, todo, pasó por la rigurosa censura de mi abuela y aquello que pudiera dar cuenta de asuntos heterodoxos vitales, literarios o familiares desapareció.

Como ya he relatado en algún otro sitio, acababa yo de cumplir doce años una quincena atrás, y esa lejana mañana, a instancias de mi abuela, mi hermano y yo fuimos a despertarlo. En la habitación había una total oscuridad por las contraventanas de madera cerradas. Le hablamos, le gritamos, lo movimos. Y entonces lo vi…

El descubrimiento de su cadáver fue mi descubrimiento del hecho mismo de la muerte, del horror absoluto de la muerte. Su rostro amoratado por los barbitúricos y algo deforme por la postura rígida de muchas horas fue el heraldo que anunció la pérdida de mi placidez infantil. Hasta el día de hoy, me es imposible olvidar la escena.

Después fui yo quien debió darle la noticia a mi anciano abuelo, que primero me recriminó, incrédulo, por decirle tonterías. Fui yo quien, tras de hablarle a mis padres y, antes de que éstos llegaran, debí telefonear a los amigos de mi tío Pepe, Adolfo Zamora y Antonio Ortiz Mena, en ese entonces figuras prominentes en el medio público. Y es que mi abuela, apoyada en la niña que yo era, pedía auxilio, buscaba desesperadamente ayuda que ni mi pequeño hermano ni mi anciano abuelo podían brindarle. Además, el suicidio estaba penado por la ley y la autopsia correspondiente, en aquel tiempo era un agravio y una gran vergüenza que ella quería evitar añadir a su enorme dolor. Recuerdo la angustia, la pena grande de todos y mi asombro de niña que ese domingo ingresó violentamente a la dureza de la vida. Pese a mis indagaciones posteriores, nunca he esclarecido del todo las causas; además supe que hubo una carta que sólo mi abuela leyó y que sustrajo. En el acta de defunción se anotó: muerte por paro cardíaco.

Pepe Ferrel fue un personaje al que no he podido conformar cabalmente, ya que por su propio carácter taciturno, por el hermetismo de la familia, por mis limitados recuerdos suyos existen muchas zonas oscuras. Algunas las fui llenando a través de los años apoyada en las voces diversas que me orientaron. El primer intento consistió, en momentos muy oscuros de mi propia existencia, en buscar a la escritora Josefina Vicens, con quien él había estado casado

años antes de mi nacimiento. Y si la primera huella que me marcó de Pepe fueron aquellas deliciosas asesorías telefónicas de historia, su segundo legado fue la presencia de Josefina Vicens en mi vida. Al hacernos de confianza, ella me fue relatando situaciones y aspectos diversos sobre mi tío.

Siempre estuvo cerca de las palabras escritas, no tanto así de las habladas, aunque tenía fama de ser un brillante conversador cuando abandonaba su murria. Sus traducciones de Cocteau, Gide, Lautréamont fueron muy bien acogidas; a *Una temporada en el infierno* de Rimbaud se refiere Borges en su correspondencia con Alfonso Reyes, anunciando una posible publicación (que no sé si se hizo) en la mítica revista *Sur*. Pasaron muchos años después de su muerte para que yo llegara a saber que Pepe era homosexual, distante de los convencionalismos burgueses y consumidor de mariguana (y quizá de otros psicotrópicos). Tuvo una gran cercanía con el grupo de los Contemporáneos, próximos a él en un pequeño lapso, al trotskismo, y una amistad intensa con Antonin Artaud durante la estadía de éste en México en 1936. De hecho, Pepe lo llevó con Elías Nandino, quien además de poeta era médico, para obtener la sustancia opiácea que al francés le urgía. Los estudiosos de Artaud vinieron infructuosamente varias veces a México para recabar datos. Y llegaron hasta mí, pero la mano censora de mi abuela destruyó todo vestigio.

En su libro autobiográfico, *Without Stopping*, Paul Bowles menciona que en 1941, en uno de sus viajes a México, conoció a un joven pintor mexicano, Antonio Álvarez, quien viajó con Ferrel y los propios Bowles a Tehuantepec. Este hombre intentó suicidarse posteriormente con una sobredosis de nembutal. Quedó medio paralizado y se encontraba en algún hospital. Pepe le pidió a Bowles que lo llevara consigo a Nueva York para que lo atendieran ahí, éste aceptó depositándolo al cuidado de un médico amigo suyo, que se hizo cargo del pintor durante algún tiempo. Bowles menciona que Ferrel, en una carta, le notifica del viaje a Acapulco de Álvarez con algunos amigos. El joven pintor se empeñó en ir solo a unas lagunas por Pie de la Cuesta de donde nunca volvió. Y en la tormentosa vida de mi tío quedó la herida de dos cercanas muertes por agua; ésta fue la segunda, además quedó la referencia a los nembutales que lo dormirían también a él pocos años después.

De su posición política inclinada a la izquierda, tampoco sé mucho. En 1938, Trotski fundó la revista *Clave* y Pepe Ferrel fue uno de los editores de la segunda época (1939-1940), junto con el nicaragüense Adolfo Zamora, después de la ruptura de Trotski con Diego Rivera. Ese año, todavía el francés Jean van Heijenoort era secretario de León Davidovich Bronstein. El trágico futuro de los cuatro aún no se asomaba. Sólo un añadido tangencial: por las ideas políticas de mi tío,

que mi abuela no compartía, le fue negado a ella el ingreso a los Estados Unidos, ya a las puertas de la frontera norte. Los militantes de la Guerra Fría la habían fichado por su parentesco.

Mis informantes, además de Josefina Vicens, fueron Luis Cardoza y Aragón, Octavio Paz, Andrés Henestrosa, Alí Chumacero, Francisco Zendejas, Adolfo Zamora; es probable que olvide a algunas personas más. El hecho es que a mí se me volvió una obsesión saber todo lo que le atañía, hasta llegar al día de hoy en que ya no queda nadie a quien preguntarle. Mi necesidad de hurgar en las andanzas de Pepe Ferrel surgió primero del enorme cariño que le tuve y, luego, porque su amor a las letras, su compromiso político y su actitud solícita conmigo me hicieron imaginarlo, en momentos de grave abatimiento mío, como el imposible depositario de las respuestas que yo buscaba. Mi tentación suicida era fuerte. Y así me acerqué a Josefina Vicens.

Tanto mis pasos para investigar en las publicaciones asuntos de su vida como los de la vida de mi abuelo, su padre, y, mucho más recientemente, leer lo escrito sobre Vicens, me han llevado a descreer de los testimonios. Transcurre poco tiempo para que de recuento en recuento, de escrito en escrito, se distorsionen gravemente los hechos reproduciendo errores e inexactitudes. Es probable que estos apuntes incurran en lo mismo.

Fue en la Prepa Nacional de San Ildefonso donde José Ferrel, Antonio Ortiz Mena, Adolfo Zamora y Miguel Alemán se conocieron, y la amistad con varios de ellos perduró hasta la muerte de mi tío. Ortiz Mena, hombre generoso y brillante, alcanzó altos cargos en el gobierno federal y en instancias internacionales. Además de su conocimiento sobre economía y política y su magnífico desempeño en ellas, era dueño de una extraordinaria cultura. Supongo que ésta debe haberlos vinculado. Mi abuela siempre lo quiso mucho, y él fue muy generoso en los momentos de la muerte intempestiva de su amigo protegiendo a sus dolientes padres durante largo tiempo después. Aún recuerdo a mi abuela hablando acerca de las bondades de Toño, a quien el Senado otorgó *post mortem* la medalla Belisario Domínguez. Y si Pepe murió de cuarenta años, Toño vivió hasta la semana previa a cumplir los cien.

Adolfo Zamora, nacido en Nicaragua, residió aquí el grueso de los años de su vida. Era abogado, no recuerdo bien a qué se dedicaba, pero me parece que a algo relacionado con la banca estatal. Por mi tío y luego por mi abuela, lo traté como también traté a su familia. Estaba casado con una francesa, medio pariente de la hermana de mi abuela; el menor de sus tres hijos fue compañero mío de clase durante algunos años. Y en ese primer fulgor de atracción infantil, por ahí del segundo grado de primaria, mis amigas debían formar una muralla con sus brazos que me protegiera del beso amenazante del niño Richi. En mi

niñez y juventud fui varias veces a visitar a los Zamora. Recuerdo los mitones de encaje de Anne Marie Laurent, cuyos dedos de uñas muy pintadas salían al término del medio guante, y recuerdo, además del aspecto extraordinariamente abigarrado de su persona, el del mobiliario de su casa.

Muchos años después volví a ver a Zamora por medio de Josefina Vicens. Su hija mayor, Ana María, se convirtió en 1964 en la cuarta esposa de Jean van Heijenoort, el francés filósofo y lógico matemático a quien Trotski contrató en Europa como secretario, por su amplísima cultura y dominio de varias lenguas, y quien fue, asimismo, uno de sus guardaespaldas. En 1939, antes de la debacle, Van Heijenoort emigró a Nueva York y tuvo una vida académica sumamente destacada en aquel país.

Para 1986, cuando el cuarto intento conyugal de Van Heijenoort hacía ya tiempo que se había disuelto, en un encuentro que sostuvo con su ex mujer, *Ponis* (Ana María Zamora Laurent), ella lo asesinó con una pistola, para suicidarse ahí mismo. Adolfo Zamora se dolió seguramente mucho del crimen cometido por Ramón Mercader que acabó con la vida de Trotski en 1940. Fue muy cercano a nuestra familia cuando el suicidio de Pepe Ferrel en 1950, y era ya viejo cuando su hija ultimó al que fuera su camarada de juventud.

Sin duda esta última violencia fue para él la más terrible. Su idealismo juvenil acaso revivió de golpe al golpe de los disparos que ensangrentaron el paso de su tiempo. Esa acción debe haber aniquilado no sólo su estructura paterna, sino los viejos proyectos comunistas que, para ese tiempo, ya hacía mucho que en gran parte del mundo se habían desechado.

Del asesinato de Trotski al suicidio de Ferrel pasaron diez años y nunca he sabido algo más acerca de su postura política posterior. No recuerdo que ese tema se haya abordado con quienes conversé, porque de lo que se habló siempre fue de su gran cercanía con los hombres de letras, de sus traducciones, de su amplia cultura. Y cuando clavé con una tachuela en la pared de mi cuarto el retrato de Stalin, recortado del periódico, el mismo año de la muerte de mi tío, ya no estaba él para reorientar mis sueños de justicia universal.

Tanto Josefina Vicens como Luis Cardoza y Aragón me narraron episodios y rasgos de su vida. Precisamente Cardoza, junto con Genaro Estrada, el escritor y diplomático mazatleco a quien se debe la llamada Doctrina Estrada, que normó las relaciones internacionales del país, fueron testigos de su matrimonio, efectuado en 1936. Josefina me contó que mi tío y ella habían sido amigos desde años antes de dicho acontecimiento. Su prometido, Guillermo Plaza, se encontraba a punto de iniciar un viaje a Europa con Ferrel en calidad de polizontes. Y un atardecer, antes de encontrar el barco propicio,

Plaza fue atacado por tiburones nadando en Boca del Río, Veracruz, entonces infestada de escualos. Nunca salió de las profundidades del mar. Ésta fue la primera muerte por agua que lastimara gravemente a mi tío. Con el tiempo, Josefina y José se casaron, permanecieron juntos durante un año, no hubo divorcio. Fueron amigos hasta aquel distante 4 de junio.

A partir de los años treinta, la vida de Ferrel tuvo una serie de vertientes diversas y, supongo, de mucha agitación: su trotskismo, su cercanía con escritores que empezaban a brillar, su labor de traducción. Durante la estancia de exiliado en México, José Bergamín fundó la Editorial Séneca donde se publicó, en 1940, la celebrada traducción que hizo Pepe de *Una temporada en el infierno* de Arthur Rimbaud, que hasta la fecha se ha reeditado y a la que se refirió Paul Bowles en su autobiografía. Tengo en mi poder un libro con la de *Los alimentos terrestres*, de André Gide, y otras traducciones más. Las hubo de diferentes autores franceses que no llegaron hasta mí, entre ellas, las de Artaud. Leí otra traducción suya, "Poesía de Isidore Ducasse, conde de Lautréamont", en la revista *El Hijo Pródigo*, 1943. Desde mi mesa de trabajo junto a la ventana, hace muchos años que me encara el diccionario que Pepe Ferrel consultó para hacerlas. Y, más allá de la ventana, como siempre, se asoma el Ajusco.

Entre los relatos de Josefina Vicens está el de que el matrimonio con mi tío debió esperar hasta que él comprara los dieciocho tomos de *Las mil y una noches*, traducidos del árabe al francés por Mardrus y vertidos al español por Vicente Blasco Ibáñez, que yo guardo. Me contó del cabaret Leda y el Café París donde iba con Pepe y donde se reunía gente muy diversa, desde artistas y escritores hasta políticos y empresarios. La Ciudad de México conservaba su tono pueblerino. Ella me dijo que él la introdujo con Xavier Villaurrutia y con otros miembros de los Contemporáneos que frecuentaba. Y muchos años después Lupe Rivera Marín me comentó que en las tertulias en casa de su madre, la única persona amable con las niñas Ruth y Lupe era mi tío. De Villaurrutia guardo una *plaquette* firmada de *Nocturno mar*. Josefina me habló del conmovedor e imparable llanto del poeta en el entierro de Ferrel. También me dijo que en el funeral nos habíamos cruzado ella y yo por primera vez. Villaurrutia murió el día de Navidad de ese mismo año. Y de su muerte, nunca bien aclarada, su acta de defunción da como causa, aquí también, un paro cardiaco.

La víspera del suicidio de mi tío, mi abuela me había llevado al cine Majestic en la colonia Santa María. No recuerdo qué vimos, pero sí que estábamos en la parada del camión muy cerca del quiosco morisco. Bajo una lluvia pertinaz, ella insistía en señalarme lo bello del quiosco. Conversamos de ese rumbo de la ciudad, de la película, qué sé yo de qué más. Y justo a esa misma hora en algún café o

cantina, Pepe Ferrel y Francisco Zendejas también conversaban. Así me lo relató Zendejas muchos años después. Al salir, en pleno aguacero, mi tío se desprendió de su gabardina: "Tómala, ya no voy a necesitarla". Y, al cabo del tiempo, cuando escuché aquello, no pude menos que recordar la noche amable con mi abuela bajo la lluvia, mientras que el mismo aguacero fustigaba las horas postreras de mi tío.

La revista literaria *Prometeus*, cuyo primer número lanzó Ferrel, fue continuada por Zendejas durante algún tiempo. Y, en la quinta entrega, póstumamente se publicó su traducción de unos parlamentos de *Fedra* de Racine. En 1955 Francisco Zendejas instauró el Premio Xavier Villaurrutia, a cinco años de la muerte del poeta.

Al inicio de la década de los setenta conocí a Octavio Paz. Coincidimos en un largo fin de semana en Cuernavaca. Ahí, en el bello jardín del hotelito, conversamos muy larga y gratamente. A la mención de mi tío, Paz se emocionó. Y yo quedé sorprendida por su vehemencia para relatarme de su amistad con él y que el primer trabajo que tuvo Paz, muy joven, se lo consiguió Ferrel en una agencia de noticias internacionales.

Mucho hablamos el poeta y yo aquellos días; le mostré un poema en el que yo estaba trabajando. Paz fue generoso con sus comentarios y me invitó a asistir a las reuniones en su casa en la colonia Cuauhtémoc. Me debí sentir acogida por el apoyo memorioso de Paz sobre mi tío y su amabilidad conmigo, pero vencida por la timidez nunca fui. En aquel tiempo la ciudad no era la caótica urbe de hoy, así que solía encontrármelo con alguna frecuencia en reuniones alrededor de las letras, y Paz se mostró siempre afectuoso.

Personas y entorno fueron cambiando.

Ya no sé si sería Henestrosa o Chumacero quien me dijo que Pepe Ferrel decidió quitarse la vida por una decepción amorosa con un bailarín. El dato fue escueto, habían pasado cuarenta años. Sólo yo seguía insistiendo en reconstruir a la persona que me mostró en la niñez el valor del conocimiento, el amor a las letras y, asimismo, la realidad de la muerte. A su sombra espesa me acogí después para buscar alguna respuesta a mi propio dilema.

Diciembre 7, 2011

LA ABUELA, SU HERMANA Y LA BISABUELA

A Ana Luisa Perret

La contención de carácter de mi madre provino —creo yo— de los silencios de muchos años de su padre, ya que por su lado materno, las mujeres que conocí eran hiperbólicas. Mis abuelos se casaron a los diecisiete de ella, que era veinte años menor que su marido. Mi recuerdo es el de un anciano de pelo muy blanco y sumamente callado y su esposa, una mujer de muchos arrestos. Hiperbólicas lo fueron tanto ella como su hermana y su madre, mi bisabuela (así como muchas otras parientes). Solían ser, en ocasiones, bastante teatrales las tres, aunque los matices escénicos variaban de una a otra, y debo decir que a ninguna le fue, pasada la primera juventud, fácil la vida.

El aroma de café me hace tener muy presente a mi abuela, quien lo filtraba gota a gota a través de varios tamices de tela. Era una delicia. Tengo un molino de metal, que se había dejado de usar desde la soltería de mi madre; lo tengo adosado a un conmovedor instante: cuando mi nieto de no más de dos años hurgó con sus dedos en el espacio adonde se vertían los granos. Como su mano era muy pequeña, logró extraer unos impensados granos que su tatarabuela había colocado ahí noventa años antes. Así, de pronto, cinco generaciones se tocaron a través del café casi petrificado.

A mi abuela le gustaba contar historias antiguas de su familia. Sabía muchas y yo mucho disfrutaba escuchándola. Era una buena narradora. En los tiempos en que me fascinaban las princesas medievales, la oía relatarme cómo existían dos títulos nobiliarios entre sus antepasados, no recuerdo si por parte de su padre o de su madre. Y yo, solazada con las novelitas de castillos feudales, me apropiaba del título de duquesa de Sardaneta y condesa del Valle. Cuánto hay de cierto en esto, vaya una a saber, pero el caso es que los títulos cumplían a mis once, doce años, una parte fantasiosa que no reñía, en absoluto, con mi admiración por las bondades del comunismo. Entiendo que ese dilema infantil mío fue el de muchos adultos del siglo XX.

“Apunta lo que te cuento —me decía la abuela—, lo mismo me dijo a mí la mía y yo no lo hice, y lo he olvidado casi todo”. Tampoco

yo lo apunté y se cumplió su predicción. Aunque ella nació en Bahía de Todos Santos, Baja California, desde el primer mes de edad vivió en Guaymas, Sonora, y de ahí se sintió, con el amor al terruño que suele permanecer grabado para siempre en los afectos. Guardo una fotografía de un grupo de jovencitas muy ataviadas en una tarima a orillas del mar en el festejo por la instalación de la luz eléctrica en las calles de aquella ciudad a finales del siglo XIX; mi abuela tenía entonces trece años. Muy poco después vino a México con su familia, donde transcurrió su larga vida, que no fue ajena a los sucesos políticos del momento, que se acentuaron con la compañía de mi abuelo. Pero eso ya corresponde a la primera década y algunos años más del siglo XX, cuando su esposo seguía siendo un aguerrido periodista y político opositor al régimen de Porfirio Díaz. Sin embargo, como ya lo he mencionado, la salud de mi abuelo se fue deteriorando.

Mi abuela trabajó durante muchos años y ése es el recuerdo que guardo de ella, así como el hecho de que era una persona de aspecto impecable. Aún la atisbo, en mi memoria, con su pelo canoso en alto sostenido por peinetas y los tonos discretos y elegantes de su ropa. En nuestros frecuentes días de campo, recogía alguna ramita con mínimas bellotas que se prendía en la solapa del traje sastre en lugar de la joya que ya no tenía.

Así como era buena charladora, era buena escucha. Y en las épocas de cercanía con ella, se mostraba atenta a mis palabras y a mis sueños infantiles, sin sombra de condescendencia, aunque desde luego que había muchos tabúes que impedían ampliar el registro de la conversación. Y no era sólo el tema sino la elección misma de las palabras. No podía evitar ser ella producto de la era victoriana que en México se ayuntaba con la vieja herencia colonial tan llena de prejuicios. Fue una persona inteligente y siempre curiosa a la que, por las mismas miopes razones de su tiempo, no se le permitió cursar más allá del tercer año de primaria en una familia de buena posición económica con amplios conocimientos culturales y voraces hábitos de lectura. Sin embargo, ella logró cultivarse y fue quien me acercó, a los catorce años, a sor Juana con un primer y bello libro sobre la monja de Ezequiel A. Chávez que aún conservo. Fue también quien se entusiasmó y me brindó su cariñoso apoyo cuando estaba yo a punto de publicar mis primeros textos. Yo me enfrentaba a la duda de firmar o no con mi nombre de casada, ella me sugirió el de mi abuelo, puesto que decía que de él y de mi malogrado tío me venía el amor a la escritura. Finalmente y sin mucho esfuerzo decidí hacerlo con mi nombre, mi nombre de nacimiento.

Hasta su vejez procuró mantenerse informada de todo lo que ocurría en el mundo. Y mucho sucedió: desde el festejo por la llegada

de la luz eléctrica a Guaymas hasta la llegada del hombre a la luna. Le faltaron cinco años para ver la caída del muro de Berlín.

No sé cuándo trabajó en un amplio proyecto gubernamental de vacunación de la viruela. Pero sé que después de la cena, ella y sus dos hijos, su hermana y los suyos y su madre —mi bisabuela— se dedicaban a alistar los elementos necesarios para esa labor. Iba a barrios y a pueblos aledaños con vacunas a cuestas y mano lista. De lo que yo me acuerdo es de otro proyecto que creó Marte R. Gómez, director de la ahora Universidad Agrónoma de Chapingo, para enseñar a un grupo grande de personas a hacer buen uso de la vivienda que se les había otorgado en las inmediaciones de dicha institución: los animales en el corral, la gente en la casa. Su último trabajo fue en la biblioteca del recién inaugurado edificio del Seguro Social, bajo la dirección de Antonio Ortiz Mena. Sé, que como sus trabajos eran en dependencias gubernamentales, tenía la obligación de desfilar el 20 de noviembre. Pero también sé que pagaba por que la sustituyeran.

En alguno de sus trabajos conoció a Esperanza López Mateos que siempre llamó a mi abuela "madamcita". Se apreciaron mucho, y Esperanza le contó con orgullo, por aquel tiempo, que su hermano Adolfo acababa de ganar un concurso de oratoria del periódico *El Universal*. Y le contó del origen extranjero de sus padres y que Guatemala fue el lugar de nacimiento de Adolfo, en tiempos en que era imposible vislumbrar en el futuro remoto de esos hermanos, ni la presidencia del país ni tampoco la oscura muerte de ella. Mi abuela me relató que cuando la campaña presidencial, un pariente nuestro, periodista y metido en política, quiso entrevistarla y así dar a conocer el secreto tan celosamente custodiado. La ley era muy clara en cuanto a los requisitos de origen del candidato. "¿Cómo iba yo a traicionar a quien fue mi amiga querida y perjudicar a su hermano?" En ese entonces mi abuela guardó silencio y pasaron muchos años para que me contara la historia que hoy en día ya es del conocimiento de otra gente. Más adelante supe que Gonzalo de Murga fue su padre, pero no recuerdo ya el nombre de su madre inglesa. Sería Hesiquio Aguilar Marañón quien borrara huellas incómodas y propiciara la creación de otras adecuadas al futuro candidato.

Mi abuela y su hermana canturreaban todo el día, mi abuela con una pequeña voz bien timbrada y la tía con voz vigorosa que incluso había sido entrenada en arias de ópera. Los ademanes y tonos de ambas eran acordes al sendo volumen. Mi abuela hasta solía fruncir la boca al hablar buscando un refinamiento exagerado, de "pitiminí", decían. Mi tía, por el contrario, era brusca pero igualmente dramática. Invocaba a ciertos santos de su predilección (¡san Juan Nepomuceno! ¡Cristo ampollado!) a punto de mesarse los cabellos, con tono que más parecía blasfemia. Y esto era cuando se calentaba el motor de su viejo

coche, lo que pasaba varias veces al día, o cuando llegaba tarde, que era siempre, o cuando se citaba con su hermana en alguna de las tiendas departamentales en el Centro de la ciudad y cada quien esperaba en una puerta distinta. Las dos eran personajes operísticos, perfectamente excesivos, con gesticulaciones y ademanes de herencia decimonónica; no recuerdo si alguna de ellas llegó a ver a Sarah Bernhardt, pero, al menos, la admiraban mucho de oídas. Eran muy apasionadas y eso sí lo comprendo yo.

En un viaje largo de mis padres, mi abuela se vino a vivir a casa con mi hermano y conmigo. Fue cuando María Callas visitó México; creo recordar sin certeza que las funciones eran las noches de los martes. En casa teníamos uno de los escasos aparatos de televisión que había por aquel entonces. Y un cuarentón de gran erudición y de aspecto atractivo hacía comentarios en pantalla. Era Arrigo Coen Anitúa, cuya madre, Fanny, había sido soprano famosa y condiscípula de canto de mi tía, antes de debutar en la Scala de Milán. Las dos hermanas (tarareando las arias) y yo nos sentábamos a ver la ópera, pero yo, sin poder evitarlo, dormitaba. Ignoro por qué, pero sería *Tosca* la que se me quedó más grabada en los recuerdos. Tal vez porque Mario Cavaradossi moría en el escenario de una forma muy poco convincente. Además, tuve que hacer una imaginaria, pero muy grande adecuación, para restarle redondeces a la figura robusta de la Callas que no me permitía dejarme ir con esa historia y con las demás de la temporada, como *Aída*, por ejemplo.

Mi abuela reproducía muchos pregones; menciono el de "Mercarán chichicuilotitos vivos". Ella me contó que lo recordaba de los relatos de su propia abuela, que, viviendo en la calle de Puente de Alvarado, levantaba una tapa que había en el suelo del patio. Debajo de la casa corrían acequias y, por ahí, transitaban canoas con personas que iban al Centro a vender flores y verdura. Así compraba la abuela de mi abuela lechugas y rábanos. También me contó de una joven antepasada suya que, al llegar de España, adquirió fama de haberse vuelto loca por haber mandado construir un cuarto de baño en el interior de su casa y cometer el desacato de darse uno cada día. Estas evocaciones correspondían a la familia de su padre, quien murió cuando ella era joven. No lo sé bien, pero también afirmaba que descendíamos de un hermano del corregidor queretano Miguel Domínguez, marido de doña Josefa, la mujer del perfil eterno. Pero la fuerza de las evocaciones recaía en la parte materna, algo sobre la abuela de sangre danesa, pero especialmente el abuelo español permeó las evocaciones de hijas y nietas.

Esa pareja procreó dieciocho hijos nacidos entre Mazatlán y La Paz y su vida familiar transcurrió en esas ciudades norteñas así como en San Francisco, California, y Nueva York. Varias de las hijas fueron

muy longevas, así que a mí me tocó escuchar a mi abuela y a su hermana y a mi bisabuela y a las suyas gesticular de la forma teatral acostumbrada para referirse a las bondades del patriarca. Cada una de las más viejas llamaba a un aparte para desvelar su profundo secreto: haber sido la predilecta de Padre… Bueno, el propio Amado Nervo, en su estancia de periodista incipiente en *El Correo de la Tarde* de Mazatlán se refirió admirativamente, en algunas crónicas, a mi antepasado, llamándolo su mentor, como mentor también lo fue de mi abuelo José Ferrel.

A finales del siglo XIX, Mazatlán era un puerto pujante y una pequeña ciudad cosmopolita. El Paseo Olas Altas era, en boca de mis parientes, sólo un grado inferior a los Campos Elíseos de París. Las hermanas de la bisabuela se casaron con alemanes, italianos, un austriaco y un estadunidense. Éste último, dicen las consejas, vivió en Nueva York con su mujer, la cual, después de unos hechos adúlteros altamente escandalosos todavía en el siglo XIX, pidió y se le otorgó el primer divorcio en aquella ciudad solicitado por una mujer. Con el tiempo, algunos parientes regresaron a Alemania e Italia y otros a los Estados Unidos, Argentina y Cuba.

Parte de la familia materna se asentó en la Ciudad de México, enriquecida con la presencia de idiomas y costumbres diversas. En la generación de mis padres la impronta germana aún era fuerte. Y dicen que hubo una lamentable noche de reunión, durante la segunda Guerra Mundial, en la que un tío alemán alardeó de la toma de París haciendo que una tía francesa abandonara llorando la casa. Así es que por la presencia de tantos miembros extranjeros en la familia, esa guerra estuvo presente en mi casa con bastante cercanía.

Ante lo arrasador del recuerdo del patriarca, de su mujer, quien diera a luz a los dieciocho hijos, no sé gran cosa más allá de que ella dedicaba su tiempo a leer novelas, una vez que fue repartiendo el cuidado de los más pequeños entre sus hijas mayores. Existen algunas fotos suyas hacia el final de su vida, pocas en comparación con las que hay de su esposo y, además, caseras, no de estudio como las de él. Pero sí tenía algo muy interesante para todos sus descendientes: ignoro si fue su padre o su abuelo un cruel pirata danés. Y no es que los niños celebráramos la crueldad, pero sí la prosapia. Un abuelo pirata, leyendo a Salgari, no era nada despreciable.

Pero vuelvo al patriarca. Mi antepasado llegó de España, con su padre, al inicio de la década de 1840, a los catorce años, cuando nuestro territorio aún estaba completo y Maximiliano de Habsburgo era un niño de menos de diez. Se escondió hasta que el barco debió zarpar con su padre y sin él, y nunca volvió a su país. Fue joven gambusino durante la fiebre del oro en California. Y su vida, como ya lo mencioné, transcurrió entre Sinaloa, Baja California y la otra

California, la que nos fue arrebatada ya durante su residencia aquí. Llegó a ser un hombre sensible y muy culto, fue editor de *El Correo de la Tarde*, periódico de Mazatlán, y personaje prominente y respetado por aquellas regiones. No es de extrañar que las hijas y nietas se sintieran orgullosas, pese a la exageración con que lo externaban. Debo decir que el recuerdo de su halo tocó, asimismo, a sus descendientes varones, pero se manifestó de forma más discreta.

Mi bisabuela fue una de las hijas mayores de esa extensa familia en la que no todos llegaron a la vida adulta. Después de Carlos, el primogénito, nacieron cinco hermanas, una tras otra, que tuvieron fama de ser muy alegres, aunque las fotos no las muestran a todas muy agraciadas. En sus crónicas sobre Mazatlán, Amado Nervo habla de las fiestas, vestuario incluido, que daban aquellas lejanas muchachas y a las que él asistía. Mi bisabuela Margarita murió de más de noventa años, unos meses antes de mi matrimonio. Un buen día decidió que ya no quería seguir más (así lo dijo) y en dos semanas sin otra razón que su edad murió. Recuerdo que todavía la víspera tuvimos ella y yo una discusión muy acalorada, perorando la bisabuela, desde su cama de agonía, acerca del papa Pío XII. No recuerdo el tema, sólo la vehemencia que la acompañó siempre.

Desde mi primer recuerdo, su aspecto no varió y las fotos así lo confirman: una anciana de pelo canoso recogido con horquillas en un chongo, rostro adusto, muy erguida, con un bastón cerca. Tuvo ocho hijos, pero sólo dos mujeres y dos hombres llegaron a la vida adulta. No conocí a los varones, quizá ya habían muerto cuando yo nací. Lo que sí sé es que no se mantuvieron cercanos a la familia. Ernesto perdió una pierna en los hechos sangrientos de la Decena Trágica e ignoro a qué bando pertenecía; Álvar contrajo lepra; sólo sé que fueron personas que vivieron en las márgenes sociales. Por su parte, Margarita, la hermana de mi abuela, quedó viuda a causa de la influenza española con dos niños menores de tres años. Su madre —mi bisabuela— había enviudado, años antes, el mismo día en que mi abuela paría a su primera hija que también murió. Abuelo y nieta fueron enterrados juntos. Mi tía Margarita debió ponerse a trabajar como después lo hizo su hermana y mi propia madre años más tarde, mientras la bisabuela se encargaba de lo doméstico. Mi tía volvió a casarse muchos años después y tuvo otro hijo, y él y yo crecimos muy cercanamente.

Por claras razones de época, la bisabuela fue espiritista, doctrina que luego se transformó en una versión particular suya: “La doble vista”. Tenía la capacidad de recibir consejos de Padre, su padre. El problema es que debe haber habido interferencias, como las había en su aparato de radio de onda corta, que yo recuerdo ruidoso e ininteligible en mi infancia. El caso es que las imprecisiones eran

grandes y, por ejemplo, durante el largo tiempo de las sangrientas revueltas posteriores a Madero, su doble vista le anunciaba la inminencia de otra balacera y se compraban, digamos, montones de jitomates que se hacían hasta en dulce antes de que se echaran a perder. Mientras, la paz precaria en la ciudad seguía indiferente a su alta conversación con Padre, quien también la malinformó acerca de un controvertido novio mío. Pero ella, segura del mensaje, habló con la madre del interfecto para darle albricias celestes y a mí un bochorno mayúsculo.

Los bisnietos íbamos a su cuarto, en casa de mis abuelos, donde intentaba sintonizar la radio mientras tejía con gran destreza encaje de bolillos. Recuerdo los alfileres con cabezas de colores, el sonido inconfundible de las bolillas de madera al cruzar los hilos de telaraña sobre el cojín de seda, el atemorizante castañeteo de su dentadura postiza y su incesante hablar a solas. En un bote grande de lámina guardaba dulces de anís, menta, canela, que acababan pegados entre sí y que ella desprendía a martillazos para ofrecernos algunos trozos.

Acaso en mi infancia, adolescencia y juventud muchas cosas sucedieron o se resolvieron o se problematizaron durante los días de campo familiares. Un domingo de octubre, bajo los árboles y ya en la tarde, mi bisabuela habló con mucho fervor del voto que graciosamente, en 1953 al fin, nos había otorgado a las mujeres el presidente Ruiz Cortines. La bisabuela era una mujer recia, algo loca, y, como ya mencioné, en contacto con los espíritus que la aconsejaban. Qué lástima que perdimos ese contacto porque antes, desde ultratumba, solían hablarnos con facilidad; hasta las decisiones del país fueron tomadas por algún mandatario siguiendo instrucciones del espíritu de un hermano suyo muerto a los cuatro años, antes de su propio nacimiento.

Aquel domingo nos asentamos en un sitio muy verde y arbolado, pero pedregoso. Ahí empezó ella a urgirme a una promesa categórica, total. Quería que a los veintiún años, entonces la mayoría de edad, me dedicara a buscar la presidencia de la República. Pero yo tenía otros sueños. No estaba segura entre ser monja o artista de cine. La presidencia quedaba bastante lejos de mis aspiraciones. La vieja, con mi negativa, se exaltaba más a cada momento; pero yo no podía prometerle algo tan definitivo que aún sigue sin cumplirse.

La tarde empezó a pardear: “Tú debes ser presidente de México”, resonaba en mis oídos. “No puedo prometerlo, bisa. No puedo.” Ajenos a este diálogo perentorio, los demás estaban ocupados guardando los enseres en el coche. Finalmente, ella, cada vez más furiosa y mascullando entre dientes, se apoyó en su bastón y tomó camino entre los pedruscos. La bisabuela se alejaba al tiempo que aparecían las primeras estrellas en aquellos cielos límpidos de antes.

Todos empezamos a preocuparnos; el suelo no sólo estaba pedregoso, sino con muchos hoyancos. Le gritamos, fuimos de un lado a otro y se nos arrojó de lleno la noche. Nos dividimos en cuadrillas para buscarla. Y cada tropezón mío agrandaba la culpa. ¿Por qué no ser presidente si por fin era posible, si la bisabuela confiaba en mis luces, si se iba a morir por mi negativa de servir a mi país? Entré en pánico. Tenía el corazón desbocado y la garganta seca. Por mi culpa ella iba a convertirse en mártir del sufragio femenino y yo, además de haberle ocasionado la muerte, no había estado dispuesta a trabajar por todas las mujeres de mi país. Mi bisabuela me abría una posibilidad de lucha contra las injusticias y yo la rechazaba. Si sólo, si sólo le hubiera dicho que sí, si sólo…

La angustia fue creciendo hasta que atisbamos una luz hacia la que caminamos niños y grandes. Y ahí, en la entrada de una casa campesina, en una silla con asiento de tule, estaba muy oronda la vieja señora quien frunció el ceño al vernos y no volvió a dirigirnos la palabra. Mi corazón que traqueteaba lleno de remordimientos se fue calmando. Y no fui ni artista de cine, ni monja.

Con motivo del aniversario conmemorativo del voto para las mujeres y con la promulgación de un decreto sobre la equidad de género en las cuotas de las Cámaras, yo me pregunto qué pensaría la bisabuela. Yo no estoy convencida: existe ahora la posibilidad legal para las mujeres, pero la actitud de condescendencia masculina que la envuelve apenas si ha variado.

Marzo 6, 2012

EL ABUELO

Intentaré traer al presente, de estos lábiles escritos, lo que he logrado saber de mi abuelo José Ferrel y Félix, nacido en Hermosillo (en un viaje de sus padres), pero sinaloense de corazón y raíces. Desde su dura orfandad hasta el personaje legendario del que muchos escribieron en su momento; y más, mucho más tarde, hasta el anciano eternamente navegando en una mecedora —mueble que yo conservo —, circundado por su propio silencio. Estos datos de aquí y de allá y no siempre veraces me impiden conformar al individuo que vivió, amó, luchó con denuedo. Debo confesar que fue el hombre al que yo más quise, en mi niñez y hasta su muerte en mi temprana adolescencia. “Sólo una cosa me extrañó […] su pelo completamente blanco. Me causó una enorme tristeza aquel espíritu tan joven señalado con la nívea marca de la vejez, y hubo en mi corazón una protesta airada contra la naturaleza que así deja que los años blanqueen el fuego de las almas que no pueden apagar.”[2]

Ese abuelo cuyo cabello blanquísimo y abundante era aún invitación para los niños que deseábamos domarlo, mientras él, con una sonrisa lejana, dejaba que las manos infantiles manipularan sus canas. Ese abuelo que comía, con el mayor deleite que yo haya presenciado nunca, una naranja partida en cuartos, y cuyos dientes la dejaban limpia, sin más que el oro rugoso de la cáscara. Y que en sus últimos años, después de la dolorosa muerte de su hijo, de la que ya he hablado, pienso que tal vez quiso compartir conmigo y heredarme el conocimiento de su vida joven, de sus temerarias aventuras, de su brega política. Me mostró papeles, fotografías, documentos… y yo, yo lo escuchaba con atención, con cariño; pero los nombres, los instantes, las circunstancias del devenir de la patria, que mi abuelo vivió y que desplegaba sobre la superficie de su gran escritorio de cortina, se me escaparon. Cuatro años después de la muerte dramática de su hijo, el viejo se fue con los labios casi cerrados: el depósito de su palabra avara, que creyó dejar a buen resguardo en mis oídos, se fue con él a la tumba. Extravié los datos precisos, pero hasta hoy conservo la impronta de su cercanía, de las palabras que me obsequiaba frente a su silencio para con los demás.

Desde hace muchísimos años, soy yo quien conserva esas fotos, esos papeles, esos libros, esos artículos periodísticos, esa medalla, esas cartas virulentas, esos registros de la cárcel de Belén, donde estuvo preso varias veces. Y su nombre y hazañas desperdigados en libros de personas de aquel tiempo lejano de su juventud, que construyeron un personaje a quien jamás he podido desentrañar del todo. He examinado el hato de cartas de toda índole que mi abuelo guardó, la más antigua es la que su padre Francisco le envía a su esposa Aurelia Félix y está fechada en 1865; así se suceden varias décadas, las hay de familia, amigos, personajes destacados en las letras, el periodismo, la política. He revisado sus artículos en la prensa, he leído más de una vez las dos novelas que publicó: *Reproducciones* (1895), editada mientras estaba en la cárcel y, anteriormente, *La caída de un ángel* (1892), ambas narraciones con sustrato político, y *Los de la mutua de elogios* (1890), libro que recopila críticas literarias de tono muy virulento. Entre las personas a quienes ataca están Arturo Paz —hijo de Ireneo y redactor de *La Patria*—, Joaquín D. Casasús, entonces diputado, el arzobispo Ignacio Montes de Oca, de quien escribió una diatriba en contra del soneto que éste publicó deplorando la muerte impuesta a Maximiliano: "[…] Desventurada raza mexicana/ mandar no sabe, obedecer no quiere". Ataca, asimismo, al escritor Juan A. Mateos. Es curioso descubrir que el sobrino de Arturo Paz, Octavio, el escritor laureado, fue —lo mencioné antes— amigo cercano de Pepe Ferrel, mi tío; que J. Casasús acabó siendo parte de la familia política de mi abuelo y que Juan A. Mateos fue (o no) pariente del presidente Adolfo López Mateos. Es probable que mi abuela Ernestina hubiera dicho: "El mundo cabe en un pañuelo".

He buscado y rebuscado en mi propia memoria aquellos días de visita, cuando sus ojos zarcos brillaban al relatarme sus experiencias, confiado en que yo las recordaría. Al paso del tiempo se extravió, asimismo, un florete con el que se batió en algunos duelos, y que entonces me mostraba con orgullo, pero que nunca llegó a mis manos.

José Ferrel y Félix, segundo de cuatro hijos, perdió a sus padres a la edad de seis años. Aurelia Félix fue la primera en morir de una de esas pestes que mermaban la población, y Francisco Ferrel en un levantamiento, en el norte del país, correspondiente al Plan de la Noria contra la reelección de Benito Juárez, en 1871. Mi abuelo nació en 1865, durante la intervención francesa, y a Francisco, su padre, le tomó un buen número de meses conocerlo, puesto que era, con el grado de coronel, el comandante en Álamos, Sonora. Leo con piedad la carta a su esposa tras la gran derrota militar sufrida ante las tropas del invasor. Por aquella época, ignoro si antes o después, Francisco Ferrel fue también secretario de gobierno; la división formal entre Sonora y Sinaloa no se respetaba: eran una misma zona. Sin haber

espulgado, entonces, los papeles de mi abuelo, al remozamiento de la ciudad de Álamos, Sonora, hará de mi visita más de veinticinco años. Vaya que me sorprendió encontrarme con las fotos de mis bisabuelos en el museo regional recién abierto: Francisco Ferrel Leyva había sido un liberal que formó parte de los antecedentes de esa zona.

Imagino que la orfandad, el compromiso político del padre, la vida muy dura de los niños Ferrel deben haber incidido en la formación del carácter belicoso de mi abuelo y quizá también en el suicidio, muchos años después, de su hermano Pancho, del que conservo cartas a José así como el diploma del Colegio Militar que le otorga el grado de teniente. Las cartas denotan el crecimiento y maduración del niño Francisco, a partir de los doce años, y durante los once siguientes. Reflejan matices de la época en diversas ciudades de la Baja y la Alta California, así como en Nueva York, su desencanto de La Habana y la belleza, que extrañamente él no encontró, de sus mujeres. Reflejan, también, las grandes carencias económicas de Francisco en la Ciudad de México, cuyas dimensiones, bien descritas por el muchacho, ahora parecen increíbles. Queda asentado también su tesón para los estudios de ingeniería civil en el Colegio Militar del Castillo de Chapultepec. Lo que en la lectura no puedo entrever son las causas de su posterior suicidio.

Chapultepec, junio 14, 1890

> *Aquí me tienes instalado formalmente como alumno completo del Colegio Militar. En este pintoresco alcázar e histórico Castillo me paso los días y semanas ocupado en las tareas propias del estudiante, del soldado y aun a veces, cuando el tiempo lo permite, del admirador de la naturaleza; pues por más días que pasen siempre me causa grata impresión el panorama que por todos lados presenta el Valle de México, desde esta eminencia que nuestros antepasados bautizaron con el nombre de Cerro del Chapulín. Otras veces el ánimo no se halla inclinado hacia la poesía y entonces con el fusil sobre el hombro se pasea uno por las inmediaciones de su puesto, alerta y vigilante para cumplir con la consigna.*

Niños aún, los dos varones fueron acogidos por un amigo cercano de su padre, hombre también de vida aventurera, quien se asentó con su inmensa familia (dieciocho hijos) entre Mazatlán, La Paz y San Francisco, California, recién arrebatada a nuestro territorio. Desde su adolescencia, mi abuelo gustaba de las letras, tanto de ejercer la pluma incipiente como de adentrarse en la lectura de los autores de moda: Espronceda, Larra… Asimismo, empezó a publicar en pequeños y después no tan pequeños periódicos de la región hasta culminar en

la Ciudad de México. Carlos Fernández Galán, su protector, era el editor del muy afamado diario en el país, *El Correo de la Tarde*, de Mazatlán. Galán fue un célebre abogado, además de haber desempeñado, en varias ocasiones, cargos de regidor y presidente municipal de Mazatlán. Y fue un sabio mentor de su entenado, quien publicó en el *Correo* notas periodísticas en la década de los ochenta, antes de trasladarse a México en 1893 para fundar, junto con Joaquín Clausell y otros, el periódico de oposición, *El Demócrata.*

Transcribo un fragmento de una carta de 1884 de Carlos Fernández Galán:

> *Querido hijo*:
>
> *Tengo a la vista tus cartas y tus elucubraciones poéticas.*
>
> Lo que a éstas les falta no es poesía, sino metro, rima, ritmo, y para que lo adquieran es preciso que tú adquieras buen oído, y para ello es indispensable leer mucho y a buenos autores.
>
> Guardo tus versos para compararlos con los que vengan después, si es que no sigues mi consejo y te dedicas mejor a escribir prosa. Deberías elegir una materia, no es muy difícil, y escribir sobre ella cuanto se te viniera en mientes. Ése sería un buen ejercicio.

Cuando Amado Nervo tomó el sitio que abandonó Ferrel en *El Correo de la Tarde* gozó del mismo mentor, "El caballero español", según lo relata Nervo en sus "Crónicas de Mazatlán", como también relata las alegres fiestas (atuendo incluido) organizadas por las muchachas Galán.

De Carlos Fernández Galán, protector de los jovencitos Ferrel, y posteriormente de Amado Nervo, ya he escrito, porque este señor fue el abuelo de mi abuela Ernestina, recordado entre sus hijas y nietas como "Padre Adorado". (La conversación de mi bisabuela Margarita con su espíritu —ya lo he relatado— me trajo uno de los bochornos mayores de mi vida.) Y, aunque en sentido estricto no había parentesco de sangre entre mis abuelos, Ernestina era la hija de esa "hermana" Margarita de José Ferrel. La diferencia de veinte años entre la pareja hizo que realmente se conocieran y trataran en los inicios de la adolescencia de aquella mi abuela, ya en la Ciudad de México.

A través de la lectura de las cartas a Ferrel, las menciones acerca de su "bravura", como la de contener un motín a bordo, o transportar intacta una gran suma de dinero que entregó sin faltar "ni un céntimo", tras cruzar caminos muy inseguros, aparecen en libros de escritores decimonónicos de Sinaloa, Sonora y la Ciudad de México, como Federico Gamboa y Ciro B. Ceballos, quien lo apreciaba mucho;

o en sentido opuesto, en el prólogo de Artemio de Valle-Arizpe sobre el duelo en México, donde describe a Ferrel como un ser rabioso y lo da por muerto casi veinte años antes de la fecha real. También en los propios libros de mi abuelo y, especialmente, en sus artículos periodísticos que llegaron hasta mí; los juveniles, pegados con engrudo sobre las hojas impresas de varios libros; uno, escrito en alemán, de Karl Krause sobre estética, que permanece sepultado bajo los artículos de mi abuelo. Sirva de ejemplo el fragmento siguiente:

Morelos y Maceo. La cuestión cubana

Por no deponer el residuo de nuestro odio a España vamos quedando convictos de falacia y doblez, puesto que abrimos toda el alma a los fragores de la insurrección cubana, y la cerramos desdeñosamente a todo movimiento de interés y simpatía por los que en Filipinas han alzado, como en Cuba, el estandarte de la independencia, y fecundan con su sangre y su vida la idea de libertad. No es, pues, un sentimiento universal el que nos mueve y, no siéndolo, pierde su alto carácter de altruismo y, perdiéndolo, sólo queda nuestro falso amor por Cuba, nuestro odio a España; y así no ponemos, por demencia, del aborrecimiento al español frente al interés de México, el tremendo interés del Norte. Pronto olvida el pueblo, si en una veintena de años olvida que, tras el Bravo, existió la vastamente difundida opinión de que era indispensable que la fuerza americana concluyera con el escándalo de nuestras agitaciones políticas, porque eran una frontera infranqueable para la expansión de los mercados transbravinos.

[…] Cuba, como nosotros, tiene que alcanzar su libertad al través de dos guerras de independencia. Seamos espectadores serenos en su terrible contienda con España, para que no tengamos que callar como cobardes el día de su contienda con el Norte, que será el día de la verdadera catástrofe de su libertad.

Gil Blas (uno de los pseudónimos de Ferrel), 1896

Nervo comenta, en una carta que conservo, el duelo que sostuvo Ferrel con Arturo Paz. Sostuvo otro con Rafael Reyes Spíndola, director de *El Imparcial*, quien fue, además, fundador de *El Universal* en 1916 con varias personas más. Los enfrentamientos escritos se daban en el orden de lo político, por ejemplo, un artículo en contra del ministro de Hacienda y Crédito Público, José Yves Limantour, lo llevó a prisión. Fue varias veces diputado federal y padeció el

desafuero por sus comentarios contra personajes del gobierno de Díaz.

Así pues, mi abuelo, ese anciano de "cabellera blanca" que se mecía apaciblemente en la mecedora, fue un joven y un adulto guerrero, intrépido, que entraba y salía de la cárcel. Ernestina, mi abuela, solía relatar cómo el triunfante Francisco I. Madero apareció en público desde el balcón de los Ferrel porque nadie le prestaba un sitio para su arenga. Desgraciadamente se perdió la grabación que le hice, donde ella ofrecía pormenores e impresiones sobre don Panchito y su esposa Sara, al momento de hablar a sus seguidores, y también de su conversación en la sala de la casa de mis abuelos. En 1909 Ferrel contendió por la gubernatura de Sinaloa contra Diego Redo. La contienda fue muy comentada por la prensa. Se le daba por ganador; sin embargo, el presidente Díaz impuso a Redo.

He podido darme cuenta de que de un sistema electrónico a otro la información se desvirtúa, y ello me ha llevado a descreer de los relatos históricos en general. Se escriben datos erróneos apoyados en información equivocada o, por afinar los hechos, por mal relatarlos, se acentúan los rasgos de traidor o de héroe que, refiriéndose al mismo personaje, se modifican según el criterio prevaleciente al momento de tomar la pluma. Así pues, sé de distorsiones, de la luz y la sombra que se ciernen de diversa manera sobre los personajes comentados, de torpezas, distracciones, omisiones del investigador, etc. Cada quien suele "meter su cuchara". Conservo, por ejemplo, la copia de una extensa carta que mi abuelo le envió a su amigo, el poeta Enrique González Martínez, criticando su reciente tono de escritura, pues dicho autor ensayaba con la poesía modernista. Ferrel mostró un franco rechazo porque perdía lo "viril", lo directo, semejante, pienso yo, a nuestro sonoro himno nacional que retiembla en los oídos. Pero Enrique González Martínez trascendió con su poesía sin que fuera necesario *torcerle el cuello*.

En cuanto a mi abuelo, hay datos publicados en tiempos recientes que confunden al rabioso y muy irónico escritor político, que se iniciaba en el último cuarto del siglo XIX, con su hijo Pepe, exquisito traductor de una pléyade de poetas y dramaturgos franceses y con miras escriturales muy distintas. Sería una paradoja improbable que el rango de intereses de una persona fuera de tal manera amplio como para dedicar su pluma a increpar violentamente a sus enemigos políticos y al mismo tiempo traducir delicadamente a Rimbaud, por ejemplo.

No logro comprender (según los datos que he encontrado) lo que sucedió con Ferrel después del asesinato del presidente Madero; sí sé que las crisis epilépticas que sufría fueron cada vez más severas, más frecuentes y que, aunadas al láudano que se le recetó, su cerebro se fue dañando. Viajó a Alemania en dos ocasiones, la última en 1913,

buscando ayuda médica; pero no había cura. Y aquí me acerco a la orilla del abismo a través de lo que he logrado indagar. Sé, por mi abuela Ernestina, que Ferrel se distanció de otro de los fundadores del diario *El Demócrata*, muy amigo suyo, que no apoyó a Madero y su gobierno, asunto debido al cual dicha persona debió exiliarse del país. Sé, por mi abuela también, que mientras el embajador de Cuba, Manuel Márquez Sterling, le ofrecía protección, el presidente, negándose a creer en la infamia de Victoriano Huerta, dormitaba en Palacio Nacional, sin aceptar la oferta salvadora del diplomático cubano. Y sé, asimismo, que los Ferrel fueron amigos cercanos del sonorense Adolfo de la Huerta, presidente provisional del país en 1920.

Pero todos los involucrados hace mucho que están muertos y los escritos posteriores son tan contradictorios que no sé qué pensar. No sé si después de sus estancias en la cárcel, de sus artículos incendiarios, de sus duelos, de su trayectoria vital y de su brillante, aunque fallida, candidatura para gobernador de Sinaloa en 1909, asistido por Heriberto Frías y Francisco Valadés, haya apoyado al traidor Huerta. Pero hay en Culiacán una calle que lleva su nombre flanqueado por Ignacio Manuel Altamirano, José Joaquín Fernández de Lizardi y Manuel Acuña.

¿Claudicó de sus creencias y tuvo tratos con Victoriano Huerta? No, no lo sé, ya que muy pronto la epilepsia avasalló su salud. Y fue, entonces, cuando su esposa Ernestina debió buscar empleo para solventar los gastos cotidianos, y la familia vivió con limitaciones extremas, a las que ya me he referido. Yo llego tarde, muy tarde a su vida, sólo para recordar a ese viejo entrañable que todos respetábamos y queríamos. Y, como mentís, frente a la fosa donde iba a ser sepultado, el gobierno mandó a un emisario a despedir con honores a mi abuelo. Recordando su voz grave y pausada relatándome sus experiencias, termino con otro párrafo del “Prefacio” que escribió Ferrel a la publicación de los textos del luchador social y periodista José Rentería:

> *Hay que creer a este hombre que habla de lo que vio, y que lo refiere con la fuerza de una memoria potente y sana de donde han desaparecido ya los nublos de las pasiones, para dejar prendida en su zenit, tranquila y constante, la gran luz de la razón y la justicia. Hay que creerle, porque convence de que está diciendo la verdad con la sencillez de su relato. No se duda de su palabra, porque se la ve desbordante de sinceridad fogosa y entusiasmo sin doblez; es una conciencia que habla, y esa conciencia sin repliegues está inundada con las claridades de una vida sin mancha.* [3]

Octubre 15, 2013-agosto 26, 2016

MI PADRE II

A Carlos Pellicer López

Ya dije que mi padre no era tan joven cuando nací yo, su primera descendiente, así que supongo que el mero placer de verse prolongado lo llevó a hacer conmigo muchas cosas. Cuando yo era bastante pequeña, íbamos a la fuente de un parque de otro barrio a poner a navegar un velero que él había construido y que dirigíamos con una vara larga. Y yo, cerquita, lo veía dedicar toda su atención a orientarlo.

En esa misma época viajaba con frecuencia por razones de trabajo y, claro, volvía siempre con regalos. En los puestos de los Portales de Puebla me compraba títeres, cuyos hilos él manejaba con destreza, y que luego, ya en mis manos, se enredaban hasta la desesperación: el muñeco radiante de vida con mi padre, conmigo agonizaba. Como era goloso para lo dulce, traía camotes cristalizados (que yo detesto hasta el día de hoy) y jamoncillos de varias clases que gozábamos todos. De Celaya regresaba con una inmensa caja circular de una madera delgadísima con divisiones para las múltiples variedades de cajeta que entonces era de factura artesanal. A través de sus viajes conocí los productos regionales de gran parte del país que aún no sufrían el proceso despersonalizador de lo global.

No sé quién me regaló un pianito de juguete del que, a pesar de sus escasos sonidos, mi padre lograba obtener gratas y reconocibles melodías. Y, una detrás de otra, me trajo varias guitarritas, cuyas cuerdas se aflojaban sin remedio, si bien era él quien les otorgaba la categoría de un nada sofisticado instrumento musical. Mi padre tocaba además la armónica de la misma forma empírica. Y yo, su hija, nunca pude poner dos notas juntas. Algunos años más tarde, tomé clases de acordeón con resultados ingratos para los oídos del prójimo. No fue el caso de mi hermano varios años menor que yo y quien le heredó el oído musical y la destreza de manos. Mi padre me enseñó a muy mal cantar una variedad grande de canciones, tanto en español como en sueco, tanto infantiles como de cantina. Él mismo entonaba una muy particular hecha solamente de disparates verbales suyos, que canturreábamos mi hermano y yo con él al irnos todos de viaje en

coche. Era una especie de rito inicial. Guardo aún en la memoria la letra loca y la melodía.

El amor a la música fue siempre algo intrínseco suyo, pero que transformó en coto privado. Cada noche se encerraba con sus discos de 78 y después de 33 revoluciones de música clásica. Ni mi madre ni mi hermano ni yo tuvimos acceso a ese tiempo personalísimo suyo. Antes de que yo naciera, construía sus propios radios de bulbos, y en mi niñez temprana adquirió un tocadiscos con micrófono para grabar. No conocí, entonces, a nadie más que tuviera algo así, por lo que me hacía feliz el que se pudieran reproducir mágicamente nuestras voces si él estaba de humor para tocar de nuevo el disco. Y es que yo solía invitar a mis vecinas, las niñas alemanas, a grabar canciones o tonterías no exentas de ciertos tintes escatológicos que nos divertían a todos los involucrados y que hacíamos un poco a espaldas de mi madre, que no aprobaba hablar de esos temas.

Algunas mañanas de domingo íbamos a algo que ahora parece muy poco atractivo, pero que se hacía por ese tiempo en muchas familias: ir al puerto aéreo para ver despegar y aterrizar los aeroplanos. Volar aún tenía tintes de acción milagrosa. Como milagrosa nos parecía a los niños ver la escritura blanca en el cielo que dejaba la cauda de alguna avioneta anunciando algo. Nuestros ojos la seguían admirados, aunque muy pronto las letras iban a deshilacharse en el aire.

También en aquel tiempo lejano los días de campo familiares eran muy frecuentes entre la población citadina. Había la costumbre de tomar la carretera, encontrar un bosquecito y bajar las canastas de comida. Eso hacíamos nosotros con abuelos, tíos y primos. Internarnos por la espesura no muy significativa, que a mí me llevaba a dejar volar la imaginación con el paisaje boscoso que me recordaba las caminatas hechas en el viaje de mi infancia por los bosques de Suecia, y cuyo paisaje se me grabó hasta el fondo del alma. Hubo un momento posterior, al inicio de mi adolescencia, en que mi familia consideró irse a vivir allá, y yo fantaseé con ello, narrándoles a mis amigas mi futura y deliciosa historia de amor. De ello me valí para un relato de la novela *Deseo*: "Sucedió en el bosque". Esos días de campo me llevaron también a evocar primero los cuentos de hadas y después a Robin Hood o Robinson Crusoe o cualquier aventura en la naturaleza. Nadie pensaba entonces que ir al campo conllevara algún peligro. Esta costumbre se extendió hasta mis hijos; después —ahora— es casi imposible pensar en hacerlo. Se ha convertido en algo peligroso y la deforestación ha hecho grandes estragos. Recuerdo a mis padres y demás adultos caminando, entre los árboles y matorrales, con cierta circunspección de gente grande mientras nosotros corríamos o trepábamos como cabras locas.

A dos años del término de la segunda Guerra Mundial, mis padres

y yo hicimos ese viaje, que ya he referido, de varios meses por Suecia y que me marcó para siempre. Al mirar hacia atrás, pienso que el cambio radical de atmósferas me condujo primero a afilar los sentidos y después a una pequeña pero intensa reflexión infantil. Sé que la memoria traiciona, empero, quizá la orden de mi maestra de llevar un diario de viaje, quizá mi ser introspectivo que ya se asomaba, quizá las sorpresas constantes… El caso es que, de ahí en adelante, he apresado el mundo de la misma manera curiosa e insaciable. Hasta esos momentos yo no tenía en claro muchas cosas, entre otras, la diferencia entre ciudad y país que se me confundían en la cabeza cobijados bajo el mismo nombre. Yo veía en los mapas el contorno de cuerno de la abundancia o el perfil de señora antigua y no lo entendía. Otra incógnita era que sobre la falda casi entera de un cerro, en la carretera a Puebla y escrito con cal sobre mojones, se leyera "Alemán". A mí me era difícil de entender que aunque Alemán de nombre, el presidente era mexicano. De nuevo el problema infantil de ingreso a la abstracción. Las explicaciones de mis padres no me quedaban del todo claras.

Así, con nubarrones en mi comprensión, tomamos el ferrocarril hacia Nueva York, y fuimos despedidos por abuelos y tíos agitando pañuelitos blancos. Ese recorrido de cinco noches y cuatro días fue algo nuevo, especialmente con la parada extensa en algunas estaciones cuando, de ese modo, se daba cuerda a la avalancha de vendedores. Fue la primera vez en que me percaté de lo que podría llamarse masa humana. Me recuerdo reflexionando en que cada una de esas gentes era amada por alguien. Y ese pensamiento me conmovió como presencia de una inimaginable acumulación del amor.

Durante las largas horas del tren, además de leer los libritos que llevaba, y aprender a tejer un calzón de lana para mi muñeco de hule, mis padres me enseñaron algunos juegos de baraja; y, asimismo, veía correr el paisaje desértico y el de la Sierra Madre que a veces me emocionaba y otras me aburría; el camino era casi infinito. En algún momento de la trayectoria cruzamos la frontera y de noche fuimos enganchados a un convoy estadunidense. El menú cambió. Entonces mi café con leche espumoso vertido desde dos grandes jarras de metal desapareció. El personal norteamericano me miraba horrorizado de que yo quisiera echar un café tan aguado como era el suyo, que apenas si pintaba la taza, sobre la tan saludable leche cruda que mis padres habían pedido que calentaran, queriendo atenuar con el tinte ligerísimo y apenas oscuro su para mí tan desagradable sabor. El resultado era francamente infame, y yo no entendía el porqué de un día al otro había desaparecido la posibilidad de desayunar, como siempre, una taza de rico café con leche. Tal vez ésta fue la primera confrontación cultural de mi vida.

De Nueva York guardo el asombro de la altura infinita de nuestro cuarto de hotel, desde cuya ventana veía caer la lluvia y los minúsculos paraguas que me llevaban a catalogar a los andantes como catarinas de colores. Mi ciudad era de baja estatura, de amorosos brazos abiertos y no de marciales brazos en alto hasta casi tocar los cielos. Y la modernidad se me impuso con una cafetería "automática" que rebasaba mi entendimiento. Hace pocos años vi un documental sobre dicha ciudad y época; mis recuerdos no me traicionaron. No había meseras, el alimento estaba siempre a la vista tras de una puertecita de vidrio que se abría echando algunas monedas. Era cosa de brujería. ¿Cómo llegaba hasta ahí la comida si no se veía a nadie? Y, en cuanto al idioma, en mi escuela lo enseñaban y, no experta yo, de cualquier modo, algo sabía.

En aquella época tan lejana, y durante mucho tiempo, se viajaba de otra forma. En su viaje de bodas también a Suecia, mis padres llevaban baúles cual armarios con gavetas y espacio para colgar la ropa. Del nuestro, recuerdo el color café claro de las maletas de cuero, pero no su número, que ahora se equipararía al de una banda de músicos de rock de gira en pleno triunfo. Recuerdo las etiquetas con el nombre de nuestro buque sobre sus tapas y costados. Recuerdo al hombre que las llevó al barco. Recuerdo los muelles con una embarcación tras otra atracadas ahí y las múltiples lenguas que escuchamos a nuestro paso. Recuerdo subir por la escalerilla del Gripsholm, el barco de pasajeros, en ese entonces más grande de Suecia. Recuerdo nuevamente los pañuelitos blancos de la despedida y mi tristeza de no ver agitado en el muelle de Nueva York alguno para nosotros, aunque sí visitamos en aquella ciudad a la hermana de mi bisabuela materna y a otros parientes. Recuerdo el mareo perenne de mi madre a lo largo del trayecto.

La vida de barco me acercó a mi padre, mientras a ella el mundo tristemente le daba vueltas y a mí mucha pena dejarla tendida en la cama del camarote gran parte del tiempo. De esa vida náutica destaco el protoconsomé sintético de res (detestable, en mi opinión) que se servía en cubierta a los pasajeros mientras éstos reposaban, de tanto no hacer nada, en sillas largas que acogían sus piernas cubiertas con mantas. El juego llamado *shuffle board* en el que se empujaban con una vara larga unos discos pesados de madera en un tablero pintado en el suelo. El ping-pong que ahí jugué por primera vez. Vi a mi madre emperifollarse trabajosamente para la "Cena del Capitán", a la que desde luego no me llevaron. Pero en el comedor hice un descubrimiento muy gozoso: el arenque.

Mi padre y yo pasamos muchos ratos abrigados en cubierta dejando fluir el tiempo con el aire picoso de la brisa, el olor a mar y brea y a los puros que fumaban los señores. Supe de la Vía Láctea, al

ver una huella blancuzca, pero no entendí las explicaciones paternas. ¿Cómo es que estábamos adentro si se veía afuera? Lo que sí me conmovió, también sin comprenderlo, fueron las constelaciones, cuyas figuras nunca pude relacionar con sus nombres, pero que me llevaron a imaginarlas como deben haberlo hecho miles de años más temprano quienes así las llamaron. Vi el viaje de las nubes en el día, y la estela espumosa que dejaba tras de sí el barco. Y escuché cotidianamente una lengua de la que apenas había tenido noticia antes.

Un buen día atracamos en la ciudad de Gotemburgo. La familia descendió cubierta con sendos abrigos, mi padre abandonó su gorra de paño de lana, y los tres, con nuestros respectivos sombreros, emprendimos la marcha con una sensación de vaivén, como si el barco hubiera querido permanecer con nosotros para siempre. Y algo en los tonos de la luz me sorprendió, era igual pero no, era distinta, muy distinta. Esta percepción se me agudizó en los meses que estuvimos recorriendo el país, visitando parientes y amigos, maravillándome yo con la belleza del paisaje y con el aspecto tan distinto de las ciudades nórdicas, casi siempre cerca del agua. Me conmovió lo gris del tiempo lluvioso andando por bosques y lagos, y la prolongación desbordada cada vez mayor de matices en el cielo al aproximarse el solsticio de verano. Y las flores multiplicándose y todo el campo sembrado y sombreado por distintos colores y el cortar frambuesas en el bosque.

Y así, yendo de una región a otra, un buen día tomamos el ferrocarril para embarcarnos a la isla de Gotland, y llegar hasta la ciudad amurallada de Visby. Recuerdo el largo extender la vista, por la ventana del comedor del hotel, hacia el paisaje celeste que cantaba sin fatiga al sol de medianoche y hacia sus reflejos marinos. El tiempo pasaba y pasaba y pasaba mientras nubes y cielo y mar cambiaban de atuendo lenta, majestuosa, apasionadamente, aunque para mí era casi la imagen del tiempo inmóvil de la eternidad. También recuerdo mi placer al ver a la orquesta tocando y a mis padres bailando y yo bailar con una extraordinaria timidez con alguno de los dos.

Ahí, en el comedor, en una mesa cercana a la nuestra comía un señor muy viejo. No habría tenido esto nada de extraordinario de no ser que se trataba del hermano menor del rey más viejo aún. Era el príncipe Eugenio, otro pintor, que moriría muy pocos meses después. “Extraordinario”, me decía una parte de la cabeza, mientras que la otra no encontraba palabras para explicarse una decepción tan grande. “Ese viejecito es un príncipe; pero así no pueden ser nunca, nunca los príncipes, un rey tal vez sí, ¿pero un príncipe?” Y en tan noble cercanía pasamos una semana; después tomamos junto con el príncipe el mismo barco de vuelta a tierra firme y luego el mismo tren, que llevaba enganchado el vagón de la familia real, a Estocolmo.

Me olvidé del asunto hasta una mañana en que, en una tienda departamental, mientras mi madre me medía alguna pieza de ropa, lo mismo hacía una señora con sus hijas. Y supe que la señora también era princesa, que acababa de enviudar, a principios de ese año del hijo del anciano rey a causa de un accidente de aviación. Y que su muy pequeño hijo iría con el tiempo a asumir la corona; el día de hoy, en que escribo estas líneas, es el monarca reinante, su nombre: Carlos XVI Gustavo.

Este nuevo encuentro mío con la realeza no me decepcionó de la misma forma. La señora era como mi mamá, si hasta podrían parecerse; las niñas podrían haber sido mis hermanas, una de ellas era de mi edad justa, y el principito era un poco menor que mi hermano, al que habíamos dejado en México. Esas niñas y yo nos vestíamos con ropa parecida, así que tal vez yo estaba cerca de ser princesa. Tal vez yo lo era y aún no lo sabía. Tal vez en mi familia se guardaba un gran secreto.

De nuestras conversaciones guardo sólo algunos jirones, pero lo que nunca he olvidado es el tono alborozado de mi padre, el brillo travieso de sus ojos verdes, el placer por cierta comida, el deseo de compartirnos, a mi madre y a mí, su cercanía con Suecia. Y también la risa alegre de mamá. Conocí a tíos y primos, pero no fue fácil, yo sólo sabía unas cuantas palabras de sueco, no las suficientes. Así y todo, no sólo fui a un internado veraniego para niños a orillas de un hermoso lago de aguas heladas donde nadábamos, y donde me escandalizó la libertad y naturalidad de la gente para mostrar el cuerpo desnudo, sino que viví con mis tíos y primas de edades cercanas a la mía. Probé las cerezas, trepada al árbol de su jardín, y disfruté de ese sabor nuevo y delicioso. Mi paladar aprendió a gozar de lo pungente del arenque y del delicado gusto de los frutos silvestres. Mi olfato descubrió la presencia cotidiana del aroma del mar y de los bosques. Mis ojos admiraron esas ciudades a orillas del agua y los paisajes distintos a los míos. Mis oídos se amistaron con los nuevos sonidos y con la nueva lengua. ¿Y mi tacto? En mis manos y piernas quedó la caricia de una bicicleta que me compraron en Estocolmo. En ese tiempo había escasos coches circulando por el país, lo que proliferaba como medio de transporte eran las bicicletas tanto en las ciudades como en las carreteras; y algunas familias, incluso, viajaban en bicis dobles con algún niño en la canastilla sujeta al manubrio y con otro detrás. La mía era roja con una pequeña canastilla también para mi muñeco de hule.

Aunque Suecia permaneció neutral durante la guerra, la gente precisaba de cupones de racionamiento para la comida. Tampoco me fue fácil entender la explicación al respecto. Cada quince días mi padre debía ir a una oficina gubernamental a proveerse de éstos.

Cuando, al cabo de los meses, estábamos a punto de volver a casa, le dio los cupones a una encantadora tía ya vieja, que fumaba, extrañamente para mí, unos puritos, y que había ido a México muchos años atrás, en donde aprendió a hablar bien el español, asunto que me maravillaba puesto que mi aprendizaje del sueco era lento por mi timidez.

A Estocolmo llegó un viejo amigo de mi padre que se había ido a México al mismo tiempo que él, contratados ambos por la compañía Ericsson. Era, para los dos, un viaje después de un buen número de años con la guerra de por medio. El niño de esa familia y yo nos hicimos muy buenos amigos, a pesar de que Bertil era varios años mayor que yo; nos unía el idioma y la referencia, en esos momentos nublada, a nuestro país. La hermosa ciudad de Estocolmo nos tendió sus brazos de mar, sus callejas, sus avenidas y la libertad para movernos solos. Por ese tiempo, Suecia estaba muy encerrada en sí misma. Europa acababa de pasar la guerra y la tormenta arrasadora de la globalización aún no se perfilaba en el horizonte. Así, pues, nuestro español era una lengua exótica que llevaba a la gente a detenernos en la calle para escuchar de cerca algo tan raro. Tal vez así me hice más consciente de la otredad, porque hasta el grosor de mis trenzas llevó a algunas personas —contra sus discretos modos sociales— a animarse, incrédulas, a tocármelas.

En una ocasión un señor nos detuvo mostrando gran emoción. La guerra lo había separado de su esposa, ella quedó en Argentina y él en Suecia, y aún no habían logrado reunirse. Al escucharnos hablar, su sorpresa y emoción fueron tan fuertes que nos hizo ir con él a una juguetería cercana donde nos compró algo a cada quien. En el vértigo existencial de hoy son difíciles de entender aquellas fronteras casi infranqueables en las que se desenvolvía antes la vida.

Hay una fecha en casa que mi hermano y su familia, y yo y la mía, hemos celebrado juntos, año con año, hasta el día de hoy y que ha estado presente en nosotros desde la infancia más temprana. Papá y sus hermanas encontraron en la Navidad un motivo de celebración que no amainó nunca y que los hacía adornar la casa, el árbol, el tiempo, con una muy fuerte y contagiosa alegría. Nuestra casa era la más hermosa de cuantas visitáramos, nuestro árbol, que mi padre elegía con extraordinario cuidado, el más prodigiosamente vestido, el aroma a pino lo inundaba todo y la música navideña aparecía en la noche para llenarnos con la espera emocionada. La fiesta carecía de tintes religiosos; se trataba, creo yo, de una vivencia interior en la que todo se conjugaba para esperar una noche llena de magia arrancada al tiempo cotidiano. Un rito anual. Y nada ha variado, incluso los elementos más simples de la cena siguen siendo los mismos, desde hace ya más de cien años. Como en la familia de mi madre no se daba

esta locura, seguimos sin problema la tradición paterna, antes también acompañados de tíos y primos. Durante esa noche —a lo largo de mi vida— los resquemores, los problemas familiares han desaparecido siempre para invitarnos a ingresar en una milagrosa dimensión irreal desde donde se perfila la figura de mi padre.

Siempre lo recordaré con su caja de herramientas y su metro plegable de madera amarilla arreglando desperfectos domésticos, o con lápiz y regla diseñando casas por el mero placer de hacerlo, o filmando unas tomas interminables y malas de flores, por ejemplo, que me llevan a pensar que la morosidad de Tarkovski era cine de acción; o tarareando alguna melodía o leyendo muy tempranito en la mañana y luego en la noche, o ayudándome, bastante desesperado ante mi torpeza, con la comprensión de las matemáticas o con la proyección de la perspectiva, a partir de la montea, que yo no discernía en las tareas de dibujo constructivo de la escuela.

A lo largo del tiempo tuvimos encuentros y desencuentros que finalizaron en una muy cariñosa cercanía de muchos años hasta su día postrero a sus más de noventa años. No olvidaré que recibí la víspera de su muerte lo último que pudo decir: un “yo también”, al reiterarle lo mucho que lo quería. Su voz muy cavernosa de esa su última noche reposa al fondo de mi oído.

Febrero 17, 2012

LOS PETTERSSON

La cercanía con la familia de mi madre se corresponde con la distancia cortés que teníamos con la familia de mi padre. Mi abuelo Axel había muerto años antes de mi nacimiento; su presencia se materializaba en un óleo, hecho en su pubertad en Suecia, como pago por haber posado para *El Niño Jesús en el Templo*, óleo que preside hoy una de las paredes de mi casa. Sus rasgos faciales eran, en esa edad tierna, casi femeninos; sin embargo, en su vida adulta llegó a medir cerca de dos metros y su rostro, en las fotos, muestra facciones fuertes.

Axel Pettersson dejó Suecia a finales de la década de 1880. Vino aquí, aquí vinieron sus tres hermanos, sus primos, y un poco antes había venido su tío, quien los convocó cuando en aquellas regiones nórdicas se pasaba por una difícil etapa de pobreza, hambruna y, supongo, mucho frío. En ese entonces se dio una emigración grande y se asentaron principalmente en los Estados Unidos. Se han escrito libros y hecho películas al respecto. Entre los papeles que guardo me enteré de que mi abuelo estuvo en Nueva York durante un año antes de seguir la huella de sus parientes, que se estaban instalando en Orizaba, Veracruz. El tío Hugo había conseguido la representación de las máquinas de coser Singer para México y Centroamérica. Ahí empezó mi familia de este lado del Atlántico. Ahí, en las selvas del sur, se perdió el rastro de algunos parientes. Las máquinas se llevaban y los abonos se cobraban a lomo de mula. Sé de un tío que fue asaltado y asesinado por aquellas regiones y de otro que se perdió sin dejar rastro.

Los libros y más aún las películas muestran la dureza de la vida en el clima escandinavo tan poco benigno, que se disponían a dejar atrás. Se muestra a familias campesinas, con sus muy escasas pertenencias, abordando un barco y descendiendo, finalmente, en la otra orilla del mar. Yo así me imaginé a mis parientes. Y no le dediqué mayor pensamiento hasta que, de ello hace un largo tiempo, quise saber más de mis raíces.

Descubrí que mi familia no era campesina (era lógico suponer que lo fuera); durante varias generaciones que la antecedieron, ya vivía en las ciudades, era burguesa, con las connotaciones positivas y negativas inherentes al término. Y, aquí, mezclando a los antepasados, el tío

Víctor Bäcklund, hermano de la bisabuela Hilma, fue rector de la Universidad de Lund y, asimismo, recibió la medalla nacional (anterior al establecimiento del Premio Nobel) de físico matemático que yo conservo. Una de las hermanas del bisabuelo Axel Pettersson, Ida, fue esposa y madre de dos muy prominentes astrónomos daneses, Elis y Bengt Strömgren. Y si los genes marcan, mi hijo Axel es físico dedicado a la cosmología. Otro pariente, Gunnar Biörk, fue el presidente, a la sombra, del partido conservador y, entre sus varios cargos, fue también presidente de la Academia de Medicina que otorga el Nobel. *Sotto voce* fue, y cómo me duele escribirlo, de tendencias nazis. Cuando mis hijos y yo entramos en contacto con él, Biörk era un muy amable y hospitalario señor.

Desde aquel ensoñado viaje a Suecia en mi niñez, con mi pasmoso descubrimiento de lenguas, paisaje, comida y costumbres, he visitado a parientes y amigos de mis padres —la región marca—, pero ellos y yo hemos tenido poco que decirnos. Nuestros intereses vitales no coinciden y no existe la carga emocional de vidas compartidas, aunque sí ha subsistido empatía familiar y mucha buena voluntad.

Mi abuela Concha Román, originaria de Orizaba, se casó con Axel a sus dieciséis años. Ella me relató alguna vez que ambos fueron de visita a varias casas para informar a los parientes y amigos de su boda. Y que ella llevaba, como compañía en la carretela, a su muñeca. ¿A su muñeca? ¿Estaba lista para el matrimonio? La abuela me confió que no le había sido posible bailar, que nunca en toda su vida lo había hecho. Su prometido se acomodaba con los señores padres de familia en el salón fumador y ella, esa personita de escasos dieciséis años, nunca, pero nunca, hasta su muerte de más de noventa, supo qué era dejarse ir al ritmo de la música. Y, sin embargo, el amor a la música existía en su familia; uno de sus hermanos, Guillermo, en aquella lejana época suya, fue un tenor cantante de ópera. Sé de la costumbre decimonónica de reunirse en la trastienda de una botica, en este caso, de una sedería en Orizaba que pertenecía a mi bisabuela Guadalupe Flores. Ahí se reunía el grupo de los amantes de las letras y el arte, entre éstos, Rafael Delgado, poeta y novelista veracruzano prominente de aquel entonces y del que algo me contó, en alguna lejana charla, Sergio Pitol. La familia de Sergio llegó de Italia por la misma época que mi familia lo hizo de Suecia. Eso nos dio a Sergio y a mí temas de conversación en que compartíamos tanto relatos familiares, como de conocidos de la región. Pero la memoria no logra recuperar más de las muchas historias que me narró una hermana de mi padre. Un día apareció una esquela en el periódico: Aina Pettersson había muerto (se suicidó); Salvador Elizondo llamó a mi casa alarmado, tan pronto la leyó. Había confundido los nombres.

Mi tía Concha fue la modelo para una de mis novelas, *Querida*

familia, donde intenté reproducir los tópicos y prejuicios de una época, incluso el designar simbólicamente, desde la niñez, a una de las hijas como la futura solterona que iba a encargarse de la vejez de los padres, de la llegada al mundo de los sobrinos, de todo lo que competía a la familia. Cuando salió a la luz el libro, su vista era mala, ya no podía leer, así que yo se lo leía. No debe olvidarse que se trata de una novela, así pues, cuando yo llegaba a citas casi textuales suyas, reproduciendo sus prejuicios, ella afirmaba, primero con la cabeza y luego lo reforzaba de viva voz: "Sí, así es". Y, cuando la novela había recurrido a voces de otras ancianas, ella se desinteresaba de mi lectura (no se reconocía).

Ya mencioné que del lado paterno no hubo suficiente cercanía. E iba a ser hasta cerca de los noventa años de mi querida tía Concha, que tuve la fortuna de tratarla de otra forma, de asomarme a sus recovecos, a sus maliciosas (y certeras) opiniones, de darme cuenta de la enorme cantidad de asuntos no canónicos que oculta cualquier familia. Y si traté a la familia paterna con cierta distancia, lo que entreoí de los labios de mi tía me ha dado y, lo sigue haciendo, temas sobre los vericuetos humanos que las leyes civiles y religiosas prohíben categóricamente. Y que las personas, no obstante, efectúan con disimulo. Una tarde en que la visitaba, mi tía me relató una de las escenas más bellas que haya yo escuchado.

Corría el año de 1917, mi abuelo Axel había tenido diversos conflictos con los caciques de Puebla; el hijo de Mucio Martínez, jefe político, le arrebató sus sembradíos de papa y lo amenazó de muerte. Tras del ajusticiamiento terrible de los seguidores de Aquiles Serdán, de Madero y los posteriores levantamientos en armas, se empeñó en enviar a su familia a Suecia mientras él cerraba sus asuntos. Lo que no tomó en cuenta es que las carabinas 30-30 tenían su terrible correspondencia con el mar minado por el ejército alemán en esos años bélicos.

Contaba mi tía que la madre y las hijas (mi padre tenía ya varios años estudiando en Suecia) se embarcaron en Nueva York. Finalmente el barco se aproximaba a Bergen, Noruega; había temor entre los pasajeros de navegar por aguas con minas. Era un largo atardecer de verano, el aire se llenaba con el aroma de los pinos, el mar se dedicaba a reflejar los rojos celestes, el cielo en llamas se dejaba caer sobre el espejo del agua. Un joven pasajero empezó a interpretar al piano algo de Mozart, y los más de noventa años de mi tía desaparecieron: vi su rostro lleno de luz, su piel tersa, resplandeciente, un puñito de lágrimas le dio más brillo a los ojos; tenía de nuevo aquellos diecisiete cuando el futuro se le abría. Había recuperado las ilusiones, la posibilidad de soñar, de imaginar el amor. Nunca he de olvidar aquel momento y nunca el futuro le ofreció a ella algo más

que ser la servidora familiar para la que había sido programada.

Fue mi confidente secreta y la llegué a querer mucho.

Septiembre 10, 2016

TRES CALLES Y MEDIA

A Beatriz Gurza

Tres calles y media de esta ciudad han marcado algunos sucesos importantes de mi vida, que al día de hoy guardo con fuerza en la memoria: Sultepec, calle de la infancia; calle de la jacaranda frente a la puerta de mi casa; calle de la pandilla correteando y tocando los timbres de las puertas (antes del *interphone*) y que, ocultos, las orejas nos zumbaban con las imprecaciones de quien las abría; la de la búsqueda de tréboles de cuatro hojas y, finalmente, la de aquel primer novio, época que a ambos, lo confirmamos en una conversación muchas décadas después, nos condujo al descubrimiento apasionado del amor: dos niños que estaban dejando de serlo habitados por sentimientos desconocidos muy intensos, y que a ambos se nos quedó incrustada para siempre en nuestros recuerdos.

La otra calle es la esquina de Calzada de los Leones y Calzada de las Águilas con una extensión de media cuadra más abajo hacia el Periférico sur, por donde entonces transitaba con pachorra infinita el ferrocarril de Cuernavaca. La región, en los cincuenta, era semirrural como San Ángel y tantos sitios más que se fueron urbanizando, proceso que adquirió una desmesura triste desde finales del siglo XX y lo que va del XXI. Entonces había milpas y sembradíos, granjas avícolas, había ovejas, vacas y caballos con sus consiguientes tábanos de piquetes dolorosos.

Mi primer encuentro con el rumbo fueron las reuniones con las hijas de Herminio Ahumada, político, yerno de José Vasconcelos, casado con Carmelita, compañera de escuela de mi madre. Ahí vivían con el abuelo, a quien conocí como un anciano culto y afectuoso. Yo ignoraba, por supuesto, su radicalización derechista. En aquella amplísima biblioteca, muchachas y muchachos discurríamos con entusiasmo durante los momentos álgidos de la prolongada Guerra Fría y con opiniones quizá encontradas. Olvido los temas, recuerdo sólo la vehemencia. Esa vehemencia, que permeó mis años adolescentes y de juventud, compartida por mi grupo de amigos, es algo que rememoro con añoranza. Éramos jóvenes comprometidos con un futuro en el que deseábamos participar. Y que llegó hasta la

Revolución Cubana con sus dos figuras estelares: el Che y Fidel.

Por esa época leí en el viejo *Excélsior* la entrevista de la periodista Ana Cecilia Treviño, *Bambi*, a un poeta catalán en el exilio mexicano: Agustí Bartra. No recuerdo qué fue lo que me impresionó de manera tan fuerte. No sé si las palabras de ella, o las palabras de él, pero el texto me dejó una huella honda, tanto que deseé conocerlo para que me orientara sobre las letras. La imagen de la biblioteca viva de José Vasconcelos me impulsaba. Y no me habría sido difícil ponerme en contacto con él, teníamos algunas personas en común; pero mi siempre terrible timidez me impidió dar el paso.

Volviendo a la casa de la familia Ahumada Vasconcelos, que mantenía su enorme portón de madera abierto siempre, una madrugada, por los años setenta del siglo pasado, enviados de un conocido cirujano plástico y coleccionista entraron y, sin problema, se llevaron las esculturas prehispánicas instaladas orgullosamente en el patio delantero. ¡Fue un escándalo!

Como ya lo mencioné líneas arriba, en esta región semirrural, una familia amiga tenía su casa de fin de semana, una casa para las entonces todavía en boga *garden parties*, algunos metros más abajo sobre la Calzada de las Águilas cerca de Ferrocarril de Cuernavaca. Ahí, en alguna de aquellas comidas campestres, conocí al joven doctor Miguel León-Portilla. Miguel acababa de publicar su tesis de doctorado, *Filosofía náhuatl*, libro que guardo y que lleva una entusiasta dedicatoria. Juntos él y yo empezamos a estudiar ruso; era un paso para asomarme yo a esa sociedad más igualitaria. Aún solían negarse las atrocidades de Stalin y, de cualquier modo, yo creía que la justicia social estaba en la URSS. Ignoro qué habrá pensado Miguel. De ese tiempo conservo dos libritos de introducción a la lengua. Aprendí el alfabeto cirílico, y ambos intentábamos conversar con un mesero ruso en la entonces apacible colonia Condesa. Al poco tiempo dejamos de frecuentarnos. Cada quien tomó su camino. Ocasionalmente, a lo largo de los muchos años, nos hemos saludado cordialmente en sitios diversos.

En el cruce de las calzadas que homenajeaban a esas dos especies predadoras, mi entonces esposo y yo compramos un pequeño terreno cruzando la Calzada de los Leones, justo frente a la casa de Vasconcelos. En la mía, cuya puerta daba a Las Águilas, nacieron dos de nuestros tres hijos. Yo salía a caminar todos los días por los alrededores señalándoles a mis niños el pacífico panorama rural. En aquellos tiempos subsistía en el aire el olor a carbón de algunas casas.

Nuestros vecinos eran unos norteamericanos muy poco típicos. Tom, director de unos famosos laboratorios farmacéuticos, en sus ratos libres, del otro lado de la barda que compartíamos, se dedicaba a entrenar halcones con un trozo de carne en la mano y una cicatriz en

el rostro, tal vez por miopía de alguno de ellos. Él y su esposa viajaban en una camioneta al desierto de Baja California; Anne aguardaba en el vehículo mientras Tom se enterraba en la arena con una pobre avecilla que sostenía en la mano bajo el cesto que le cubría la cabeza. Al ver de lejos al halcón, soltaba al pajarito que se resistía al vuelo. Si el halcón se aproximaba, Tom se arrancaba el cesto: ¡qué desconcierto para el ave! La camioneta volaba hacia Tom, quien ya le había juntado las alas para atrás dejándolo inerme y, preso el halcón, llegarían los tres a Las Águilas. Ahí, al otro lado de mi casa, tenían ellos también unos panales; jamás he probado miel más exquisita. De noche, Anne solía matar gatos a balazos: sus maullidos la volvían loca. Digo, pues, que eran peculiares.

Con fines de investigación farmacéutica, y antes de que se extendiera su fama, Tom visitó en Huautla a María Sabina. Una noche en una reunión en nuestra casa nos relató su experiencia con fervor contagioso, era un muy buen narrador. Sonaba como la aventura fantástica que a todos los presentes nos hubiera gustado probar. Y así se fue pasando el tiempo. Corrían los años sesenta: la era de la psicodelia se hacía presente.

Pocas casas más abajo, sobre Las Águilas, estaba la de otro gringo, viejo, comunista, que se cubría siempre la cabeza con un sarakof. Olvido su nombre, pero no su aspecto recio, duro, anacrónico, trotskista quizá. A media cuadra sobre Los Leones, un hombre que había sido capitán de barco se hizo construir una torre vigía desde donde oteaba los escasos vehículos de aquel entonces, que surcaban el camino al borde de los campos aledaños entre el caserío que brotaba. Probablemente añoraba su mar, los barcos…

Varias décadas atrás, cerca de la finca de Vasconcelos, el afamado arquitecto Carlos Obregón Santacilia, bisnieto de Benito Juárez, había construido también su casa de campo. El jardín era muy grande y ahí vivió hasta su muerte su viuda, Adela Formoso de Obregón Santacilia, mujer de temple, feminista temprana, fundadora de la Universidad Femenina, que les abrió las puertas del estudio a mujeres de familias conservadoras que encontraron ahí una opción. Yo supe de ella en aquel año de revelación: mis doce. A su lado luchaba la madre de la amiga en cuya casa descubrí otros arreglos familiares, a los que ya me he referido, así como descubrí los efectos alteradores del alcohol.

Fue José Vasconcelos quien propuso al arquitecto Obregón Santacilia, en los cuarenta, para el diseño de la escuela pública, Benito Juárez, en la hoy rejuvenecida colonia Roma. El plantel tenía fama de ofrecer una magnífica educación, de esa que ya no existe en el país. Contaba con instalaciones formidables que visité de niña en su esplendor; era el sitio de los concursos interescolares de “lengua nacional” y aritmética. Fue la escuela de mi querido amigo Fernando

del Paso. El edificio e instalaciones, hoy en ruinas, son constancia de un tiempo lejano que pretendía ofrecer la imagen de la ciudad que se renovaba tras los conflictos revolucionarios.

Sería ese mismo distinguido arquitecto quien rescató del abandono y la destrucción a la que iba a ser la cúpula del Palacio Legislativo porfiriano para transformarla en lo que hoy es el Monumento a la Revolución.

El país se modernizaba en los años cuarenta y cincuenta. Y se buscaba alfabetizar y educar a toda la población.

Pasaron más años y justamente a las espaldas de Las Águilas, en la calle de otra ave de rapiña, Cóndor, el dueño de una granja avícola quería vender su terreno agobiado por las deudas. Acordamos el trato y un buen día nos encontramos en la sala de espera del notario. En esa misma sala aguardaba una señora muy emperifollada con ojos, ya no sé si de águila o de cóndor o de león, en compañía de un "doctor". El granjero lucía sumamente nervioso. Al cabo de un tiempo, nos llamaron a todos al despacho del notario, quien leyó pausadamente el interminable documento de compra-venta. A la firma del contrato, entregamos la suma acordada en dos cheques, uno para el vendedor y otro para la polendosa dama con todo y su sombrerito, así como también con todo y su mirada de desencanto furibundo.

Por ese tiempo, en 1967, Jorge Ibargüengoitia publicó *La ley de Herodes*, y vaya que me sorprendió el cuento "Mis embargos", que describe a la señora (conservando cuatro letras de las siete de su apellido que él inicia con la misma primera sílaba) doña Amalia Cándamo y Begonia "muy peripuesta, con su sombrerito, su velito que le tapaba las narices (y probablemente las verrugas), su traje sastre café, muy arreglado, sus guantes beige, con las manos cruzadas […]". Describe asimismo con gran exactitud al doctor Rocafuerte como: "Un viejo de ojeras negras y pelo blanco, de voz cavernosa y modales draculenses. Alto y reseco". No recuerdo su apellido verdadero, pero no dudo que algunas de sus letras estén también incluidas en el nombre ficticio.

Doña Amalia era una agiotista inmisericorde de intereses sobre intereses. Ibargüengoitia cuenta de cómo quiso apoderarse de su casa y yo presencié cómo quiso ella apoderarse del terreno de la granja avícola, donde años más tarde estuvo la mía. "Nos despedimos casi de beso, pero cuando los vi de espalda, les menté la madre", escribió Ibargüengoitia, y eso mismo hizo quizá nuestro vendedor.

Mucho lamento que nunca conocí a Jorge Ibargüengoitia; cómo he disfrutado la lectura de sus irónicos artículos periodísticos, de sus libros. El haber descubierto lo puntualmente descrito de los personajes y sus siniestras operaciones, me ha llevado a pensar, una vez más, que se escribe de lo que se conoce bien; los personajes de su cuento son las

personas que yo conocí, descritos con una veracidad atroz, casi notarial. Me parece que quizá podría afirmarse que un libro, escrito desde el mero fondo, es inevitablemente parte de una autobiografía *malgré tout*.

Y, para darle fin a mis experiencias vividas en tres calles con nombre de fiera, diré que el terreno de la granja quedó así algunos años porque no había dinero para construir. Los *scouts* (tan presentes en Ibargüengoitia) nos lo pidieron prestado para sus juntas sabatinas, en las que básicamente les enseñaban a hacer nudos con lazos. Pero el vecino de junto, el dramaturgo Carlos Solórzano, cuñado de la extraordinaria escritora y activista Alaíde Foppa, asesinada por razones políticas en Guatemala, los detestaba a tal grado que ocupaba la tarde de los sábados disparando su pistola para correrlos. Debo decir que nunca pasó de tiros al aire (o era un muy mal tirador).

Octubre 11, 2013

ENCUENTRO CON LOS CÉLEBRES

La vida, como a todos, me ha regalado encuentros con personas que resplandecieron en el mundo de diversa manera y algunas quizá también con resplandores sulfurosos.

Voy a iniciar este recorrido de la memoria por aquello que vi en la niñez porque, a medida que transcurre el tiempo, es difícil guardar un orden cronológico. Cuando se es niña la mente está fresca y se va llenando de a poco con algunos escasos acontecimientos relevantes. El tiempo infantil se ocupa en descubrir los prodigios del mundo y así su jardín propio se va poblando por primera vez de brotes, de flores y frutos. No hay por qué detenerse en alguien concreto, pero si ese alguien se hace presente en el favor infantil, es probable que permanezca en la arqueología del recuerdo.

Así pues, la primera presencia de alguien que ocupaba la conversación en mi casa, y a quien yo finalmente nunca vi de carne y hueso, fue un faquir que se adueñó de la atención de los pobladores de la Ciudad de México. Corría el año de 1943 y la ciudad se movía aún entre aires muy provincianos, pero también muy transparentes y hermosos. Ahora sé que esta persona que se hizo clavar en una cruz en la céntrica calle de San Juan de Letrán 5 se llamaba Harry Wieckede. Y se martirizó para un espectáculo por el que se cobraba boleto. El hombre permaneció durante veintiún días en esa lamentable condición, hasta ser desclavado y morir a consecuencia de su acto.

Tal vez fue la primera vez (yo tenía cinco años) en que recuerdo la sensación de un horror morboso. No podía dejar de pensar en un señor clavado con clavos de verdad. No podía dejar de estremecerme. No podía dejar de sentir curiosidad, pero también asco y miedo. Es probable que el asunto estuviera tan presente en mi casa porque mi abuelo Axel, de vuelta en México, abrió años atrás una librería en esa misma calle, en el número 24, muy cerca del espectáculo. Ya muerto el abuelo, sus hijas, que la heredaron, deben haber hablado mucho de esto.

En fin, las noticias en el periódico y en la radio daban cuenta de la Guerra Mundial, por un lado, y del faquir, por el otro, a quien yo finalmente vi retratado en las páginas del diario. Las emisiones de onda corta, casi imposibles de entender por el ruido de la estática, se

escuchaban en otras lenguas sobre los avances y retrocesos de esa guerra atroz, hasta su término. Y, como en mi familia se congregaban nacionalidades enemigas entre sí, recuerdo ese ruidero imposible en el aparato de radio de la bisabuela. Aunque del año aquel, en realidad, sólo guardo la memoria del nacimiento de mi hermano y de la incursión del faquir en las charlas escandalizadas de los adultos.

Dos años más tarde mi padre fue internado durante varias semanas en el hospital, conocido en ese entonces como Hospital Inglés, que ocupaba el espacio donde hoy se encuentra el Hotel Camino Real sobre la avenida Mariano Escobedo. Recuerdo sus techos altísimos, sus largos corredores frente al jardín salpicado de enfermos en sillas de ruedas de madera y mimbre acompañados por severas enfermeras de cofia blanquísima, tiesa de almidón. La arquitectura era peculiar porque los cuartos tenían dos tipos de ventanas frente a frente. Desde su gran altura, las superiores se colocaron para refrescar la habitación mediante los fuertes vientos cruzados. Las inferiores eran como las de cualquier hospital. El diseño británico del edificio, abierto en 1923, fue copia de los de su entonces colonia, la India. Lo benévolo del clima de esta ciudad hacía de la gran altura de las paredes y de las ventanas, dispuestas para la innecesaria ventilación, una rareza urbana.

El tono del hospital y el de mi propia familia era sumamente comedido; se hablaba a media voz para no molestar a nadie y el transcurso del tiempo en mi tiempo interior infantil quedaba paralizado. Al ver mi fastidio, me autorizaban salir a pasear por los pasillos hasta el jardín y así mover las piernas con la esperanza de que también se me moviera el tiempo.

En el tránsito por el corredor, a varios cuartos de distancia de la habitación de mi padre, las cosas eran distintas. A medida que me aproximaba, se podían escuchar voces muy fuertes y grandes carcajadas. Ya no parecía el mismo sitio. Vi a un señor gordo y ruidoso cerca de la puerta abierta y, tendida en la cama, a una señora con grandes moños en el pelo y vestida con un cartón blanco, muy duro, que ella y sus amigos estaban decorando con pinceles. Más que visita en un cuarto de hospital, parecía una extraña fiesta de disfraces. Me desconcertó el inexistente silencio, el número de personas congregadas, los modos tan diferentes a los que yo estaba habituada. Volví al lado de mis padres, y ellos me dijeron que se trataba de unos pintores locos y que mejor no me acercara a ese cuarto. Y fue así cómo vi a casi dos pasos a Frida y a Diego.

Algunos años después, mi tío Benjamín, prometedor pintor de ese entonces, nos llevó al taller de aquel loco que vislumbré en el hospital. Pero Diego Rivera había tenido que salir a última hora; sin embargo, visitamos el sitio, lleno de grandes judas y calacas de cartón, de piezas

prehispánicas, de telas, pigmentos, pinceles, espátulas, qué sé yo. Recuerdo que mi tío me tomó de la mano y salimos a la terraza. Enfrente de nosotros se destacaba el casco de una hacienda quizá en desuso y detrás, a campo abierto, vi galopar unos caballos.

En 1985 me invitaron a presentar en la recién abierta Casa-Estudio Diego Rivera mi libro infantil *El papalote y el nopal*. Después subí al taller y salí a la terraza. Vi, como si de una estremecedora iluminación se tratara, el casco de aquella hacienda convertida hacía ya mucho tiempo en un lujoso restaurante y, más allá, en la franja de campo donde recordaba el galope de los caballos, corrían entonces los coches por el Periférico.

Debo cruzar el Atlántico en barco para mis siguientes encuentros; se trata de nuevo de dos años más tarde. Y pienso en el "salto de cojito" que jugué con frecuencia en mi niñez. La segunda Guerra Mundial había terminado dos años antes cuando mis padres y yo nos dirigimos por mar a Suecia. Ya lo he comentado antes, y reitero que el cambio tan notorio de geografía, clima, luz, comida y lengua me marcó para siempre.

Los cuentos infantiles, narrados por mis padres y luego hojeados y leídos por mí, fueron referente en las actividades y ensoñaciones de mis primeros años. Así, viajamos a Suecia provistos de los obligados libros escolares, pero también de los de gozosa fantasía. Y aunque las cosas no eran tan chatas como me parece que suelen serlo hoy, el deseo de las niñas, el mío desde luego, era ser princesa. Los príncipes y princesas vivían en castillos en medio de tupidos bosques velados por la niebla. Y bosques brumosos y castillos había de sobra en Suecia; además, seguramente los gnomos debían estar ocultos en sus casas en hongos rojos moteados de blanco a lo largo de donde caminábamos en la espesura. Habría que esperar… Nunca los vi, pero…

EL CARDENAL Y EL BOXEADOR

Ignoro quién vino primero a la Ciudad de México, lo que sí recuerdo es que ambas visitas fueron conspicuas, y me inclino a pensar que el cardenal de Nueva York, Francis Spellman, llegó antes. Su viejo amigo fue Pío XII, quien lo nombró como tal en 1946 y, puesto que nosotros éramos una grey muy católica, no como los protestantes del norte, pero carecíamos de alguien con ese altísimo nombramiento, la llegada de Spellman se hizo noticia de primera plana en tiempos del presidente Miguel Alemán.

Aunque lo religioso estaba bastante lejano a mi familia, una tía me invitó a ir con ella al Paseo de la Reforma, en las Lomas de Chapultepec, donde se alojaba el cardenal en la casona de un empresario. Cualquier ruptura con la vida cotidiana me era bienvenida, así que fui con gusto y aquí sin siquiera entender qué significaba ese honroso cargo que nosotros, el católico pueblo mexicano, veíamos con envidia. Y es que unos veinte años atrás el gobierno persiguió y mató curas, así que dicho cargo no iba a dispensársenos.

Me recuerdo apretujada entre la gente que se congregaba a lo ancho y largo del camellón frente a la casa; y recuerdo la figura, con extraño ropaje, de Spellman desde uno de los balcones lanzando bendiciones hacia todos lados. También recuerdo a la multitud santiguándose y quizá musitando alguna plegaria, entre la reverencia y la excitación, al tener a la vista a un personaje que mantenía tratos de primer nivel con el cielo. Y puesto que estaba prohibido el uso en la calle de hábitos o sotanas, el aspecto del cardenal, con su amplio y muy rojo vestido haciendo signos con la mano, desde lo alto, se me quedó grabado. Hace ya muchos años que ese recuerdo me ha llevado siempre a pensar en Mefistófeles.

Con el tiempo supe que tan excelsa persona se inclinaba hacia la derecha anticomunista más recalcitrante. Que apoyó con fervor la persecución macartista, que se fotografió conspicuamente al lado del infame dictador Anastasio Somoza de Nicaragua, que dio su enjundiosa aprobación a la guerra de Vietnam y que se refirió al papa Juan XXIII como alguien que “no es un papa, que si acaso sirve es para vender plátanos”.

Por otro lado, el cardenal llevaba una vida homosexual promiscua y escandalosa bajo las entretelas vaticanas y el pensamiento reaccionario e hipócrita estadunidense. Solía encontrar a algunos de sus jóvenes amantes entre el coro de las compañías de teatro de revista de Broadway. Tuvo una personalidad dual muy opuesta: fue un hombre dueño de una enorme fuerza política represora y un hombre muy débil al llamado oculto y reiterado de la carne.

La grey que recibió su bendición aquella tarde en el Paseo de la Reforma lo veía casi como a un santo que les dispensaba sus favores y al que agradecían con suma humildad. La exaltada buena fe, me parece, no suele ser vehículo para nutrirse con la virtud de los personajes públicos.

La segunda visita, a la que me referí líneas arriba, y el primer autógrafo de mi vida fueron a causa de un boxeador cuya fama perdura hasta hoy, no sólo por honesto y gran deportista, sino por su papel en la lucha contra la discriminación en su país. Se trata de Joe Louis, campeón de peso completo 1937-1949. Y sería casi al final de su reinado, tal vez en 1948, en que, ignoro si por vacaciones o por una pelea o por otros asuntos, Joe Louis se hospedó a una calle de mi casa.

Debo decir que yo no sabía gran cosa de box, y menos de pugilistas, pero me sumé a la excitación de la pandilla, a las voces ruidosas de los niños y al correr de todos en "bola" con un cuaderno bajo el brazo para recabar su firma. Joe Louis estaba en la puerta de la casa, rodeado de periodistas con sus cámaras y el visible *flash*, rodeado también por un buen número de vecinos a los que se adhirió nuestro grupo de chamacos gritones. Lo entreveo en la memoria como en una de las películas en blanco y negro de aquella época, donde solían aparecer fotógrafos de prensa parecidos a los que cercaban a Joe Louis en el umbral.

Recuerdo que la emoción de mis amigos era grande y contagiosa, y yo acabé sintiéndome feliz por haber conseguido el autógrafo de tal celebridad que no cesaba de regalar su nombre a quienes lo rodeábamos. Más tarde, ya iniciada yo en el deporte de cacería de firmas, fui tras las de algunos artistas de cine muy famosos que se me atravesaron en el camino como Tyrone Power, y la de Schmidt, portero hace ya más de medio siglo, del equipo de futbol de Múnich, en plena gloria. Me costó $5 la postal (cuando sin firma costaba veinte centavos a lo sumo), compré la tarjeta y conseguí la firma a escondidas de mi madre que reprobaba el dispendio. Después, debido a las celebraciones generosas en alcohol de la colonia alemana, los teutones perdieron estrepitosamente todos los partidos contra los nuestros. Debo haber guardado esos tesoros entre mis papeles secretos; y, en alguna de las monumentales limpiezas que se hacían cada año en mi casa, se extraviaron, como se extraviaron otros

pequeños emblemas, cómplices casi secretos de mis primeras experiencias con la fama ajena.

Diciembre 27, 2013

GERMÁN CUETO Y LA TÍA MARUCA

Mi tía Maruca, una prima de mi abuela, mucho más joven que ella, fue la segunda esposa del escultor, pintor, creador de títeres, Germán Cueto, renombrado vanguardista, estridentista y artista ahora quizá algo olvidado. El arte tiene, como la ropa, por ejemplo, sus modas. Mi contacto con ellos fue, si no accidentado, sí peculiar. Muy joven la tía se embarazó de su maestro y fue vetada por sus padres y, por extensión, por su familia en amplio, así que pasaron años antes de que se volvieran a ver.

Recuerdo nuestro trato posterior esporádico, la vehemencia chispeante de la pelirroja tía y la contención del tío Germán, cuyo hijo era poco mayor que yo. Su casa, entonces en la calle de Roma, era para mí muy atractiva. El interior, que se alejaba de lo convencional con el despliegue de la obra de Cueto, tanto pictórica como escultórica, incluyendo unas máscaras estupendas, me invitaba a ampliar las fronteras del mundo. Ese sitio no se parecía a ninguno, salvo al de una pintora catalana del exilio que me hizo, por esa misma época, un retrato al óleo. Incluso el olor era otro, por sobre el aroma propio de la casa revoloteaban emanaciones de pigmento, aguarrás, yeso. Destacaba un cuadro de una cabeza de hombre, un autorretrato de técnica cubista y gran tamaño y belleza. En fin, se desplegaba su obra y la de sus prominentes amigos de aquel entonces, en contraste con la cursilería de las muñequitas de bisquit o los tibores o el mantón de Manila en el piano de otras casas que visité. (Entre lo de gusto dudoso, rescato con entusiasmo en mi memoria unos ceniceros muy populares por esos tiempos: el sombrerito de charro de plata labrada que vi en muchas casas de suecos y alemanes.) Pero es que en la casa de Germán Cueto se respiraba de otro modo y probablemente no había un cenicero de aquéllos.

Contraparte a la vehemencia ruidosa de la tía, el tío era parco y suave de palabra; me parece recordar que fumaba pipa, pero la imagen se me llena de humo en la niebla de la cabeza. Hubo una frase que se hizo famosa; acosado por mi familia sobre su trabajo, Manchito respondía siempre: “No tengo inspiración”, y supongo que, en efecto, la musa lo fue abandonando.

Visitó Europa, primero en 1916 invitado por su prima, la muy

celebrada pintora española María Blanchard, muy amiga de Angelina Beloff y cercana a Juan Gris y a varios cubistas residentes en París, admirada por Gómez de la Serna y García Lorca. Cueto vivió ahí durante algunos años con su primera esposa Lola, junto con quien diseñó los famosos títeres. Mireya, la hija de ambos, continuó con el teatro de títeres toda su vida; fue, con mucho, la creadora y ejecutante más famosa del país. Yo tuve el placer de conocerla pasadas muchas décadas.

Ya de vuelta en México de otra estancia (1927-1932), el tío Germán trabajó en el proyecto cultural vasconcelista y, junto con Alfonso Reyes, invitó al país, años después, a Angelina Beloff, primera esposa de Diego Rivera y madre de un hijo que murió muy pequeño en Europa en condiciones de miseria.

Años después de fallecido el tío Germán, visité a la tía Maruca, grabadora en mano, porque quería que me contara de las gestiones de su esposo para traer aquí a la pintora rusa. Ese encuentro fue para mí una experiencia terrible y en aquella cinta quedó su discurso sin asidero: alucinado y paranoico. Cuando alguna vez lo he escuchado de nuevo, el corazón se me vuelve a apretar. La mujer, ya vieja y abandonada, había perdido el juicio y vivió varias semanas de la ayuda solidaria de sus vecinos que le procuraban alimento, hasta la mañana en que yo inopinadamente toqué a su puerta. La tía Maruca acabó sus días recluida en una casa de reposo en su ciudad natal, San Luis Potosí.

En algún momento de la adolescencia, cuando se me perfilaba la amplitud del universo por sobre los bordes estrechos que conocía, y luchaba yo contra las reglas estrictas de mis padres, la tía Maruca propuso hacerme un busto en yeso para ser vaciado en bronce después. Así, pasé varias horas, durante algunas semanas, posando sentada en un banco que me permitía girar a como ella me pidiera. Me contó muchas cosas y, aunque no recuerdo el tema concreto, sí las referencias a artistas, amigos de ellos, a esa otra manera de vivir tan envidiable y lejana para mí. Ella se negó siempre a mostrarme su obra en proceso, y yo esperaba y esperaba con ansias a que la terminara para verla. Ese día, sin embargo, nunca llegó. A la tía Maruca no le satisfizo el resultado y, al cabo de los años, alegó que se le había extraviado en una mudanza. Mientras eso sucedía, el tío Germán estaba en Suecia con una beca para aprender técnica de esmalte, y recuerdo a mi padre instruyéndolo sobre asuntos de la vida cotidiana por aquellos rumbos.

Cueto elaboró su obra escultórica en hormigón, bronce, cable eléctrico, alambre y, de vuelta de la beca, incorporó su nuevo conocimiento sobre el metal. Muchas de sus figuras tenían una condición etérea que, desde luego, no era el caso de las máscaras.

Hace ya algunos años visité una exposición suya en el Museo Carrillo Gil. Fijé la vista en una de esas máscaras hecha en cobre y de pocos rasgos. Por su gran atractivo estético, pero también por la sencillez del concepto, ayudé a mi nieto Fernando de unos nueve años a copiarla en madera de triplay con torpeza infantil. Se convirtió en un "falso" que el niño les dio a sus padres una Navidad y que remata hasta la fecha el descanso de la escalera de su casa.

Recuerdo, recién inaugurado el Museo de Arte Moderno, que asistimos varios miembros de la familia a una exposición con obra de Cueto. Y luego a otra grande y muy hermosa en el Museo de San Carlos. Debe haber sido en los años setenta, ya no sé si fue un poco antes de su muerte o como homenaje póstumo. Posteriormente su trabajo llegó al Museo Georges Pompidou de París y al Reina Sofía de Madrid. Pero antes, mucho antes, un buen día corrió la noticia de que Germán Cueto había sido invitado a elaborar una escultura para la ruta olímpica de la amistad. Era una figura abstracta, cuya maqueta en alambre ha suscitado, desde entonces, muchas alabanzas. La llamó *El corredor* e ignoro si éste logró salir corriendo o si fue devorado con la voracidad que aqueja a los ejes viales.

En la casa del discreto tío Germán y de la vivaz tía Maruca se me abrió el apetito por otra forma de ponerse en la vida. También ahí conocí a un seductor conde español emparentado con nosotros que me despertó una de las pasiones más intensas de mi vida. Pero ése es otro tema.

Octubre 18, 2011

JOSÉ EMILIO PACHECO: LA SORPRESA

Faltaba tiempo aún para que José Emilio llegara a recibir el premio Alfonso Reyes y el auditorio del Colmex se iba llenando paulatinamente. El público, formado en su mayoría por estudiantes, conversaba. Sin nada más qué hacer, descubrí en la fila delante de la mía a un joven charlando entre un grupo de amigos. Me fue difícil quitarle la vista de encima. Muy difícil. En esa larga espera, a unos metros de distancia, estaba un rostro como el que yo había idealizado en mi adolescencia más temprana. Vi los rasgos que en ese tiempo tan pasado representaron la encarnación de mi deseo aún sin nombre. Ojos expresivos, nariz recta; pero aquello que me inquietó sobremanera en aquel viejo entonces, y que volví a encontrar esa reciente tarde de octubre, fueron los dientes macizos y la boca de generoso labio inferior algo doblado sobre la barbilla. Entonces recordé cómo soñaba el beso de una boca así, que era para mí la imagen del máximo atractivo masculino. El tipo de joven que en mi púber imaginación poseía la llave de mis ansias inestables y alocadas, como suelen serlo en la etapa del despertar al deseo.

Así, el tiempo de la espera fue retrocediendo al revestirse con chispazos en los que el mundo milagrosamente se me desplegaba con frescura. Aquella niña, a punto de abandonar la niñez, que empezaba a ser habitada por sentimientos desconocidos, saciados en gozosa lectura, y ávida con la propia escritura, se puso frente a mí en el espejo de la memoria.

Yo miraba de reojo, discretamente, al muchacho que no podía saber del remolino al que me había lanzado de la cabeza al corazón. Es probable que a lo largo de mi ya larga vida me haya encontrado con otras personas de un aspecto similar. Pero el caso es que el *dolce far niente* me propició una clara atmósfera de evocaciones. Así, recordé los paseos en bicicleta por las calles de mi rumbo, las peripecias con los patines, la creación de piezas teatrales basadas en los libros. Primero serían las princesas de los cuentos de hadas, después, los piratas de Salgari. Y yo —directora de escena y actriz principal— elegí siempre un papel de acción. Fui Sandokan, por ejemplo, o antes, el príncipe que se bate a duelo por la princesa cautiva. Tantos años después, mi mente volaba sostenida por la visión de los labios

sensuales del joven —ajeno a todo esto— en la fila siguiente.

Hubo murmullos, inquietud, un runrún de voces, José Emilio estaba entrando al auditorio lleno hasta el tope que lo recibió con un aplauso muy prolongado. Se encaminó al presídium. Ahí se efectuó la ceremonia de premiación. Después, Pacheco leyó de sus papeles, y relató anécdotas deliciosas que tenían al público más cautivo que cualquier princesa de cuento. Al terminar, propuso oír comentarios de los asistentes y responderlos.

Mucho de lo que dijo se centró en su laureado *Las batallas en el desierto* y la percepción equivocada de los lectores, a lo largo de los años, sobre lo autobiográfico que el tema podría parecer. En un sentido —pienso— lo es, en cuanto a que José Emilio conocía, no sólo el corazón humano, sino el rumbo de la ciudad en que se desarrolla la historia. Ese rumbo era realmente el suyo.

La gente estaba fascinada escuchando su deshilar fino por las entretelas de la novela, de la escritura, de la lectura. Y, al centrarse en los primeros libros que tuvo entre las manos, desde los cuentos de hadas hasta Dickens y Dumas, por ejemplo, constaté de nuevo que ésas eran las lecturas de muchos de los niños de aquella época; fueron las mías. A la pregunta de cuándo y por qué empezó a escribir, su respuesta fue que al apasionarse por las historias de los libros, las prolongaba para no abandonar esas regiones. Yo no podría haber estado más de acuerdo con él, puesto que eso mismo hice.

José Emilio hablaba con mucho placer de los viejos tiempos en los que le tocó vivir al personaje de *Batallas*, yo lo escuchaba compartiendo, en cierto modo, sus reminiscencias que se me habían desatado primero con la contemplación del joven de la fila delantera que me transportó a un viaje por el tiempo. Y, mientras Carlitos se enamoraba de Mariana, mi mano fue asida furtivamente por primera vez en una matiné del cine Lido viendo *Robin Hood* personificado por Errol Flynn. Nunca he podido visualizar el rostro de aquel muchachito, lo tengo desde entonces empalmado en la memoria con el rostro del actor. Sin embargo, desde ese tiempo supe que la boca de Gregory Peck era más cercana a la de mi deseo.

De pronto, José Emilio habló, ya no directamente de su novela, sino de aquella época y aquellos rumbos. Y dijo que, aunque no nos conocimos él y yo en la niñez, habíamos sido vecinos de la misma manzana, pero no de la misma calle. Y si bien es cierto que eso ya lo habíamos conversado él y yo hace mucho tiempo, no es menos cierto que me tomó por sorpresa. Agregó alguna otra cosa muy generosa sobre mis libros. Y salté cual resorte para decirle que ahí estaba yo entre el público que lo celebraba. Entonces la sorpresa fue suya. No me había visto, con la sala llena y mi talla pequeña no soy muy visible. Pero la ovación de los asistentes fue muy conmovedora. José

Emilio me invitó a acompañarlo en el presídium.

Noviembre 14, 2011

SALVADOR ELIZONDO Y JUAN RULFO

Quizá la publicación de mi primera novela, *Círculos*, se debió al infeliz vuelo de una libélula que quedó prensada en el limpiaparabrisas del coche en que yo viajaba. Admiro mucho a Nabokov, pero no su cercanía a las mariposas; la proximidad amenazante del vuelo me produce el mismo horror que me produjo aquella pobre libélula que bauticé como Liu-Tzin. Puede agradarme su revoloteo lejano y grácil por las orillas de un estanque, pero nunca el que se me aproximen y quizá hasta se me enreden en el pelo insectos voladores por hermosos que sean.

Regreso a aquel entonces en que Liu-Tzin y yo nos miramos separadas por la transparencia del vidrio. Ella tenía —como todas sus hermanas— una carita blanca, blanquísima, y ojillos rasgados. Parecía algo así como una delicada geisha. Además, estábamos condenadas irremisiblemente a vernos. Ella no comprendía por qué el aire se le hizo duro de repente y yo me angustiaba al observarla desintegrarse. El mundo y sus moradores tienen tal número de facetas que no hay forma de agotarlas. A un lado y otro del cristal, el universo se extiende, se fragmenta.

La historia del encuentro de ambas miradas quedó prensada en un cuento que grabé para Radio UNAM y que Salvador Elizondo —el exquisito escritor de *Farabeuf*— escuchó. El relato lo hizo apoyarme generosamente abriéndome ciertas puertas bien atrancadas de los cotos literarios. Y conservamos una amistad entrañable hasta su muerte.

Salvador se entusiasmaba hablando de Joyce, Fenelossa, Valery, Mallarmé, y demás autores que frecuentaba. Ya con la confianza que da el trato y su gran cariño por la abuela, nos retábamos para ver quién tenía la más admirable abuela en su edad anciana. Como padres presumiendo al primogénito, Elizondo y yo lo hacíamos con nuestras respectivas viejas. El duelo era gracioso porque nos escarbábamos la mollera, él queriendo ganar la batalla como paladín de la suya y yo al ataque luciendo a la mía. Diré, además, que mi abuelo José Ferrel fue muy amigo de su tío, el poeta Enrique González Martínez, quien al integrarse al modernismo de Darío, recibió una carta de Ferrel, cuya copia conservo y que ya mencioné antes, reclamándole a su amigo

haber cambiado su tono anterior por uno alambicado. Ignoro si siguieron la amistad o si ahí se dio una ruptura; ya no hay quien pueda aclararme ese punto.

Elizondo me propuso que solicitara la beca del tristemente extinto Centro Mexicano de Escritores, que me fue concedida. Había tres tutores: don Francisco Monterde, el propio Salvador Elizondo y Juan Rulfo. Rulfo era parco y puntual para sus comentarios, don Francisco se centraba en la puntuación y el difícil uso de las preposiciones y Salvador era quien comentaba el relato y su textura. Las tardes de los miércoles se convirtieron en algo delicioso, estimulante, entrañable. Muchas veces llevé a Juan Rulfo a su casa, no vivíamos lejos el uno del otro, y conversamos o yo escuchaba su voz grave, pausada y amable durante el trayecto. A invitación suya y gracias a sus propias gestiones, fui invitada a la Universidad de Iowa al Programa Internacional de Escritores. Siempre agradeceré su apoyo generoso que se volvió mucho más personal ante mi mención de la escritora Josefina Vicens, tan cercana a mí, tan querida por él. Coincidían ambos en el tono opaco de voz, en la escasa pero excelente obra literaria, en el placer por la charla del mundo citadino, pequeño aún, de mitad del siglo XX en el que se mezclaban en el cabaret Leda o el Café París, creadores, actores de cine y teatro, políticos y algunos personajes de la empresa que coincidían en los sitios de moda. La población de la Ciudad de México aún no se expandía y la zona céntrica era el centro de los puntos de reunión.

ANTONIO ALATORRE

Por esa misma época asistí al seminario del ilustre filólogo Antonio Alatorre. Era un encuentro dinámico, inteligente y sumamente atractivo. El maestro se había despojado de su muy profundo bagaje académico que, por supuesto, estaba en el trasfondo de sus lecciones. Muchos escritores, ahora renombrados, como Coral Bracho, iban de viernes a viernes para comentar, escuchar, deslumbrarse con las sabias, puntuales y sencillas palabras de Antonio. Para mí, su sapiencia, su amistad y su apoyo fueron, hasta su muerte, invaluables. No vivíamos lejos, así que lo visité varias veces en su casa y él vino a la mía.

Leer en su seminario, por ejemplo, a sor Juana bajo su óptica era un deleite que nos deslumbraba; yo tenía el libro sobre sor Juana de Ezequiel A. Chávez que me había regalado mi abuela, a mis catorce años, con su tapa forrada de una tela de urdimbre fuerte que se asoma, en estos momentos, en la repisa superior del librero que me enfrenta; se trataba de una edición inconseguible ya desde aquel entonces. Antonio fue entusiasta para comentar mis libros privada y públicamente hasta que él mismo tristemente se fue de la vida.

RAMÓN XIRAU

Otra persona, también importante para mí, y de ese mismo tiempo, fue el filósofo y poeta catalán proveniente del exilio, Ramón Xirau, a cuyos seminarios de poesía y filosofía asistí por un largo tiempo. A través de sus lecciones, Góngora se nos fue aclarando a quienes deseábamos descifrar la sintaxis y gozar con su obra: "Era del año la estación florida…" Con un grupo de asistentes a las clases de Xirau urdimos una revista de un solo número: *Rilma*, evocando a Vicente Huidobro y sus neologismos. No prosperó; sin embargo, fue un experimento valioso para aquellos nosotros. Por otra parte, una de las primeras críticas literarias de mi novela *Círculos* fue escrita por Xirau y publicada en la prestigiosa revista que él dirigía, *Diálogos*.

JUAN JOSÉ ARREOLA

La vida me puso, por aquel tiempo, en contacto también con Juan José Arreola. Cuando lo conocí ya había fenecido la colección Cuadernos del Unicornio que él dirigió y en donde publicaron, un poco antes, muchos de los autores destacados, mis contemporáneos, mientras yo escribía en silencio dando a luz a mis hijos. Arreola me acogió bajo su capa de lana negra que lo distinguió hasta el final de su vida. En ese entonces tenía un programa de radio en el que se ocupó con generosidad de mi ingreso a los senderos literarios. Su hija Claudia vivía con él, pero se había ido por un tiempo fuera de la ciudad. El maestro Arreola, aunque casi no pueda creerse, se ponía nervioso en las entrevistas. Así, me llamaba por teléfono para que lo acompañara tal día a tal hora durante la visita de algún periodista. Yo no vivía lejos y el privilegio de que mi pequeña presencia le permitiera desenvolverse fue un regalo. Tiempo después, Arreola tuvo un programa televisivo en el que hablaba con gran desparpajo cuestionando, sin duda, mi comentario sobre sus incomodidades con los entrevistadores. Pero, la verdad, así fue.

Ya he escrito antes sobre mi entrañable amistad con Josefina Vicens, sobre la visión de eternidad que me ofreció Sergio Pitol paseando por su hermoso jardín en Xalapa y mi primer encuentro, ambos en traje de baño, con Octavio Paz hace ya muchos, muchísimos años.

DORIS LESSING

El segundo sexo de Simone de Beauvoir y el *Cuaderno dorado* de la espléndida Doris Lessing fueron dos libros fundamentales que ofrecían miradas de apertura para andar por la vida. Era un tiempo lleno de prejuicios para con el desarrollo de las mujeres, y su lectura marcó a las de mi generación. Ahora con la muerte hace unos días de la escritora británica nacida en Persia, residente hasta los treinta años de edad en Rhodesia (hoy Zimbabue), pienso en los cambios, primero de nombre de aquellos países y después de alianzas, puntos de vista, adelantos y retrocesos que se han dado ahí y en todo el mundo.

A Doris Lessing le tocó vivir aquel tiempo de lucha por la utopía, es decir, por la búsqueda de justicia e igualdad; muchos de sus libros hablan de las condiciones lamentables de África para con los nativos. Así, su entrega al movimiento comunista fue congruente con la indignación por las diferencias abismales entre la raza negra y la blanca, entre los ricos y los pobres, entre unos países y otros. Y esa misma sensación de rechazo a la injusticia la llevó a explorar, en su obra, la posición de las mujeres. Ella trabajaba por la mejoría en la situación de los oprimidos, nada menos, pero nada más. Y así, al ver traicionados los ideales en la religión, en el partido comunista, en el feminismo radical, fue abandonando las organizaciones para mantener su propia congruencia. Su posición frente a los abusos y fundamentalismos la llevaron al desencanto, pero no a la claudicación de su postura.

En el apogeo de su fama hizo al menos una visita a México hará más de veinte años. Yo la conocí entonces en una comida que le ofreció el poderoso y polémico presidente fundador de la Sogem, sociedad gremial también muy poderosa en ese mismo entonces. La comida para los autores literarios solía ser espléndida y más espléndido aún era el correr del buen vino. Desconozco la razón, pero el caso es que me sentaron al lado de ella, lo que propició la charla que debe haber girado alrededor tanto de los tópicos del momento como de las letras en México.

Por el número de comensales no era ni lejanamente posible conversar más que con el vecino de al lado o de enfrente; yo estaba a su derecha, y a la derecha del anfitrión estaba ella. Sin embargo, Doris

Lessing sólo podía, en gran medida, hablar conmigo, ya que el presidente no dominaba el inglés. De vez en cuando surgía una pregunta, un comentario de los invitados, pero no puede decirse que realmente se tratara de una conversación dada la lejanía entre un asiento y otro.

Recuerdo que la escritora fue atenta y cortés para dar respuesta a lo que se le decía ante la imposibilidad de entablar una charla verdadera. Y así pasamos del tequila al coñac, de los entremeses al postre.

En algún momento, el presidente de la Sogem tomó la palabra. Primero le explicó prolijamente la importancia mundial de la sociedad de autores que en aquel entonces parecía estar en excelentes condiciones de prestigio y holgura (me consta que ahí fueron recibidos los literatos más célebres de muchos países y de todos los continentes). Después hizo una pausa muy teatral para atraer la atención de la escritora y el silencio de los demás. Y con voz doctoral, quiero creer que acaso con un ligero toque de ironía, dijo que él era psicólogo por lo que sabía de qué hablaba. Que era un hecho demostrado que el cerebro de las mujeres pesa alrededor de doscientos gramos menos que el de los hombres, así que era obvio que con un cerebro menor los pensamientos femeninos fatalmente tendrían que ser menores.

Doris Lessing esperó a que yo tradujera aquello, endureció el rostro y no se dignó a decir nada más. Esa misma noche tenía una presentación en la Capilla Alfonsina a la que yo asistí. Dijo lo que tenía preparado, que fue, como era ella, brillante. Pero se comportó con mucha brusquedad al responder las preguntas del público. ¿Cómo saber si su impaciencia se generó mientras le escanciaban el vino unas horas antes?

Noviembre 22, 2013

MARGARET ATWOOD

He conversado en dos ocasiones, de varios días cada una, con Margaret Atwood, cuyo aspecto, algo almidonado, desdice su manera vital de ser. La vi social y cercanamente cuando, con algunos años entremedio, visitó la Ciudad de México. En ambas ocasiones tuve la oportunidad de conversar con ella, quien me mostró su deseo de acercarse e intercambiar opiniones, más allá de las fórmulas sociales. Tal como con Doris Lessing, fui invitada tanto a a su conferencia en la UNAM, como a departir en una comida en ambas ocasiones.

Margaret Atwood es una persona sensible e interesada, que se compromete en sus charlas sin aguardar aspersiones de incienso o mirra. Su cercanía, empatía y simpatía nos aproximaron. Finalmente, en este mundo globalizado sin remedio, las incertidumbres sociopolíticas son las de ella, son las mías, son las de quienes advertimos con impotencia asuntos que, de una manera u otra, nos atañen a todos.

En su, hasta ahora, siguiente visita a México, fui invitada por la embajada de Canadá a una cena de pocos asistentes. La hora de pasar a la mesa se demoraba inopinadamente. Había un reloj interno que casi se inmiscuía en la charla a la espera de pasar al comedor. En mi caso, no se trataba de un grito de hambre, los tiempos circádicos no se hacían presentes; sin embargo, mientras todos aguardábamos a que la embajadora nos condujera a la mesa, la conversación cayó en un *impasse*. Al fin, se nos dijo de una renuncia cultural escandalosa, de cómo esas personas, a quienes se aguardaba, no llegarían.

Ya todos sentados frente a viandas y vino, debo decir que, con cuidado diplomático de parte de Margaret Atwood, de su compañero, del resto de los comensales, sus opiniones en torno a aquel asunto fueron tajantes. Su juicio era certero, se opinaba sobre el hecho, muy al margen de la nacionalidad. Se olvidaron las fronteras y se dialogó sobre la frágil condición humana.

Febrero 17, 2002

CEES NOOTEBOOM

Al escritor holandés de las dobles vocales lo conocí durante mi estancia en el Programa Internacional de Escritores de Iowa. Cees viajaba en una gira, en ese país, por un premio de traducción al inglés de su primera novela *Rituales*. Nos hicimos amigos; la primera vez que vino a México, lo invité a una reunión en mi casa con Salvador Elizondo. Se simpatizaron mucho y Elizondo propuso una fecha para que, a la vuelta del viaje turístico de Cees por el sureste, nos reuniéramos en su casa a continuar la charla. Ya de vuelta, en épocas anteriores a la comunicación electrónica, Nooteboom esperó el timbre del teléfono con la ratificación. Y esperó. Y esperó. Me vi forzada a llamar a Salvador. La respuesta fue algo así como que al calor de las copas se prometen cosas que no van a cumplirse. No recuerdo qué le dije al holandés, pero sí recuerdo que se puso furioso. Por aquellas épocas, también, Cees me pidió que lo invitara con equis poeta. Así lo hice y, al cabo de casi una treintena de años, creo no haber tenido una reunión más espinosa que aquella. Los egos de ambos escritores eran gigantescos y mis invitados se agruparon con el uno o con el otro. Esa reunión fue quizá la más problemática que he tenido.

Cees y yo nos vimos, durante un tiempo, con cierta frecuencia aquí, en Holanda y en Berlín. Poco tiempo después de la caída del muro, Nooteeboom publicó, con mucho éxito, la primera crónica de esos momentos cruciales del mundo.

Guardo un buen fajo de sus cartas manuscritas en papel aéreo, en las que más que de los furores literarios, sus misivas comentaban sobre el tránsito personal por la vida.

JAMES MATHEWS

De nuevo, sería en Iowa donde conocí a un poeta renombrado de Sudáfrica, todavía en tiempos del *apartheid*; era un hombre de raza negra, finas facciones y baja estatura perfectamente bien proporcionada. En fin, que ya se había "enamorado" de mí sin habernos conocido; y todo porque Pancho Villa era su ídolo en aquella cruenta guerra en su país, en la que Mathews había luchado, había sido encarcelado, se le había prohibido abandonar sus fronteras, y yo resultaba ser algo así como su embajadora *post mortem*. Guardo un libro de poesía de Mathews junto con el recuerdo de alguien con una personalidad entre gentil y hosca. Guardo también unos poemas que me escribiera mezclándome a mí con Pancho Villa. En una reunión que ofreció el banco de la ciudad, a los miembros del programa de escritores, el poeta, que padecía de un grave problema de alcoholismo, tomó uno de los grandes arreglos florales que adornaban el recinto y lo llevó por las calles hasta la puerta de mi habitación.

Al recordarlo, intenté buscar por internet sus datos actuales y me encontré con otro poeta de ese país que nada tiene que ver con aquél. Sentí pena de ver cómo nos esfumamos del aire, de las ondas, de la memoria.

Diciembre 8, 2016

CARLOS FUENTES Y RICARDO BLUME

Quiero empezar afirmando que una cualidad innegable en ambos personajes ha sido su cortesía, el despojo de sus respectivos halos para ser simplemente dos personas brillantes y gozadoras de la charla. Y es así, con la impronta de una muy agradable conversación, como ambos, en momentos diferentes pero cercanos en el tiempo, me dieron las claves para desentrañar, de alguna manera, el asesinato, años atrás, de un pariente mío, de nombre Fernando.

En una comida, en la que Fuentes y yo estuvimos sentados codo con codo, mi curiosidad de siempre me llevó a preguntarle si acaso en su juventud en Chile había conocido a mi pariente. Carlos Fuentes se sorprendió de la mención de aquel nombre lejano ya en su vida, y me dijo que habían sido condiscípulos, y que si yo sabía que lo habían asesinado. Sí lo sabía, de ahí mi pregunta. Mi tía, la madre del difunto, viuda y republicana española, huyó con sus hijos pequeños a Inglaterra y con los años emigró a Sudamérica hasta recalar en México. Ese hijo, Fernando Sagasta, había sido años antes en Inglaterra condiscípulo de quien, con el tiempo, sería el presidente de Guatemala, Miguel Ydígoras. Durante sus respectivos mandatos, el presidente López Mateos rompió relaciones con aquel país, declarándole la guerra, so pretexto de unos barcos pesqueros que habían rebasado la línea fronteriza marítima. El asunto real fue que Ydígoras desveló, vía la retórica, en un acto público en la mitad de un puente que unía a las dos naciones, el país donde realmente había nacido el presidente mexicano. Las relaciones diplomáticas rotas, las cosas se complicaban… y, según escribió Gastón García Cantú, en aquel viejo *Excélsior*, López Mateos, de manera oficiosa, envió a la condesa, madre de Fernando, para hablar con su ex compañero de internado. La gestión fue exitosa.

Ricardo Blume y yo hemos sido vecinos hace más de veinticinco años, y lo admiro por su gran talento como actor, su cultura y su gentil don de gentes. Algún día cercano a mi charla con Fuentes, los Blume me contaron que Fernando (que estaba casado) tuvo un amorío con la hija de un ex nazi alemán, quien lo mandó matar. Y que ese sitio de Lima (en aquel entonces en despoblado) se conoció como “la esquina donde mataron al conde”.

Septiembre 8, 2015

JULIO CORTÁZAR

Una presencia, de la que ya me he ocupado con detalle en otro sitio, es la del gran Julio Cortázar. Mi contacto, fugaz e intenso con él, es tesoro de mi memoria. Sus libros habían abierto ventanas amplias a la escritura mundial de aquel tiempo lejano que lo encumbró con *Rayuela*. Y, muchos años después, esos días en que lo traté, me llevaron a reconsiderar mi vida.

A partir de la infancia temprana, tuve arrebatos "místicos" en que yo me perdía del mundo para asomarme justo tras las cortinas del cielo, de ese cielo que mi alma anhelaba. Así, deseé ser santa desde el lejano día de mi primera comunión en que, mucho tiempo después me contaron, yo, vestida de largo y de blanco como las novicias de ese convento, a las preguntas retóricas del cura, entré con él en una conversación no prevista y que, según me dijeron, conmovió a los asistentes. Yo, claro, quería ser monja. En momentos de elevación "mística", ya en la primera juventud, pese a que me atraían fuertemente los muchachos, de nuevo, cuando me sentía tan cerca del cielo, dudaba al vislumbrar aquel mundo que, de pronto, se me desplegaba con toda su riqueza. Pasó el tiempo, seguí con la extraña sensación de perderme de lo cotidiano, para sentirme parte vibrante del cosmos que, además, me otorgaba la sabiduría universal. Ahí todo tenía sentido, todo era comprensible, todo era maravilloso. Hasta que un buen día conocí a Julio Cortázar.

Cuando ya Julio volaba de vuelta a París, quise relatarle a Josefina Vicens sobre aquellos días mágicos y, así mágicamente, me fui alejando de ella, del sitio donde estábamos, de lo que me rodeaba. Entré en el estado de exaltación y revelación más grande (quizá como el de la primera comunión) al que hubiera yo llegado nunca. Alarmé tanto a Josefina, que días más tarde y, por su insistencia, visité a un neurólogo. Fue poco a poco (no había mucho más allá del electroencefalograma que aún era muy primitivo), sí, fue muy poco a poco como acabé sabiendo que padecía epilepsia, que esos estados magníficos los dispara mi cerebro, que la impresión que me hizo Julio Cortázar disparó una epifanía. Que Julio Cortázar me transmitió, además de su trato gratísimo, un sacudimiento eléctrico gigantesco.

Octubre 14, 2016

SELVA OSCURA

A Aralia López

El mundo de los viejos, de todos los viejos es, de forma más o menos intensa, el mundo de la memoria.
NORBERTO BOBBIO

Se va llegando a los años agavillados en extenso, y habría que detenerse a pensar que esa novedad (porque siempre se trata de una novedad) es una situación intransferible a la que se le opone una fuerte resistencia de incredulidad. Cada quien debe hacer suya la vejez y suele hacerlo a hurtadillas, como si se descubriera un estado no sólo inédito sino inaugural y conspiratorio. Y se desearía olvidar que esa inauguración es el acto que abre la clausura al tiempo vital.

La experiencia que ofrece la tradición no basta, no basta la observación oral, auditiva, visual o la que han ofrecido las lecturas a lo largo de los siglos. Es en el propio paso de la vida donde se resiente la huella de cada uno de los rayos artríticos del tiempo y, que en un principio, van a rechazarse. Será siempre una sorpresa, pues me parece que nadie está en verdad listo ni menos dispuesto para el ingreso. Algo similar acontece con la sombra perenne de la muerte que cargamos.

Contra toda apariencia de realidad, cabe el iluso deseo de creer que de una manera mágica ésta nos pasará de largo. El último momento es, claro, un momento definitivo que lo extingue todo, pero un momento de cuya noción de experiencia real —la de ese instante supremo— careceremos siempre. En la dilatación del tiempo interior (frecuentemente tratada por la literatura) se da el proceso que conduce a lo terminal del instante; pero la conciencia va a huir del cuerpo antes de que el que muere pueda registrar el acto. Así que nos eludirá la plenitud de ese conocimiento. El "más luz" en la agonía de Goethe se ha metaforizado posteriormente; mi experiencia de estar presente en esos momentos supremos me ha llevado a concluir que, por su gravedad, el moribundo perdía facultades sensoriales: la vista se le empañaba. Dudo mucho de que se tratara de una búsqueda última de claridad intelectual.

No sucede lo mismo con la vejez, que es un trayecto que puede ser largo, que nos es posible atestiguar paso a paso y que, a medida que el tiempo se prolongue, nos será cada vez más difícil lidiar con su apabullante presencia. El alma irá disminuyendo la línea de su horizonte, atrapada en un cuerpo lábil que camina hacia su caducidad. Acaso el alma querría volar, es sólo que sus alas han perdido el vigor y, con mucha frecuencia, acabarán perdiendo el norte mismo del camino.

La mirada del viejo escudriña los rincones de la memoria apuntalada en los objetos, las personas, los sitios. Mientras más largo sea el recorrido de los años, más deberá apoyarse, la persona, en recuerdos que traspongan la espesura de la mente batallando contra el tiempo inmediato que se borra. Solo, el anciano rescata aquellos acontecimientos de la vida en un monólogo que pocas veces llega a ser un diálogo. La transformación de los referentes, la desaparición de las personas lo llevan a frenar la lengua, nadie hay ya a su alrededor con quien compartir evocaciones. El aspecto de los sitios se ha desvanecido hasta convertirlos en algo lejano, ajeno a aquel fuerte recuerdo del que ahora nadie sabe ya, porque nadie conoció aquellos momentos, aquellos espacios, aquella gente. Sólo lo sabe el viejo y éste acaba por dudar. ¿Así era? ¿Cómo estar cierto de ello si nada ya lo indica, si nadie hay que lo recuerde? Si también yo olvido.

La memoria, esa fuente pródiga, ofrece un rico potencial para desatarse y brindar la maravilla de su riqueza desplegada. Y no serán sólo las circunstancias sino los giros del lenguaje, el tono, la densidad de lo que está lleno el interior del anciano. ¿Qué hacer con todo ese bagaje? A veces es posible hallar a un sujeto que atestigüe el asomarse al manantial que resguarda el tiempo pasado. A veces, la soledad es grande en el descenso inevitable, constante, al que la vida arrastra, sin nadie que se interese en compartir la memoria de etapas intensas de otros años, que tanto se refirieren a la vida privada como a la vida pública, la histórica, de una época ya ida. Los recuerdos acaban entonces fosilizándose. Sin embargo, en el caso de los fósiles verdaderos, muchos de éstos llegan a ser descubiertos provocando el placer del hallazgo. Pienso, por ejemplo, en la belleza del ámbar que encapsula un fragmento de helecho milenario o un insecto, y que puede ser contemplado en ese chisporroteo luminoso que regala a los ojos el contenido antiquísimo de su entraña. El tiempo encapsulado en la mente de un viejo queda ahí esperando fulgurar o, más bien, apagarse.

A lo largo de la vida, el ser humano busca acogerse a la proximidad del otro. Busca el oído el eco que le devuelva la sensación de pertenencia. Así, le es preciso un destinatario de las palabras con las que construye el volumen, en este caso, de los tiempos pretéritos.

La evocación que principia y se cierra en quien la enuncia acaba por volverse un acto yermo. El libro que no ha sido leído es un libro muerto, el relato que el viejo no puede compartir se pudre en los meandros de una mente que se va petrificando.

En la época actual la barrera entre una etapa y la siguiente se ha modificado. La pubertad se hace presente antes, es decir, el tiempo de la niñez se reduce, creo yo que tristemente, buscando un ficticio estado de juventud perfecta que llega muy de madrugada y que en vano se intenta prolongar para siempre. Y, por otro lado, las lindes de la vejez también se han modificado para extender sus fronteras distanciándose de aquellas cifras categóricas, medidas por décadas inalterables, que se enseñaban en la escuela. Pero llega. Entonces la tibieza atemporal anidada en la memoria se enfrenta al espejo. Ese espejo que si siempre ha sido un testigo infiel, ahora, cuando se escucha el canto monocorde que celebra por encima de todo la bondad excluyente de lo joven, llega a ofrecer una respuesta crudelísima.

En el tiempo interior no suelen darse cambios, el yo pareciera tener una naturaleza inmutable a partir del primer ensayo de autoconocimiento en la infancia. El niño hace reflexiones con la certeza de su dominio cabal de aquello en que piensa. No hay sensación de torpeza infantil. No, el niño se siente dueño de sí y de sus juicios. Con el tiempo, la persona ya adulta va a recordar aquellas opiniones con un granito de sal; vivía con la ingenuidad propia de sus años, de la que el niño no era consciente.

Y así se va pasando la vida.

Y con esa misma ceguera se llega a la vejez. El individuo no se visualiza como es visto por los otros; hasta el espejo, pese a lo dicho antes, le entrega una imagen mucho menos estropeada que la que miran los demás. El yo del anciano, el yo de la persona madura, el yo de la niñez permanecen dentro del mismo yo, de tal manera que el tiempo ahí no modifica su silueta. Siempre se impondrá la plenitud ficticia del mundo interior que nos habita. Quizá ese estado atemporal sea lo que rescata al viejo, por momentos, de la sensación de ruina. Y no creo equivocarme al comentar que la construcción de la imagen de sí mismo, a partir de cierta edad, se detiene en alguna etapa previa a su presente. Y ahí permanecerá sin un meticuloso *aggiornamento*. Como en una fotografía donde el tiempo queda congelado, la figura propia que se yergue en la mente lo está también. Tal vez por eso, en algunos escasos momentos, el individuo se sorprende, durante la fracción de un segundo, con la respuesta sin adornos y momentáneamente fiel que le entrega el espejo. Hay un desfase fugacísimo que se oculta de inmediato; la desnudez de ese vislumbre se desvanece para ceder paso al equilibrio falso entre imagen interna y

externa. El abismo se oculta de nuevo soslayando la inminencia del horror.

¿Qué diferencia puede darse entre un viejo y una vieja que se aproximen al espejo? La mujer se ha construido, a lo largo de su vida, en la proyección íntegra de su figura. Cada uno de sus componentes ha ido elaborando su presencia ante el mundo de una manera mucho más radical que en el hombre. A eso la ha orillado la cultura. Si el hombre se simboliza en el falo, la simbolización de la mujer está construida por la totalidad de su persona: de la cabeza a los pies. De esta forma, el proceso de envejecimiento en ella cobra visos mucho más terribles. Porque la mirada del mundo rehúye el deterioro y la anciana quizá lo refleje de manera más completa. No hay atenuantes para ella, pero tampoco hay solución que sirva de paliativo en esta etapa. Así las cosas, es triste constatar que hay tantas más viejas que viejos que acaban por adquirir un aspecto francamente ridículo. Sabemos que el espejo nos engaña, las engaña y, en esta urgencia por no perder los atributos ya perdidos, hay quienes suelen exagerar en su arreglo hasta los más patéticos extremos que subrayan el paso destructor del tiempo. La sociedad demanda de las mujeres que se plieguen a ciertas normativas al cosificarlas de una manera que deja pocas salidas. Y esto, en la vejez, las lleva muchas veces a extremar cuidados ya inútiles, a apoyarse en artilugios lamentables.

El hombre sufre también con la agresión de los embates que exaltan la eterna juventud pero, en su caso, nunca son sus esfuerzos tan prolijos y esclavizantes como los de ellas. El discurso masculino incorpora de mejor grado el desgaste de la piel o el blanco del pelo como signo de riqueza vital. Sin embargo, las excepciones crecen y hacen que sus esfuerzos extremos e inútiles, como los de las mujeres, den pie a resultados aún más deplorables.

Al precisar de la respuesta no exacta del espejo, el ser humano busca también la mirada del otro para reconstituirse. “El individuo de edad se siente viejo a través de los otros sin haber experimentado serias mutaciones; interiormente no se identifica con el rótulo que le han pegado”, escribe Simone de Beauvoir. En la vejez la réplica que el otro le ofrece va a alertarlo en la visualización de su proceso propio, cuando la extrañeza a veces mal disimulada, o el asombro fugaz de ese otro le devuelven la constatación innegable del tránsito. Y, simultáneamente, ese otro se torna un sí mismo y, de ser su contemporáneo, no podrá menos que aceptar que los años han corrido para ambos y que se enfrenta a la imagen del mismo desaliento azorado. Solemos contar con un mecanismo de defensa que nos protege de la conciencia continua de caducidad.

Me parece que el trato que recibe el enfermo en un hospital, de parte del personal médico, es condescendiente en extremo. Acaso sin

mucho percatarse, médicos y enfermeras presuponen, sin razón, que la enfermedad le hizo al paciente perder el correcto funcionamiento de las neuronas. En el caso de un anciano, el trato no sólo es similar sino que muchas veces roza la crueldad. No me refiero sólo a quienes cuidan la salud, me refiero a los miembros de generaciones posteriores que actúan con una impaciencia nada benévola. El trato del personal médico es mera ilustración de cómo el viejo es a menudo descalificado. Éste podría ser apto aún para desenvolverse en el mundo sin que ello le sea reconocido. Suele ser víctima de la condescendencia denigrante de sus interlocutores. Me parece que los familiares llegan a extremos de gran insensibilidad con sus mayores. Y eso mucho antes de que se presente la decrepitud flagrante. El trato se reviste de dureza, de una visible indiferencia para con las opiniones de los ancianos, que son hechas de lado sin que se les dedique un instante de atención.

Los viejos, como posibles portadores de la sabiduría que otorga la experiencia, no tienen cabida en la sociedad contemporánea, cuyo desarrollo médico ha prolongado de forma importante la vida. Es decir, que se han extendido tanto las expectativas de vida como las mejores condiciones de ésta. Lo que ha variado, en las sociedades de hoy, es la relevancia de los conocimientos adquiridos a lo largo del tiempo. La rapidez y facilidad de la información vuelve irrisoria la experiencia del mayor. La sabiduría, digamos de Matusalem, ha sido reemplazada por las formas actuales para allegarse respuestas inmediatas.

El lejano “consejo de ancianos” ha desaparecido. Y esta velocidad incide en el desempeño laboral; personas en la plenitud de su talento son reemplazadas por otras de cada vez menor edad. Así, resulta paradójica la línea que se traza en esta selección y desecho de la gente. Un individuo considerado joven, hoy en día, es desplazado por otro que lo es más, y que, simultáneamente, acarrea consigo la sombra de una interminable adolescencia. La cúspide de la juventud plena es muy breve, aunque la misma juventud se extienda hasta edades impensables. Qué pronto se echa encima la caducidad sobre el acervo de conocimientos. Si por una parte los avances de la ciencia han ampliado las fronteras de las capacidades humanas, la especialización en registros de rango cada vez más reducido vuelve obsoletos a individuos con su potencial intacto. En el imaginario colectivo se yergue la fuerte impronta de una juventud eterna y, al mismo tiempo, de vigencia efímera.

Sin embargo, me interesa referirme a quienes ya son viejos. La persona vive ahora más, muchas veces demasiados años, la primera parte de éstos con capacidades suficientes para manejarse en la vida. Pablo Picasso, Bertrand Russell o María Zambrano son ejemplos

luminosos y excepcionales del ejercicio de creación y reflexión hasta una edad avanzada. Después vendrá la rigurosa etapa de la vejez en la que el individuo suele vivir dentro de una soledad con frecuencia real, pero asimismo en la soledad interior del declive mental y de la constatación insoslayable del declive físico.

El cuerpo va cediendo al desgaste del tiempo que a menudo no coincide con el funcionamiento cabal de la mente. El viejo precisa muchas veces de ayuda física cuando aún puede con holgura ejercer sus dotes mentales. Quizá, en estas condiciones, están en mejor situación quienes optaron por un trabajo mental que les permita proseguir, aunque quizá no con el mismo ímpetu o logros de antes. Pero quienes se inclinaron por la destreza física inevitablemente han debido detenerse. Un historiador añoso puede continuar con su profesión, no así un bailarín. La fortaleza del cuerpo, el ritmo del paso adquieren otra velocidad: pausada y vacilante. “La vida del viejo se desarrolla despacito”, afirma Bobbio.

Y, de otra parte, la compartimentación de las habilidades laborales tal vez llevó a la persona a tener miras muy estrechas que, al retirarse de la vida de trabajo, se le cierran para dejarla en el desvalimiento. Suele suceder que quien se dedicó a laborar en la industria, por ejemplo, del director al obrero, con las precisiones y excepciones del caso, al despedirse del puesto se encontrará ayuno de intereses de otro orden. Sus años activos estuvieron encaminados en una dirección precisa y limitada, y nunca llegó a desarrollar aficiones de otra índole en las que podría apoyarse después. Ésta es una característica de la época actual: la escasa importancia dirigida a los placeres del espíritu. La invitación al humanismo se desdeña por “improductiva”, y así se condena a la persona a restringir su visión de la vida y de sí misma desde que abre los ojos. El resultado es que en la vejez, y mucho antes, se cae en un vacío que acrecienta de manera notable la sensación de solitud y obsolescencia.

“En medio del camino de la vida, errante me encontré por selva oscura”, palabras con las que Dante abre la *Divina comedia*. Es claro que yo no estoy en medio del camino, en aquellos tiempos lejanos mucho más breves. He ingresado a la etapa final y una selva muy oscura se me presenta sin remedio. La oscuridad irá creciendo aunque yo aspire a ir tras una luz que se volverá cada vez más pálida, más lejana. Sin embargo, seguiré en la batalla mientras me sea posible; ése es el único camino.

Diciembre 13, 2016

Como quien conoce la emoción de tramar colores en la urdimbre y quien tiene esa curiosidad médica por diseccionar las hebras sangrantes de los tejidos del cuerpo y también esa otra de hilar y deshilar las hebras del lenguaje, Aline Pettersson recorre en estos ensayos autobiográficos las diversas aristas que conforman su estilo literario, sus lecturas, sus influencias y sus pasiones.

¿Cuál sería la característica principal de un autorretrato? se cuestiona Pettersson al inicio de esta obra, ¿acaso lo es la bruma que permeó su forma de ver el mundo?, ¿la inquietante miopía disparando las potencias de la imaginación?, ¿la mirada que escudriña un tiempo encapsulado, como en ámbar, que espera fulgurar de nuevo o tal vez apagarse? *Selva oscura* es un diálogo a páginas abiertas con la memoria y con los objetos que fueron fechando los pasos en la vida de la autora, que perfilaron viajes y que evocan a la gente que en su construcción histórico literaria han sido partícipes.

www.fondodeculturaeconomica.com

NOTAS

[1] Los fragmentos corresponden al capítulo “Barco de gran calado”, en *Viajes paralelos*, Alfaguara, México, 2004.

[2] José Ferrel, “Prefacio”, en “José Rentería”, *Antología de prosistas sinaloenses* de Ernesto Helguera (ed.), vol. II, t. II, Ediciones Culturales del Gobierno de Sinaloa, Culiacán, 1959, p. 221.

[3] *Idem.*